Grupo Editorial Portal



Prisionera del MAFIOSO

CARTEL VELÁZQUEZ · LIBRO 3



JÉSSICA MACEDO

Prisionera del MAFIOSO

CÁRTEL VELÁZQUEZ · LIBRO 3

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2023 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra —ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La infracción de los derechos de autor constituye un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y maquetación

Jéssica Macedo

Revisión

Margareth Antequera

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras obras

Sinopsis

Ella intentó escapar de la boda y lo pagará con el corazón.

Después de fracasar en su intento de matar al líder del Cártel de Medellín, Miguel Velásquez comprende que la única forma de evitar un baño de sangre es sellar una alianza mediante un matrimonio concertado. Para él, el precio es necesario; para su prometida, inaceptable.

Mirelle Ruiz detestaba la idea de casarse con el hombre que había dejado a su hermano en una silla de ruedas y había matado a su cuñada. Juraba que nunca podría amar a alguien capaz de tal crueldad, pero su opinión no parecía bastar para romper el acuerdo.

Pensar en huir no sería más que el inicio de su peor pesadilla, cuando Mirelle descubriera que había confiado en la persona equivocada y que el monstruo con el que iba a casarse era el único con poder suficiente para salvarla y mantenerla a salvo.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 1

Me desperté de madrugada con el estruendo furioso de los motores rugiendo como bestias enfurecidas. Sobresaltada, alargué la mano hacia la bata que había dejado sobre el mullido sillón de mi habitación y me envolví en ella antes de bajar corriendo.

Debía de ser plena madrugada, pero las luces del salón estaban encendidas y mi madre se movía de un lado a otro, desorientada como una cucaracha aturdida. Despeinada, con el camisón arrugado y una expresión de terror que le mantenía los ojos muy abiertos, fue suficiente para provocarme un escalofrío.

Aún no me habían dicho nada, pero presentía que había pasado algo terrible.

—¡Mamá!

—Adrián... —Me miró pálida, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano?

Ella negó con la cabeza y empezó a temblar.

Di unas zancadas, acortando la distancia entre nosotras, y la sujeté por los brazos antes de que se derrumbara. La guié hasta el sofá y la ayudé a sentarse.

—Mamá...

—Tu hermano... —Volvió a temblar.

—¿Qué le ha pasado a Adrián? —Le apreté las manos entre las mías, intentando transmitirle un mínimo de consuelo, aunque sabía que probablemente ni siquiera yo misma podría consolarme.

—Lo han atacado.

—¿Cómo? ¿Quién lo hizo?

Ella negó con la cabeza, indicando que aún no lo sabía.

—¿Dónde está?

Volvió a negar con la cabeza.

—¡Mamá!

Me apretó la mano con aún más fuerza, dejando ver su angustia.

—No lo sé... —suspiró—. Los hombres han ido a buscarlo.

Se me encogió aún más el corazón y apreté los labios, conteniendo la respiración durante unos instantes. Por mi mente pasaron cosas terribles que solo me hicieron sentir aún más aterrorizada.

Ya había perdido a mi padre hacía cinco años y temía que le hubiera pasado lo mismo a mi hermano mayor.



MIGUEL Velásquez

Capítulo 2

Estaba mirando fijamente el techo de aquella habitación de motel en medio de la nada. En completo silencio, con la mano sobre el pecho, podía sentir y escuchar mi propia respiración, además del ronquido sordo de las dos prostitutas que yacían a mi lado.

Impaciente, esperaba noticias del frente de batalla de la guerra que librábamos en las calles de México. Mi cártel era el más poderoso del país; sin embargo, para mantenernos así, había que pagar un alto precio de terror, sangre y miedo constantemente sembrados por todas partes.

Cuando mi padre me preparó para ocupar ese puesto, me enseñó que debía ser cazador y cortar cabezas, aunque las familias fueran como hidras y de cada una brotaran otras en su lugar.

Tras la unión de mi hermana con Ramón Hernández, el Cártel de Tijuana había dejado de ser un problema; sin embargo, aún quedaban otros y mi atención se había centrado en los Ruiz, que dirigían el Cártel de Medellín, nuestros principales rivales en aquel momento.

En el mundo en el que vivíamos, prefería dar el primer paso y convertirme en el cazador antes que esperar y acabar convirtiéndome en la presa. Ramón me había enseñado que los enemigos podían estar más cerca de lo que uno imaginaba y no permitiría que mi familia corriera riesgos de nuevo.

Había hecho una jugada agresiva enviando a mis hombres tras los Ruiz; solo esperaba que eso fuera el jaque mate, pues un paso en falso lo echaría todo por la borda.

En cuanto empezó a sonar mi móvil, me giré rápidamente, lo cogí de la mesita de noche y contesté con tono firme:

—¿Sí?

—Jefe... —comenzó Javier al otro lado de la línea.

—¿Lo habéis atrapado? —le exigí a mi hombre que fuera directo al grano.

—Sí, lo hemos atrapado.

—¡Excelente!

Un enemigo menos por el que preocuparnos.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 3

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando los hombres regresaron y nos dijeron que el coche de mi hermano había sufrido una emboscada. Adrián solo quería complacer a su mujer, darle a Virginia ese momento romántico en pareja que tanto deseaba, pero acabaron pagando un alto precio.

El llanto aún se me atascaba en la garganta cuando el coche por fin se detuvo a la puerta del hospital al que lo habían llevado a toda prisa. Abrí la puerta de un golpe y salí corriendo antes de que mi madre pudiera detenerme.

—¡Adrián!

Angustiada, miré de un lado a otro de la enorme recepción del hospital como si mi hermano fuera capaz de responderme y guiarme

hasta él. Sin embargo, cuando me di cuenta de que no sabía adónde ir, las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas.

Era una sucesión de noticias terribles para un solo día. Todavía no podía creer que mi cuñada hubiera muerto y que mi hermano quizá no sobreviviera.

Cuando mi madre llegó detrás de mí y me rodeó los hombros, acercándome a ella, mi llanto se intensificó aún más. Adrián no solo era mi hermano mayor, sino nuestro protector, el cabeza de familia y nuestro guardián. Ni siquiera podía imaginar cómo sobreviviríamos las dos sin él, y supuse que mi madre se sentiría igual.

Sentí otra mano tocarme el hombro y miré hacia delante, encontrando los ojos castaños y firmes de Santiago, uno de los hombres de Adrián y uno de los responsables de llevarlo al hospital antes de que fuera demasiado tarde.

—Tu hermano se pondrá bien —prometió, a pesar de no ser médico y de no tener ninguna autoridad para prometerlo.

—Ojalá...

—Adrián es el hombre más fuerte que conozco.

Me esforcé por sonreír.

Santiago tenía razón, nunca había conocido a nadie más decidido y fuerte que mi hermano, y si había alguien capaz de levantarse ante la peor de las perspectivas, era él.

Una mujer con uniforme azul se acercó a nosotros; no sabía si era médica o enfermera, pero lo único que importaba en ese momento era que nos llevó a LA UCI, donde mi hermano estaba recibiendo cuidados intensivos.

Lo único que pude hacer fue observar a Adrián a través del cristal, con las manos apoyadas en aquella superficie rígida, sin poder tocar las suyas.

La desesperación que crecía en mi interior era enloquecedora; no estaba preparada para pasar por aquello, quizá nunca lo estaría. No estaba bien, no era justo.

—¿Puedo pasar ahí? —Llorando, me volví hacia la mujer que estaba detrás de nosotros, limitándose a observar mi desesperación y la de mi madre.

Ella negó con la cabeza y yo lloré aún más.

—Tu hermano está pasando por un momento muy delicado y tenemos que evitar cualquier riesgo de infección; está luchando por sobrevivir y tenemos que darle todas las oportunidades posibles. Después de recibir cinco disparos, el mero hecho de que siga respirando ya es un auténtico milagro.

Me mordí el labio inferior, abrazándome a mí misma, y volví a llorar. Mi madre me acogió en sus brazos y las dos derramamos un río de lágrimas, mientras veía a varios hombres colocándose a lo largo del pasillo, como si estuvieran vigilando la puerta de Adrián.

Moví la cabeza, buscando a Santiago, que estaba en silencio y con los brazos cruzados justo detrás de nosotras.

—¿Qué hacen aquí?

—Van a vigilar a Adrián día y noche para asegurarse de que se recupere.

—¿Crees que podrían intentar atacarlo de nuevo? —Volví a sentirme desesperada.

—Por desgracia, es una posibilidad.

—Ay, Virgen de Guadalupe, por favor, protege a mi hijo —suplicó mi madre en voz baja.

—Siento interrumpir —dijo la joven—, pero el cuerpo de la esposa de su hermano está en el depósito de cadáveres y necesito que alguien de la familia vaya a identificarlo.

Mi madre guardaba un silencio absoluto; sin embargo, parecía más frágil y abatida que yo. Por mucho que no quisiera ver el cadáver de Virginia, ella era más que mi cuñada: desde que se había casado con mi hermano el año pasado, se había convertido en mi mejor amiga.

Recordar que la había perdido me dejó desolada.

—Yo iré… —murmuré, sintiendo una opresión aún más asfixiante en el pecho.

Mi madre me miró con pesar, pero fue Santiago quien dijo algo:

—Te acompañaré.

—Gracias.

Me puso la mano en el centro de la espalda, más cerca que nunca, y me guió hasta el ascensor detrás de la mujer, que pareció pulsar un botón para bajar al sótano.

Me quedé en silencio durante todo el trayecto, que me pareció una eternidad hasta que llegamos a un pasillo largo y oscuro, que parecía cada vez más frío a medida que avanzábamos hacia dos enormes puertas metálicas. La sensación de estar entrando en una

nevera se hizo realidad cuando atravesamos las puertas. Ni siquiera cuando el aire acondicionado estaba en su temperatura más baja sentía tanto frío.

Me abracé a mí misma cuando empecé a temblar y apreté los labios. La opresión en el pecho se hizo aún más intensa mientras avanzaba detrás de la mujer, que se detuvo ante una mesa metálica.

Sobre ella yacía un cuerpo cubierto por una sábana blanca. Todavía no me creía que Virginia pudiera estar allí hasta que bajaron la sábana y las piernas me fallaron. El llanto desconsolado volvió, pero antes de que cayera al suelo, Santiago me sujetó.

—Es Virginia —dije en voz alta, sin atreverme a fijarme en el estado de su cuerpo. Solo la piel, que solía estar bronceada y brillar como el oro, estaba pálida y con un tono violáceo que nunca hubiera imaginado ver en ella.

—Puedes volver a taparla —le dijo Santiago a la mujer, mientras yo necesitaba bastante tiempo para recuperarme de la conmoción.

—Esto no es justo… —sollocé.

—No, no lo es… —asintió él.

Estaba tan destrozada que no podía dejar de llorar, ni sabía si algún día podría hacerlo.



Capítulo 4

Estaba sentado en una mesa redonda, junto a la piscina, bebiendo a sorbos una botella de tequila y observando a Sandro, que jugaba con su hijo, mientras las mujeres se divertían en el agua. La pequeña, Dulce, de poco más de un año, movía las piernecitas desde dentro de un flotador que la mantenía a flote.

El día parecía perfecto, con un sol alto y brillante que acariciaba nuestra piel con suavidad. Mi familia estaba feliz, incluida Paola, que aquella mañana me había enviado una foto de su hijo. Aunque nunca confié en Ramón, mi hermana parecía estar bien y, mientras siguiera así, yo era capaz de aguantarlo y mantener esa delicada paz. Si nuestro cuñado daba un paso en falso… bastaba con soltarle la correa a Sandro para que lo destripara con sus propias manos. Mi hermano pequeño siempre había sido más impulsivo y no le faltaban motivos para querer matar a Ramón.

Cuando Javier se plantó delante de mí, como una nube que tapa el sol, supe que las noticias no serían buenas y que el momento de paz había terminado.

—¿Qué ha pasado? —Me recosté en la silla, inclinándome hacia él.

—Tengo malas noticias...

—¡Dilo de una vez!

—Adrián Ruiz ha sobrevivido.

—¿Qué? ¿No me habías dicho tú mismo que estaba muerto?

—Fueron cinco disparos, jefe. Nadie debería haber sobrevivido a eso...

—Entonces, ¿cómo ha sobrevivido?

—Yo… No lo sé.

—¿No lo has comprobado?

—Llegaron sus hombres...

—¿Y vosotros huisteis? —le interrumpí, irritado.

—El trabajo ya estaba hecho.

—Mal hecho, por cierto.

—Vamos a arreglar esto.

—Es lo mínimo que espero.

Javier tragó saliva.

Irritado, le hice un gesto para que se apartara de mi vista y me serví otra copa de tequila, bebiéndomela de un trago y sintiendo cómo el líquido bajaba ardiendo.

Sandro le entregó el niño a su madre y se acercó a mí, al darse cuenta de que algo iba mal por mi expresión tensa.

—¿Qué pasa?

—Me imagino que pronto tendremos problemas.

—¿Por qué?

—Ruiz está vivo.

—No puede ser…

—Al parecer, sí.

—Pues esta vez vamos a matarlo de verdad.

—Hay todo un ejército en el hospital donde está —informó Javier.

—Pues vamos a reunir uno aún más grande para entrar ahí...

—¡No! —interrumpí a mi hermano antes de que empezara a poner en práctica ese plan.

Desconcertado, me miró fijamente, tratando de entender.

—¿Cómo que no?

—Hay muchos civiles en el hospital: enfermos, personal sanitario, familiares. Si convertimos el lugar en nuestro campo de batalla, las consecuencias serán innumerables. Mientras la guerra sea solo entre nosotros, la policía no se entromete, pero si matamos a inocentes en el proceso, tendremos un gran problema.

—¿Entonces quieres quedarte de brazos cruzados?

—Por ahora.

—Pero...

—Volveremos a atacar cuando él esté en un lugar más seguro para nosotros.

Sandro negó con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo, pero no dijo nada más. Mi hermano sabía que esa decisión era mía y tenía que respetarla.

Una de las mayores dificultades de mi cargo era saber cuándo debíamos atacar y cuándo era necesario retirarnos. Mantenía una delicada relación de conveniencia con la policía, que se vería comprometida si mataba a inocentes. Podían hacer la vista gorda ante muchas de mis operaciones, siempre y cuando yo no hiciera nada que provocara presión o conmoción pública. La revuelta de la población era algo a lo que nadie quería enfrentarse. Mientras se tratara solo de delincuentes matando a otros delincuentes, a ellos no les importaba.

Al sobrevivir, Adrián ganó tiempo y me dejó con las manos atadas, pero sabía que esta historia estaba lejos de terminar. Toda acción generaba siempre una reacción y yo debía estar preparado para afrontarla.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 5

Dos meses después...

Sentí una mezcla de emoción y alivio cuando por fin le dieron el alta a Adrián y pudo volver a casa. Había estado tan cerca de la muerte que la noticia de su posible recuperación era música para mis oídos.

Sin embargo, aquella mañana, cuando me desperté antes de que Santiago y los demás hombres lo trajeran del hospital, presentí que los días difíciles estaban muy lejos de haber terminado.

Se abrió la puerta de la habitación y los hombres le ayudaron a sentarse en una silla de ruedas. Adrián, que solía ser simpático y sonriente, tenía una expresión terrible, malhumorada y rígida. Mi hermano estaba muy lejos de ser el hombre al que yo estaba acostumbrada.

—¡Adrián! —Lo abracé con fuerza y esperé a que me devolviera el abrazo, cosa que no sucedió.

No había quedado parapléjico ni nada por el estilo; afortunadamente, ninguna de las balas le había rozado la columna, pero aún estaba débil y tendría que someterse a algunas sesiones de fisioterapia para recuperar la fuerza en los movimientos. Dos meses postrado en cama le habían pasado factura, pero habían sido necesarios para que sus órganos internos se recuperaran.

Adrián se había sometido a tres operaciones y había pasado mucho tiempo en observación, pero por fin estaba convencida de que saldría adelante.

—¡Mirelle, ya basta!

—Lo siento... —avergonzada, me alejé de él.

—Vamos a la oficina —dijo con firmeza a sus hombres y siguió adelante hasta salir de mi campo de visión.

—Tu hermano se va a poner bien —cuando mi madre habló, me di cuenta de que estaba detrás de mí.

No dije nada, solo asentí con la cabeza.

Adrián podría estar bien físicamente, pero mi hermano parecía destrozado por dentro de una forma que presentía que era irreparable.

Pensaba que solo Virginia no volvería a casa, pero Adrián también se había perdido.



Capítulo 6

Me di cuenta de que el coche llevaba casi cinco minutos siguiéndonos. Era un vehículo grande, con cristales tintados y la carrocería negra. Por sí solo ya llamaba mucho la atención, pero seguía avanzando como si no lo hubiéramos visto.

Sentado en el asiento trasero, me moví un poco y saqué mi arma de la funda oculta bajo mi chaqueta; comprobé el cartucho y los otros dos que llevaba en los bolsillos.

Aunque mi coche era blindado, sabía que podría necesitar esas balas en cualquier momento. Había pateado un avispero y estaba preparado para recibir algunas picaduras. Era solo cuestión de tiempo que los Ruiz vinieran a por mí.

A mi familia se le había prohibido salir de casa y, hasta nuevo aviso, ni Sandro ni yo andábamos sin nuestros hombres.

—Jefe... —empezó Javier.

—Ya lo he visto.

—¿Qué hago?

—Desvíalos.

—De acuerdo.

Javier accionó la palanca de cambios, pasó de automático a manual y aceleró, girando rápidamente el volante para esquivar un camión que tenía delante.

Por reflejo, me agarré al asiento del conductor debido a la inercia que me hizo dar una sacudida.

Javier aceleró, intentando ir más rápido, pero el vehículo que nos seguía alcanzó la misma velocidad, esforzándose por no perdernos de vista.

Yo llevaba la cabeza girada hacia atrás, observándolos, cuando uno de los tipos que iban dentro del vehículo asomó el cuerpo y me apuntó con una metralleta. La ráfaga de disparos impactó en el cristal y lo hizo empezar a agrietarse, pero, gracias al blindaje, no se hizo añicos ni dejó pasar ninguna bala; sin embargo, era evidente que no aguantaría mucho tiempo.

—¡Más rápido! —le grité a Javier.

—Ya voy tan rápido como puedo, señor.

Rugí, apretando los dientes.

—Jefe, ¿contraatacamos? —preguntó uno de mis hombres desde el asiento del copiloto.

—No bajéis las ventanillas por ahora.

El blindaje era nuestro escudo; si bajábamos las ventanillas, alguna de las balas que nos disparaban podría alcanzarnos en el interior del vehículo. No me gustaba quedarme sin responder, pero la mayor de todas las habilidades era saber cuándo atacar y cuándo no.

—Jefe...

—¡Más rápido, Javier!

Los neumáticos chirriaron y mi cuerpo salió disparado hacia atrás cuando mi conductor puso el coche en marcha, zigzagueando entre los demás vehículos de la carretera, hasta girar de golpe por una calle y seguir por ella. Al final, había una vía de tren donde la barrera se estaba cerrando, anunciando la llegada de una locomotora.

—¡Agárrense fuerte! —gritó Javier antes de acelerar aún más.

El coche embistió la barrera y la rompió, y oí el claxon de la locomotora demasiado cerca.

Todo duró apenas unos segundos, pero se me cortó la respiración mientras cruzábamos las vías justo antes de que pasara el tren. Si el coche hubiera ido a menor velocidad, sin duda habría habido un choque que podría habernos matado.

Miré hacia atrás y vi pasar el tren, mientras el coche de nuestros perseguidores quedaba atrapado al otro lado. Quizá no fuera lo que queríamos, pero nos habíamos librado de ellos.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Javier.

—Sí, vámonos de aquí.

—Por supuesto.

Condujo de vuelta a mi casa mientras yo guardaba el arma en la funda.

En cuanto nos detuvimos en el garaje con el coche lleno de huellas de nuestra persecución, Sandro fue el primero en aparecer, abriéndome la puerta de mi lado antes de que yo mismo lo hiciera.

—¿Ha sido Ruiz? —quiso saber, lanzándome una mirada firme que exigía una respuesta.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Lo único que puedo afirmar es que un coche nos persiguió, pero los Ruiz no son los únicos enemigos que tenemos.

—Vamos a lanzar una bomba sobre su casa.

—¿Y llamar la atención de todo el mundo?

—Pero...

—Ya sabes que a los estadounidenses les encanta meterse en líos que no les incumben y ahora mismo no nos hace falta eso.

—¿Entonces quieres quedarte sentado esperando a que nos maten?

—Nos sentaremos y esperaremos a terminar el trabajo. Nuestros hombres no lograron matar a Adrián, su esposa murió y ahora Ruiz quiere venganza. Eso era algo que debías esperar y para lo que debías estar preparado.

Sandro negó con la cabeza y se pasó la mano por el pelo corto, echándoselo hacia atrás.

—No sé cómo consigues mantener la sangre tan fría.

—Por eso soy el líder y por eso somos tan fuertes.

—¡Qué le vamos a hacer! —Sandro se encogió de hombros.

—Lleva el coche al taller —le dije a Javier antes de pasar junto a él y a mi hermano y dirigirme al interior de la casa.

Pase lo que pase, mantén la cabeza fría. Esa fue una de las lecciones más valiosas que mi padre me había enseñado antes de que lo detuvieran.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 7

—¡Ah! —Oí gritar a mi hermano furioso cuando Santiago entró en su despacho con una noticia que probablemente no le gustó.

Desde que había vuelto a casa, el ambiente no había mejorado, sino todo lo contrario: lo veía siempre irritado, furioso, agresivo y autoritario. Ni siquiera podía imaginar por lo que estaba pasando, tras haber perdido a su mujer y haber pasado meses en el hospital; sin embargo, no poder hacer nada para ayudarle me angustiaba aún más.

Sabía muy poco sobre los negocios de mi familia, solo lo suficiente para comprender que nos enfrentábamos a situaciones de riesgo en las que los hombres acababan en la cárcel o muertos. Incluso habían hecho películas sobre la muerte de mi padre, como si fuera el mayor villano que el mundo hubiera visto jamás.

Para mí, él era simplemente mi padre...

Mi familia ya había pasado por situaciones muy difíciles, por decisiones sobre las que yo no tenía control. Me gustaría decir que todo eso iba a acabar, pero sería muy ingenuo por mi parte pensar así.

Di unos pasos más hacia la puerta del despacho de Adrián y me atreví a llamar a la puerta, llamando su atención, mientras él estaba hundido en la silla de ruedas detrás del escritorio de madera oscura.

—¿Qué pasa, Mirelle? —preguntó en un tono brusco que no solía dirigirme antes de que todo aquello ocurriera.

—¿Estás bien?

Apretó los dientes y salió de detrás del escritorio, señalándose a sí mismo.

—¿Crees que estoy bien? —preguntó con un tono aún más brusco.

—Lo siento… —Me encogí, cruzando los brazos delante del cuerpo en una postura defensiva—. Los médicos han dicho que te vas a poner bien.

—Dudo que eso vaya a pasar.

—Solo tienes que tener un poco más de paciencia con la fisioterapia.

—¿Eso va a hacer que Virginia vuelva?

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—Entonces no me voy a poner bien.

—Yo… Lo siento mucho…

—Todos lo sienten. —Se encogió de hombros.

—Ojalá pudiera hacer algo...

—No puedes hacer nada, Mirelle —me interrumpió con brusquedad.

—Sí...

Un silencio incómodo se apoderó de la habitación hasta que reuní el valor para hablar.

—Las cosas van a mejorar.

Él se limitó a negar con la cabeza y yo ya no sabía qué hacer, salvo darle la espalda y marcharme.

Puede que mi hermano no estuviera muerto, pero sentía que lo había perdido.



Capítulo 8

En los días siguientes, me di cuenta de que mi acción agresiva acabó convirtiéndose en algo casi incontrolable. Había sido una acción meditada, controlada y anticipada, pero dependía de hombres que no estaban exentos de cometer errores.

La verdad era que Adrián se había librado de aquella por un auténtico milagro. Intervención divina o no, aquel zombi venía a por mí con toda su furia. Mientras yo pensaba en cada movimiento, él actuaba como una bestia.

—¡Ya dije que deberíamos haber volado por los aires su casa! —rugió Sandro dando un puñetazo sobre la mesa cuando nos enteramos de que una de nuestras plantaciones de marihuana había sido reducida a cenizas.

—¡Contrólate! —le lancé una mirada firme e imponente a mi hermano.

—Pero...

—Yo me encargaré de esto.

—¿Cuándo?

—A veces, los giros inesperados requieren tiempo.

—Para entonces, Agda podría volver a ser secuestrada, y Alma, mis hijos… Has matado a la mujer de ese tipo y él está en silla de ruedas.

—Por eso debemos velar por la seguridad de nuestra familia.

—¡Paola está en España!

—A salvo.

—¿Crees que ese gilipollas de Ramón podrá protegerla él solo?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué estás tan tranquilo?

—España es territorio de la familia Sánchez, nadie entra allí sin que Liziane y sus hombres lo sepan. Por suerte, somos buenos aliados.

—Estás confiando la seguridad de nuestra hermana a una desconocida.

—Sin aliados no somos nada, Sandro.

—¡Que así sea!

Su rebeldía e imprudencia a veces me daban dolor de cabeza.

—Ocúpate de tu trabajo y déjame estos asuntos a mí.

—¿Cómo crees que puedo estar tranquilo cuando mi familia está en peligro?

—¿Te he dado alguna vez motivos para dudar de mí? —Le lancé una mirada firme a mi hermano y su silencio ya fue suficiente. —Solo mantén la cabeza fría y no hagas nada que pueda perjudicarnos.

—¡Vale! —resopló—. Hay que acabar ya con ese maldito.

—Paciencia, Sandro… Paciencia.

En los últimos días había empezado a pensar que continuar con aquel derramamiento de sangre ya no era la mejor alternativa. Había tomado una decisión muy arriesgada, a pesar de haber estudiado el mejor momento para actuar. Ante los últimos acontecimientos, tenía que reconocer que era el momento de dar marcha atrás.

Una oferta de paz podría ser tan beneficiosa como el exterminio de una familia. Pensé en la boda de mi hermana con Ramón y en el hecho de que nuestras familias hubieran dejado de intentar matarse entre sí.

Si no había conseguido acabar con Adrián, quizá debería cambiar de estrategia…



MIRELLE Ruiz

Capítulo 9

Echaba mucho de menos a Virginia. Tener a otra mujer en aquella casa, de una edad similar a la mía, me ayudaba a llenar mis días y a sentirme menos prisionera.

No podía dar un paso fuera de aquella casa sin la compañía de los hombres de mi hermano, pero Virginia y yo teníamos nuestros momentos, nuestros secretos, y eso me ayudaba a no volverme loca. Sin ella, mi vida parecía más terrible que nunca.

Con un Adrián grosero, mi cuñada muerta y mi madre esforzándose por mantener un mínimo de control sobre la casa, sentía que me estaba volviendo loca.

Contuve el aliento, con la respiración acelerada, cuando oí que llamaban a mi puerta. Me cubrí la cabeza con la almohada e intenté

esconderme, decidida a hacer oídos sordos. Quién sabe, quizá así el mundo desapareciera y me sintiera un poco mejor.

—¡Mi! —insistió la persona al otro lado.

Seguí sin hacer caso.

—¡Mirelle! —El grito de mi madre fue ensordecedor, incluso con la puerta entre nosotras, y sabía que si no me levantaba para abrirla, ella encontraría la manera de derribarla.

Me deslicé fuera de la cama y abrí la puerta como si fuera un zombi.

—Hola, mamá.

—¡Ya ha pasado el mediodía! —me miró con seriedad, con las manos en la cintura y los dientes apretados en tono amenazante.

—¡Y qué!

—¿Y qué? —Arqueó las cejas, lo que agravó aún más su expresión de furia.

—¿Para qué?

—Para vivir.

—Últimamente, vivir no parece algo que nos apetezca demasiado.

—¡No digas eso! —gritó tan fuerte que me asustó—. Tu hermano casi muere y tú te pones a hacer drama.

—He perdido a mi mejor amiga y cada día me parece que también he perdido a Adrián. El tipo que ha vuelto del hospital no se parece en nada a mi hermano.

—¡No digas eso!

—Es verdad.

—Tenemos que dar gracias a Dios por que tu hermano haya vuelto a casa.

—¿De verdad crees que ha vuelto? —Quizá estuviera siendo una idiota, pero expresé lo que llevaba sintiendo estos últimos días.

—Tu hermano lo está pasando mal; tienes que ser más comprensiva. Antes era fuerte y estaba sano, y ahora necesita una silla de ruedas para desplazarse.

—Los médicos han dicho que se va a poner bien.

—Aun así, no es tan sencillo.

—Lo sé, mamá...

—Pero no lo parece.

—Solo quiero que vuelva a ser él mismo.

—Tu hermano necesita tiempo, todos lo necesitamos.

—¿Cuánto tiempo será, mamá?

—Solo lo sabremos si esperamos.

Dejé escapar un suspiro profundo y doloroso.

—¡Vamos ya! —Me dio unas palmaditas en el hombro—. No puedes exigirle nada si sigues así, tan abatida.

—Está bien... —Me vi obligada a darle la razón, porque tenía un argumento de peso.



Capítulo 10

Tras un mes de negociaciones, tomé un avión a Medellín, una ciudad colombiana controlada por los Ruiz. Después de acabar por fin con los Hernández y con todos aquellos que los seguían, había conseguido el control total de México, pero el control de las operaciones y del tráfico, sobre todo hacia Estados Unidos, estaba muy lejos de ser totalmente mío.

Los colombianos se habían convertido en mis principales rivales en la lucha territorial por la distribución y yo estaba decidido a acabar con la competencia; sin embargo, me di cuenta de que intentar matar a Adrián había sido un error.

Había lanzado una bomba en nuestra relación que podría acabar haciendo daño a mi familia y necesitaba arreglar las cosas. Me quedé pensando en cómo hacerlo hasta que se me ocurrió la idea más sencilla: una alianza. Las familias se unían mediante

matrimonios concertados desde hacía siglos y solía funcionar; a mí también debería salirme bien.

Le envié a Adrián una buena maleta llena de dinero, un millón de dólares estadounidenses como regalo para una posible reconciliación. El dinero fue suficiente para llamar su atención y conseguir que aceptara reunirse conmigo.

Era arriesgado, pero corría mucho más peligro manteniendo la situación tal y como estaba y llamando la atención de la policía mexicana y del resto del mundo. No quería que, por un descuido, mi madre, mis hermanos o mis sobrinos acabaran muertos.

Estaba sentado en un asiento del avión, contemplando las nubes a través de la ventanilla, cuando mi móvil vibró.

Sandro:

¿Ya has llegado?

Miguel:

Todavía no.

Sandro:

Eso es una tontería.

Miguel:

Sé lo que estoy haciendo.

Sandro:

Ese idiota te va a matar.

Miguel:

Le sale más a cuenta tenerme vivo.

Sandro:

Dudo que piense así.

Miguel:

No todos son como tú, hermano.

Sandro:

Confías demasiado en tu racionalidad.

Miguel:

Precisamente por eso.

Sandro:

¡Mató a su mujer, joder!

Miguel:

Estamos en un mundo en el que no hay inocentes ni víctimas.

Si es listo, se dará cuenta de eso.

Sandro:

¿Y si no lo es?

Miguel:

Estaré lo suficientemente cerca como para dispararle en la cabeza y asegurarme de que el trabajo quede hecho.

Sandro:

Espero que sí.

Miguel:

Os daré noticias cuando se haya resuelto el asunto.

Sandro:

Estaré esperando.

No tardó mucho en que el piloto iniciara las maniobras de aterrizaje y el avión aterrizara en una pista privada de la ciudad colombiana.

Me acompañaban unos veinte hombres y aquel pequeño ejército era más bien una medida de seguridad para una batalla que esperaba que no llegara a producirse. El chaleco antibalas también era solo por precaución. No había ido hasta allí en busca de mi tumba, al contrario de lo que pensaba Sandro.

En la pista de aterrizaje nos esperaban unos coches que habíamos reservado previamente en una empresa de alquiler. Los TODOTERRENOS negros eran blindados y grandes, con capacidad para siete personas por coche.

Nuestra cita se había fijado en un hotel de lujo, en una de las mejores zonas de la ciudad.

Lo único que quería era cerrar ese trato y marcharme lo antes posible, pero no podía mostrar ningún tipo de inquietud ni ansiedad. El control y una buena expresión eran siempre cruciales en ese juego. De ninguna manera Adrián podía sospechar que me sintiera cohibido o con miedo en ningún momento.

Ya casi lo había matado y él tenía que recordar que podía terminar el trabajo en cualquier momento.

En lugar de matar al monstruo y dejar que naciera otro en su lugar, solo le pondría un collar.

A través de la ventanilla del coche, observé las calles de la ciudad, coloridas y bulliciosas a medida que nos acercábamos al hotel. Había muchas diferencias, pero también pude encontrar algunas similitudes con México y con todo aquello a lo que estaba tan acostumbrado.

Nos bajamos del coche en la recepción y me dirigí al mostrador acompañado de mis hombres, que analizaban a cada persona del lugar en busca de una posible amenaza. Estaban allí para eso y hacían un buen trabajo.

La recepción combinaba el color con el lujo, con muchos adornos en rojo, azul y verde, además de una lámpara de cristal de al menos un metro de diámetro que colgaba del techo, pintada con figuras de ángeles.

En cuanto me acerqué al mostrador, la recepcionista, que estaba absorta en algo en la pantalla del ordenador, levantó la cabeza y me dedicó una sonrisa mientras se arreglaba el pelo.

—Señor...

—Velásquez.

—¡Ah, sí! ¿Tiene alguna reserva?

—Les pedí que nos reservaran una planta para mí y mis amigos.

—¿Una planta entera? —se quedó boquiabierta.

—¿No han hecho la reserva? —Mi tono se volvió más brusco y malhumorado.

—Voy a comprobarlo. —Bajó la mirada hacia la pantalla del ordenador. —Ah, sí, señor Velásquez. La última planta está reservada íntegramente para usted; hay una suite presidencial y otra premium.

—De acuerdo.

—Un momento, voy a hacer su registro de entrada y a prepararle las tarjetas de acceso.

—De acuerdo. —Apoyé el brazo en el mostrador mientras esperaba.

Mientras la recepcionista no me quitaba los ojos de encima, los míos recorrían el ambiente, analizando desde el maletero de la entrada hasta la familia sentada en uno de los bancos de la recepción. Estaba probando una estrategia diferente, pero, al contrario de lo que pensaba Sandro, no había bajado la guardia y seguía analizando los movimientos y estudiando posibles amenazas a cada instante.

Había ordenado matar a ese tipo y sería un completo idiota si ignorara la posibilidad de una severa represalia.

Alguien hizo un movimiento brusco y mis hombres se inquietaron, pero el tipo solo se sacó el móvil del bolsillo y llamó a alguien.

Sí, estaba tenso; sin embargo, parecía imposible no estarlo ante las posibles consecuencias del paso que había decidido dar.

Ser jefe es tomar decisiones difíciles que no siempre van a complacer a quienes te rodean. Recordaba muy bien aquellas palabras de mi padre; había hecho un buen trabajo enseñándome todo lo que necesitaba para continuar con su legado; sin embargo, no había nada que él pudiera haber hecho para que todo aquello fuera más fácil.

Era extraño saber que estaba vivo en algún lugar y, al mismo tiempo, tan lejos como era posible. Había intentado visitarlo durante el primer año de su condena a cadena perpetua, por mucho que la prisión de máxima seguridad no lo facilitara; sin embargo, él mismo no quería que siguiera yendo. Sabía que nuestras conversaciones podían ser intervenidas y que ya no podría ayudarme. Aunque no estaba muerto, muchas veces parecía como si lo estuviera. Pensar en ello me devolvía a la realidad y me hacía darme cuenta de que era yo el responsable de los negocios y del bienestar de mi familia.

Sandro era un buen hermano, pero actuaba antes de pensar y tenía una gran tendencia a meter la pata. A menudo tenía que controlarlo. En cuanto a las mujeres, eran joyas que había que proteger, pero que acababan escapándose de entre mis dedos.

Lo que le había pasado a Paola me demostró que los lobos podían acercarse a mi familia de una forma que ni siquiera imaginaba. Protegerlos se había vuelto aún más difícil...

—Señor... —La recepcionista me tocó el brazo para llamar mi atención.

—Sí.

—Aquí tiene las llaves. —Me tendió un sobre con las tarjetas—. La roja es para la suite presidencial.

—Gracias. Menos mal que ya sabes el número. —Le guiñé un ojo y se le sonrojaron las mejillas.

No había ido allí para ligar, pero tenía mis necesidades y la chica podría ser una buena distracción durante la noche.

—Sí, lo sé... —Se mesó el pelo, colocándoselo detrás de la oreja, y apartó la mirada.

—Nos vemos por ahí.

—Sí, señor.

Me alejé de la barra y me dirigí hacia mis hombres, repartiéndoles las llaves de las habitaciones.

—Estad atentos y evaluad las amenazas. Cualquiera puede suponer un peligro.

Asintieron.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 11

Bajaba las escaleras, deslizando los dedos por la barandilla, cuando vi pasar a Adrián en su silla de ruedas, empujada por Santiago. Mi hermano estaba más guapo de lo que lo había visto desde el accidente. Llevaba un traje negro impecable y el pelo perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar.

Quise preguntarle adónde iba vestido así, pero la mirada que me lanzó me hizo retroceder. La sonrisa y la simpatía de mi hermano habían desaparecido por completo como consecuencia de aquella terrible emboscada que había sufrido.

Tragué saliva y me quedé paralizada en el escalón, con miedo a que, si pisaba el suelo del salón, me quemara, como si él hubiera convertido el suelo de aquel lugar en lava humeante.

Toda aquella situación me estaba volviendo loca; lo peor de todo era que no sabía qué hacer para ayudarle.

Adrián giró la cabeza hacia mí, al verme allí parada, pero no dijo ni una sola palabra, solo hizo un gesto para que sus hombres siguieran adelante.

Mi madre podría enfadarse conmigo cuando le dijera que mi hermano había muerto aquel día, *pero ¿no es la verdad?*

Pensar en ello me revolvía el estómago con una angustia difícil de controlar. Habíamos pasado por varios momentos difíciles, sobre todo la muerte de mi padre, pero aquel parecía aún peor, porque Adrián estaba allí.

—¿Tienes hambre? —mi madre apareció, saliendo del pasillo que llevaba a la cocina y me encontró mirando a la nada.

Me limité a asentir con la cabeza.

No es que tuviera hambre precisamente, pero, teniendo en cuenta la hora, era algo que debía hacer.

—Voy a pedir que sirvan la cena.

—Adrián se ha ido —murmuré.

—Ya lo he visto. Solo seremos nosotras dos.

Como si eso fuera una novedad...



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 12

Me ajusté la corbata roja, que parecía estar ahogándome, mientras esperaba sentado junto a una de las mesas redondas de aquel restaurante.

No estaba solo; mis hombres, repartidos entre las mesas y la barra del bar, me observaban con atención, pero me resultaba imposible no estar tenso. Aquella jugada mía era muy arriesgada y tenía que tener en cuenta todos los riesgos que corría.

No estaba en mi territorio, ni bajo mis reglas, y, a pesar de toda la seguridad del mundo, eso seguía poniéndome en una grave desventaja.

Oí un ruido y giré la cabeza, viendo a Adrián entrar en el local acompañado de sus hombres. Él también traía consigo un pequeño

ejército, algo que era de esperar, pero saberlo con certeza no me tranquilizaba en absoluto.

En silla de ruedas, se abrió paso entre las mesas hasta acercarse a aquella en la que yo estaba. Antes de que pudiera levantarme, en un intento por ser amable, uno de sus hombres retiró la silla que tenía delante para que el jefe pudiera acomodarse en el espacio vacío.

—Tienes muy buen aspecto, Adrián —dije con una sonrisa divertida, intentando relajar el ambiente; sin embargo, estaba claro que él no estaba de humor para eso.

—Eres muy valiente por aparecer por aquí después de lo que hiciste. —Me miró con furia, lanzándome una mirada amenazante, y supe que no sería una conversación fácil.

—Sabes muy bien que eso no son más que estrategias de negocio, querido —chasqueé los dedos mientras me acomodaba en la silla sin apartar la mirada de la suya.

Podría estar en desventaja, pero de ninguna manera podía arriesgarme a dejar que se diera cuenta de que eso me afectaba de alguna forma. Las relaciones en el mundo de la mafia a veces no requerían disparos, sino grandes habilidades políticas y estrategias bien pensadas. Quien ladrara primero y más fuerte.

—¿Negocios? —Apretó los dientes como un perro furioso—. ¡Mataste a mi mujer, maldito!

—Lamento que ella haya sido un efecto colateral en medio de todo esto.

—¿Lo lamentas? Ya veremos si lo lamentas cuando yo haga lo mismo con tu familia —amenazó, resoplando de furia.

Sabía que había puesto en el punto de mira a aquellos a quienes más quería y estaba allí para arreglar las cosas.

—Eres un hombre inteligente, Adrián, y sabes que mi familia y yo representamos al cártel más poderoso de México.

—¿Crees que tus amenazas me van a asustar?

—Sabes que puedo ir más allá de las amenazas, pero creo que, como hombres de negocios que somos, podemos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —Entornó aún más los ojos, confundido—. El único acuerdo que puedo desear es verte muerto.

—Sabes que puedes acabar muerto antes que yo.

—Quizá merezca la pena —resopló.

—Pensaba que no hacía falta llegar a eso; el derramamiento de sangre puede evitarse si negociamos un acuerdo.

—¿Y qué tipo de acuerdo podría querer yo con un hombre como tú, aparte de uno que incluya tu cabeza en una bandeja?

—Has perdido a tu mujer y yo puedo darte otra.

Apoyó ambas manos en el borde de la mesa y se echó a reír a carcajadas, como si yo hubiera contado un chiste muy bueno.

—¿Crees que cualquier puta barata puede sustituir a mi Virginia?

—Cualquier prostituta no, pero tengo una hermana menor, virgen y muy guapa que podría ser una esposa perfecta para ti; además, eso nos convertiría en cuñados. En lugar de ser enemigos, podríamos crear una alianza de beneficio mutuo para la distribución de la droga a Estados Unidos, Europa y Asia, quién sabe, quizá incluso dejando fuera de juego a los bolivianos.

—¿Mataste a mi mujer y ahora quieres ofrecerme a tu hermana?

—Es un gran trato con un plazo de validez muy corto.

—Solo puede ser que te hayas vuelto loco.

—No, soy un hombre inteligente que sabe reconocer la mejor opción para mis negocios —respondí, manteniendo la calma. —Tendrás a mi hermana como una hermosa esposa y yo te tendré a ti a mi lado, como aliado. Juntos, podemos dominar el mercado y eliminar a cualquier competidor, en lugar de acabar eliminándonos el uno al otro. ¿No es una oferta tentadora? —Me incliné hacia él, como una serpiente a punto de atacar.

—¡Es una oferta ridícula! —espetó, sacudiendo la cabeza. —¿Crees que me voy a casar con una mujer a la que ni siquiera conozco, que es hermana del hombre que mató a mi esposa, y que puede estar engañándome o traicionándome en cualquier momento? ¿Crees que voy a confiar en ti después de todo lo que has hecho? ¿Crees que voy a caer en esa trampa? ¡Estás muy equivocado!

—Sabes lo poderoso que soy. La próxima vez puede que no sobrevivas —insistí, intentando persuadirlo—. Te estoy ofreciendo una oportunidad de alianza, un acuerdo que garantizará que no volvamos a atacarnos. Mi hermana es la garantía de que no volverán a atacarte.

—¿Oportunidad? —Se rió con sarcasmo—. La única oportunidad que deseo es matarte y vengar a mi Virginia. No me ofreces nada que quiera ni que necesite.

—Estás siendo un tonto, Adrián —dije, perdiendo la paciencia —. Estás rechazando una propuesta que puede garantizar tu seguridad y la de tu familia, además de asegurar tus negocios.

—¿Por qué me harías este tipo de oferta?

—Como ya te he dicho —mis labios esbozaron una sonrisa maliciosa—. Soy un hombre astuto. Por ahora, tenerte a mi lado me parece más ventajoso.

—¿Y cuando ya no lo sea?

—Espero que estés tan involucrado con mi hermana y que hayamos establecido una alianza tan lucrativa para ambos que eso no sea una opción —dije con un tono de falsa sinceridad—. O que, para entonces, ya te hayas vuelto tan dependiente de mis recursos que no puedas enfrentarte a mí —añadí, con un toque de amenaza. —En cualquier caso, siempre estaré un paso por delante de ti, Adrián. Puedes aceptar mi oferta o rechazarla, pero ten por seguro que esta es tu única oportunidad de salir con vida. —Lo miré fijamente a los ojos—. Y bien, ¿qué decides?

—Salir con vida… ¿Crees que estoy vivo? —Señaló la silla de ruedas en la que lo había sentado como consecuencia de mi trampa.

—Sé muy bien que se trata de una situación temporal. Volverás a caminar. —Hice una pausa, dejando que mis palabras resonaran en su mente—. La decisión es tuya, Adrián. Pero recuerda: esta es tu última oportunidad. Si rechazas mi oferta, no tendré piedad de ti. Acabaré con todo lo que amas. Haré que te arrepientas miles de veces antes de que me supliques que te mate. —Con una mirada

desafiante, jugué mi última carta, consciente de que estaba dispuesto a cumplir cada una de esas amenazas—. ¿Aceptas mi trato?

Reflexionó unos instantes, desviando la mirada hacia el cuadro que había en la pared detrás de mí, antes de volver a mirarme a los ojos. Tardó una eternidad en responder, pero intenté ocultar cualquier signo de tensión. Era el león quien estaba allí y no iba a dar marcha atrás.

—Tengo una contrapropuesta para ti. Cásate primero con mi hermana.

—¿Casarme con tu hermana? —repetí, sorprendido—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque así tendría la certeza de que no me vas a traicionar ni a tenderme otra trampa. Si quieres mi confianza, primero tendrás que cuidar bien de ella. —Le dio la vuelta a la situación a su favor y me dejó pensativo—. Tú también tendrías la garantía de que no voy a atacar a tu familia. Seríamos cuñados por partida doble, unidos por la sangre y por los negocios. Sería una alianza perfecta.

Acababa de cumplir treinta y siete años y seguía sin tener ganas de casarme ni de tener a una mujer lo suficientemente cercana como para mostrarle mis debilidades y compartir mi cama cuando bajaba la guardia. Sabía que, tarde o temprano, eso tendría que suceder. Había llegado allí dispuesto a negociar y quizá solo así llegaríamos al acuerdo que yo deseaba.

—¿Y cómo es tu hermana? —pregunté, curioso—. ¿Es guapa? ¿Es inteligente? ¿Es virgen? —Me humedecí los labios al imaginar las imágenes que se formaban en mi cabeza, las cuales probablemente a Adrián no le gustaría conocer.

—Es mi joya más preciada, mi única hermana y una persona en la que confío.

—¿Entonces estás dispuesto a entregármela? —le pregunté sin rodeos, queriendo saber si hablaba en serio o solo me estaba poniendo a prueba—. ¿No te da miedo que le haga daño, que la utilice, que la descarte?

—Solo podré confiar en ti si la tratas como se merece —dijo con convicción—. Si eres un hombre de honor, como yo, respetas a las mujeres. Creo que valoras a tu familia y que considerarás a mi hermana como parte de ella. Sabes que si rompes nuestra alianza, yo te destrozaré. Si le haces daño, te mataré.

Estaba hablando con otro líder igualmente preparado y sus palabras me impresionaron. Adrián logró demostrarme que yo no era el único que llevaba las riendas y la alianza me pareció aún más necesaria para evitar la destrucción mutua.

—Eres muy persuasivo, Adrián —admití—. Casi me has convencido para aceptar tu contrapropuesta.

—¿Casi? —Frunció el ceño, sorprendido—. ¿Qué te falta para aceptar?

—Me falta ver a tu hermana —esbocé una sonrisa pícara—. Vas a enseñarme una foto de ella —extendí la mano, esperando a que me entregara su móvil—. Vamos, Adrián. Enséñame a tu hermana. Quiero ver a mi futura esposa.

Dudó un momento, sacó el móvil del bolsillo y lo miró con expresión de indecisión. Adrián parecía reacio a enseñarme a su hermana, como si temiera que, si la veía, ya fuera demasiado tarde.

—Venga, Adrián —insistí, con un tono provocador—. Dijiste que es tu joya más preciada. Pues enséñamela. —Aumenté la presión, extendiendo la mano aún más—. Enséñame a mi futura esposa.

Respiró hondo, como si estuviera tomando una decisión difícil. Cogió su móvil y desbloqueó la pantalla, abrió la galería de fotos y buscó una imagen. Tras lo que pareció una eternidad, seleccionó una foto y me la enseñó.

Era joven y guapa. Intenté contenerme para no esbozar una sonrisa de satisfacción que le revelara lo mucho que me había gustado lo que había visto. Adrián no podía pensar, ni por un instante, que tuviera algún tipo de ventaja sobre mí. La joven tenía una larga melena negra que le caía sobre los hombros como una cascada de seda. Sus grandes ojos castaños brillaban como una noche sin estrellas. Tenía una nariz delicada que combinaba a la perfección con sus labios carnosos y rojos. Su rostro angelical contrastaba con sus sensuales curvas. Para rematar, tenía una sonrisa radiante que iluminaba su expresión.

La mujer me atraía, lo que facilitaba las cosas, ya que tendría que hacerla mía muy pronto.

—Es agradable —le devolví el móvil—. Acepto tu contrapropuesta, Adrián. Me casaré con tu hermana y tú te casarás con la mía. Seremos cuñados y aliados —le tendí la mano, esperando que me la estrechara—. ¿Tenemos un acuerdo?

Miró mi mano, aún vacilante. Parecía no creer que hubiera aceptado su contrapropuesta tan fácilmente. Quizá sospechaba que tenía alguna intención oculta detrás de mi decisión, dudando de que fuera a cumplir mi parte del trato.

Después de lo que le había hecho, era lógico que temiera que yo fuera un lobo con piel de cordero.

—¿Tenemos un acuerdo? —repetí, con un tono de impaciencia —. ¿O vas a cambiar de opinión?

—No, no voy a cambiar de opinión —dijo, por fin—. Acepto tu trato. Me casaré con tu hermana y tú te casarás con la mía. Seremos cuñados y aliados. —Me estrechó la mano, sellando nuestro pacto—. Pero ten por seguro que te tendré vigilado. Si le haces algo a mi hermana, no dudaré en matarte. Si rompes nuestra alianza, no tendré piedad de ti. Atrévete a traicionarme y haré que te arrepientas —me advirtió, apretándome la mano con más fuerza.

—No te preocupes, Adrián —le aseguré con una sonrisa de confianza—. No haré nada de eso. Seré un buen marido para tu hermana —le tranquilicé con voz de promesa.

No estaría allí si la paz no me beneficiara.

—Espero que sí —dijo él, con un suspiro de alivio.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 13

Me estaba preparando para dormir, cepillándome los dientes y recogiéndome el pelo, cuando oí que llamaban a la puerta. Cerré el grifo y me acerqué a la puerta del dormitorio, donde me encontré con Santiago, el hombre de confianza de mi hermano.

—¿Qué pasa? —murmuré.

—Adrián ha mandado que te llamen.

—¿Qué quiere mi hermano de mí? —Fruncí el ceño, en una mezcla de sueño y desconcierto.

—Quiere presentártela a alguien.

—¿Qué? ¿A quién?

—Será mejor que vengas ya y te pongas algo decente —señaló mi camisón y me hizo sonrojar.

Cogí un albornoz y me lo puse encima del camisón, sin entender qué estaba pasando. Seguí a Santiago por el pasillo a oscuras hasta el salón, donde mi hermano me esperaba. Estaba sentado en nuestro sofá color crema, junto a un hombre al que no reconocí. El tipo era alto, moreno y tenía unos ojos grandes, castaños y amenazantes. Me miró fijamente con una sonrisa maliciosa, que me provocó un escalofrío de miedo.

—Esta es mi hermana, Mirelle —dijo Adrián, con tono de orgullo—. Es preciosa, ¿verdad?

—Sí, mucho —asintió el hombre, sin apartar la mirada de mí—. Tienes suerte de tener una hermana tan guapa, Adrián. Y yo tengo suerte de tenerla como mi prometida.

—¿Novia? —repetí, atónita—. ¿De qué está hablando este tipo, Adrián?

—Sí, os vais a casar —anunció mi hermano como si fuera algo trivial y no una bomba catastrófica que podría cambiar mi vida para siempre.

—¡No me voy a casar con ese hombre! —Di unos pasos atrás hacia la escalera, como si pudiera salir corriendo y encerrarme en mi habitación.

—No tienes elección, Mirelle —dijo mi hermano con voz fría—. Miguel y yo tenemos un acuerdo que se sellará con la boda.

—Velásquez. —Temblé de miedo al oír ese nombre—. ¿No es ese el hombre que te dejó en esa silla de ruedas y mató a mi cuñada?

No podía ser, aquello solo podía ser una pesadilla. El Adrián que yo solía conocer nunca habría aceptado algo así, pero desde aquella tragedia, mi hermano ya no parecía el mismo hombre.

—Sí, él es el responsable de lo que le pasó a Virginia —confirmó Adrián, con expresión amarga—. Pero también puede convertirse en un aliado importante y garantizar la seguridad de nuestra familia. Para ello, te casarás con él.

—¡No me importa el poder que tenga, no quiero casarme con un asesino! —grité, sintiendo cómo las lágrimas me resbalaban por la cara—. No puedes obligarme a hacer esto, Adrián. ¡Eres mi hermano, deberías cuidar de mí, no venderme como si fuera una mercancía!

—Estoy cuidando de ti, Mirelle —me aseguró mi hermano, levantándose con dificultad de la silla de ruedas—. Lo hago por tu bien, por el bien de nuestra familia. No lo entiendes, pero este matrimonio es la única forma de garantizar nuestra seguridad y nuestra tranquilidad. Te acostumbrarás a él, podrás aprender a quererlo. En el fondo, es un buen hombre.

—¿Un buen hombre? —repitió Miguel con una risa sarcástica.

Adrián no podía engañarme: aquel tipo sentado a su lado no era un buen hombre, era un monstruo, capaz de herir, engañar y matar para conseguir sus fines. ¿Cómo podía mi hermano desear que pasara el resto de mi vida junto a alguien así?

Miguel se levantó y se dirigió hacia mí; yo retrocedí unos pasos, sintiendo cómo el pánico me hervía en las venas y me hacía temblar.

Mi espalda chocó contra la pared, dejándome sin espacio para huir cuando sus dos manos me tocaron la cara, sujetándome. Abrí

mucho los ojos y me vi obligada a mirarlo a la cara.

Me dolió el pecho y me quedé sin aliento. Él parecía terriblemente fuerte y monstruoso, mientras que yo nunca me había sentido tan débil, sin fuerzas para esquivarlo y salir corriendo.

—Serás mía, Mirelle —anunció Miguel en un tono autoritario—. Te convertirás en mi mujer, mi reina, y me darás hijos.

Su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir cómo se mezclaban nuestras respiraciones, lo que aumentaba aún más mi angustia. Era como si aquel hombre fuera un lobo a punto de devorarme.

—No, Miguel, no —protesté, intentando liberarme de su agarre —. No puedes hacer esto, no puedes obligarme a nada. No me quieres, ni siquiera me conoces. No podemos casarnos así.

—Te equivocas, Mirelle —insistió él, acercando aún más su rostro al mío—. Soy todo lo que puedes desear. No hay nadie que sea mejor marido que yo.

Rozó mis labios con los suyos, haciendo que mi corazón diera un vuelco aún mayor de desesperación.

El tipo me atrajo hacia él, abrazándome con fuerza. Sentí cómo mi corazón latía acelerado, mi cuerpo temblaba y su voz me embriagaba. Por fin, me susurró al oído, con una autoridad que me dejó paralizada.

—Es una tontería por tu parte pensar que tienes elección.

Sus labios rozaron los míos, sorprendentemente suaves para un hombre tan áspero.

Estaba sin aliento, consumida por una desesperación terrible, cuando mi hermano por fin hizo algo.

—¡Basta ya! —ordenó con tono firme—. ¡Aléjate de ella!

Miguel esbozó una sonrisa y retrocedió, como si la actitud de mi hermano no le hubiera molestado en absoluto.

—Vamos a discutir los detalles de la boda, futuro cuñado —se volvió hacia mi hermano con una sonrisa.

Adrián no podía estar hablando en serio sobre casarme con aquel hombre.

—La boda será aquí, en Colombia.

—Estoy de acuerdo, siempre y cuando el tuyo con mi hermana se celebre en México.

—Vosotros os casáis seis meses antes...

—¡Eso es un disparate! —exclamé indignada, interrumpiendo a mi hermano—. No podéis decidir mi destino así, sin consultarme, sin respetarme. No quiero casarme, ni formar parte de esta guerra demencial. ¡Tengo derecho a ser libre y feliz!

—Cállate, Mirelle —ordenó Adrián, enfadado—. No sabes lo que estás diciendo, ni lo que está en juego. Si crees que tienes elección, te equivocas, tienes que obedecer. Te vas a casar con Miguel y formarás parte de nuestra alianza.

—No, Adrián, no... —supliqué, con lágrimas en los ojos—. ¡No puedes hacer eso! Por favor, no me sacrifiques así. Eres mi hermano, deberías protegerme, quererme, apoyarme. No puedes entregarme a

un hombre al que odio y que ha sido el responsable de todo nuestro sufrimiento.

—Lo siento mucho, Mirelle —dijo con pesar—. Pero es la única opción.

—No… Por favor…

Mi hermano mantuvo la mirada firme e inquebrantable, dejando claro que no cambiaría de opinión, por mucho que yo le suplicara.

Desolada, lo único que pude hacer fue volver corriendo a mi habitación y dar un portazo. Como si eso fuera a protegerme de aquellos hombres que se creían con derecho a decidir mi destino por mí.



Capítulo 14

—¡Mirelle, vuelve aquí! —gritó Adrián cuando su hermana salió corriendo.

—Déjala ir —murmuré mientras me acomodaba de nuevo en el sofá.

—Mi hermana será una buena esposa —aseguró él—. Solo necesita asimilar la noticia de la boda.

—Por nuestro bien a los dos, espero que sí.

—¿Me estás diciendo que tu hermana será más amable conmigo? —giró el cuerpo en la silla de ruedas para mirarme desafiante.

Aquella alianza aún estaba muy lejos de convertirse en un mar en calma.

—Puedo controlarla mejor.

—Espero que sí.

—¿Qué te parece una gran fiesta de compromiso doble? —Cambié de tema para retomar una conversación amistosa con mi futuro cuñado. Había ido a Colombia para forjar una alianza con él y tenía que esforzarme por conseguirlo.

—¿Una fiesta? —Entrecerró los ojos, lo que indicaba que había captado su atención.

—Sí —afirmé—. Tengo unos complejos turísticos en Cancún para el blanqueo de dinero y creo que podrían ser el lugar perfecto para celebrar nuestras futuras uniones. ¿Qué te parece el próximo fin de semana? Puede ser divertido.

Se quedó pensativo unos instantes, reflexionando sobre el tema y haciéndome odiar esas pausas dramáticas suyas. Pareció una eternidad hasta que por fin dijo:

—Será estupendo conocer a tu hermana en persona.

—Entonces, queda acordado —me levanté del sofá—. Volveré a casa para ocuparme de los detalles.

Adrián asintió con la cabeza y dejó claro que no me acompañaría hasta la puerta.

Sabía que no iba a ser fácil, pero al menos había conseguido lo que quería y debía darme por satisfecho.

Era una victoria, a pesar de haberme sacrificado a mí mismo en el proceso.

Al menos Mirelle era joven y guapa; solo esperaba que fuera lo suficientemente lista como para comprender que, a veces, no se podía luchar.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 15

Hundida en mi cama, mojando la almohada con mis lágrimas, no podía dejar de pensar en lo que había pasado y dudaba de que fuera capaz de dormir aquella noche.

¿Cómo era posible que mi hermano me prometiera en matrimonio al hombre que había matado a mi cuñada y herido a mi cuñado? Adrián solo podía estar loco.

—No quiero casarme con él —dije, sollozando—. Es un monstruo, un asesino...

Estaba segura de que aquel hombre me haría sufrir, me haría daño e incluso me mataría. Pensar en ello me hacía sentir cada vez más desesperada y angustiada. Había llegado a pensar que nada podría ser peor que la muerte de Virginia, pero me equivocaba.

Oí un golpe en la puerta que me hizo girarme hacia ella y ver una sombra moviéndose en medio de la penumbra de la habitación.

—Adrián… —murmuré el nombre de mi hermano mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas con más intensidad aún.

—No. —Otra voz, severa y grave, me sacudió; sin embargo, tampoco era la de Miguel. —Es Santiago.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has entrado en mi habitación? —Me senté en la cama a toda prisa, enfrentándome al hombre que se había colado en la habitación de mi hermano sin avisar.

—Lo siento, Mirelle, pero lo he oído todo.

—¿Todo?

—Lo que tu hermano pretende hacer. No es justo casarte con ese hombre.

—No. —Mis llantos se intensificaron aún más—. ¡No lo es! No quiero casarme con ese monstruo. Por favor, Santiago, tienes que convencer a Adrián de que esto es una locura.

—No te preocupes. —Se acercó hasta sentarse en el borde de la cama y acariciarme el pelo—. Haré todo lo posible para convencer a tu hermano.

—Por favor… ¿Cómo vas a hacerlo? —pregunté, llena de esperanza—. Sabes que Adrián es terco y orgulloso. Parece mucho peor que antes, no va a dar marcha atrás en su decisión.

—Lo sé, pero también sé que es tu hermano, que se preocupa por ti y por tu bienestar.

—Quizá antes le importara, pero ahora no...

—Adrián sigue siendo un buen hermano.

—Un buen hermano no me sacrificaría —gruñí, furiosa—. No soy una moneda de cambio, soy una persona, tengo sentimientos, sueños, deseos. No quiero casarme con un hombre al que odio, al que temo y al que desprecio. Quiero casarme por amor, por mi propia elección...

—Ojalá pudiera ofrecerte eso —dijo, acercándose más a mí—. Te mereces ser feliz, Mirelle, junto a un hombre que te quiera de verdad.

—Yo… creo que eso nunca va a pasar —susurré, volviendo a llorar.

—Cálmate —dijo, extendiendo la mano para acariciarme el pelo —. Te prometo que todo irá bien.

—¿Cómo que todo va a salir bien? No puedes prometer eso, Santiago.

—Te ayudaré a escapar de este matrimonio, te llevaré lejos de aquí, a un lugar seguro.

—¿Cómo vas a hacerlo, Santiago? —pregunté, sorprendida—. Sabes que Miguel es poderoso y cruel. No me dejará marchar, me perseguirá, me matará.

—No, si él no sabe adónde has huido —dijo, sonriendo—. Tengo un plan, Mirelle.

—¿Qué plan? —pregunté, curiosa.

—¿Confías en mí, Mirelle?

Me estremecí ante su pregunta y no me sentí lo bastante segura como para responderla.

—Te llevaré a un lugar seguro —repitió cuando no dije nada más.

Antes de que pudiéramos discutir los detalles de aquel plan descabellado, la puerta se abrió de nuevo y entró mi madre.

—¿Qué haces aquí, Santiago?

—Señora… —Tragó saliva. —Bueno…

—Ya se va —dije, interrumpiéndolos a los dos y lanzándole una mirada a Santiago para que entendiera que más le valía obedecer.

—Sí, ya me voy.

En cuanto el hombre salió a hurtadillas de la habitación, me topé con la mirada fulminante de mi madre.

—¿Qué hacía él aquí? —preguntó ella con una mirada severa que me hizo temblar.

Sabía que no era apropiado que me vieran a solas de esa manera con uno de los hombres de mi hermano; sin embargo, tras esa sucesión de tragedias en mi vida, no me preocupaba lo que fuera o no de buen tono.

—No importa —me encogí de hombros.

—A tu hermano no le va a gustar saber esto.

—Mi hermano debería haber muerto —rugí, furiosa.

—¡Mirelle!

—Solo puede haberse vuelto loco si cree que casarme con Miguel nos garantiza algo.

—¿Lo ha dicho Adrián?

—¡Sí que lo dijo! Estoy segura de que vio a ese monstruo en nuestro salón.

—¡Ay, cariño! —suspiró, sentándose en la cama, en el lugar que hasta hacía un momento ocupaba Santiago—. En nuestro mundo, los matrimonios no siempre son fáciles.

—¡Eso no es justo!

—No, no lo es.

—¿Cómo voy a escapar de esto?

—No puedes. Lo siento.

—Pero, mamá...

—Todo irá bien, cariño. —Aquello me pareció la mayor mentira que me había contado jamás.

La idea de Santiago me parecía terrible, pero, aun así, parecía mi única opción.



Capítulo 16

Mirelle no era la única a la que había que convencer para que aceptara la boda. Aunque le había asegurado a Adrián que todo estaba bajo control, todavía no le había contado a mi hermana pequeña mis planes sobre su futuro.

Volver a casa con este reto entre manos era algo que me exigiría mucho, pero Alma tendría que acatar mi orden. Todos teníamos que hacer sacrificios por aquella familia.

Cuando entré en casa, ya era por la mañana del día siguiente. Mi cuñada, Agda, estaba en el salón, sentada en el sofá con sus hijos gemelos, jugando con grandes bloques de construcción que cogían y se metían en la boca, babeando las piezas más que nada.

No había nadie más allí, y mucho menos alguno de mis hermanos. Por mucho que Sandro fuera el más cercano a mí por ser

hombres, no era a él a quien buscaba aquella mañana.

Aquello no era un asunto que pudiera eludir; le había prometido a Adrián una fiesta de compromiso y, para entonces, mi hermanita debía de ser una novia dispuesta y agradable.

Subí las escaleras y me dirigí a su habitación. Llamé a la puerta, pero no obtuve respuesta. Entonces, la abrí despacio y entré, encontrando a Alma tumbada boca arriba, escuchando música con los auriculares y con la mirada perdida.

—¡Miguelito! —Esbozó una amplia sonrisa al verme, pero dudaba que su alegría durara mucho tiempo después de escuchar lo que tenía que decirle.

—¡Alma! —Me aclaré la garganta para llamar su atención.

Se quitó los auriculares y los dejó junto al móvil sobre la mesita de noche, antes de sacar las piernas del colchón y sentarse en la cama para mirarme mejor.

Me quedé de pie, con los brazos cruzados y una postura firme.

—¿Qué pasa, hermano? —Su mirada me indicó que se había dado cuenta de que algo iba mal.

—Tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué? —Levantó una ceja con aire desconcertado.

—Sobre tu boda —anuncié, lo que le provocó una expresión de sorpresa aún mayor.

—¿Mi boda? ¿Qué boda? —Estaba desconcertada.

—El matrimonio que te he concertado.

—¿Cómo que me has concertado una boda, Miguel? —De repente, la sonrisa amable con la que me había recibido se había transformado en un ceño fruncido, como nubes de tormenta que ocultan el sol. ¿Con quién?

—Con Adrián.

—¿Adrián? ¿Quién es Adrián?

—El jefe del cártel de Colombia.

—¡¿Estás loco, Miguel?! —rugió, saltando de la cama como si le hubieran dado una descarga en el trasero—. ¿Quieres que me case con un asesino? ¿Con un traficante?

—No es un hombre muy diferente de Sandro y de mí —confesé.

—Pero es alguien a quien ni siquiera conozco.

—Sé que parece una locura, Alma. Pero es la única salida. Es la única forma de mantener a nuestra familia a salvo.

—¿De qué?

—De la amenaza en la que puede convertirse.

—¿Por qué se convertiría en una amenaza? —empezó a gritar —. ¡¿Qué has hecho?!

—Tomé una decisión que salió tal y como preveía y tuve que arreglar las cosas para que nadie de nuestra familia sufriera las

consecuencias.

—¿Cómo has podido poner en peligro a nuestra familia? —Se le llenaron los ojos de lágrimas y la indignación se apoderó de su rostro.

—Desde que papá puso en marcha este negocio, siempre estamos en peligro y yo hago todo lo posible por protegernos —le aseguré, como si fuera una especie de héroe en aquella historia, lo cual distaba bastante de la realidad.

—¿Y crees que casarme con ese hombre es la solución? —Por un instante se permitió escuchar mis argumentos.

—Tú te casas con él y yo con su hermana. Así aseguraremos una alianza duradera.

—¿Sacrificándonos a mí y a esa otra mujer en el proceso? —resopló.

—Tenemos que hacer sacrificios por el bien de la familia.

—Para ti es fácil decirlo —dijo cruzando los brazos—. ¿Y no has pensado en mí? ¿En cómo me siento? ¿En cómo voy a vivir con ese hombre?

—Sí que he pensado en ello, Alma. He pensado mucho en ello. Pero no he encontrado otra salida. Vamos a hacer este sacrificio por todos nosotros.

—No, Miguel. No lo has hecho por nosotros. ¡Lo has hecho por ti! Solo quieres deshacerte de tu problema y, para ello, me has echado al fuego.

—No es verdad, Alma. Te quiero. Eres mi hermanita...

—Entonces, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido entregarme a ese hombre? —Las lágrimas comenzaron a brotar de su rostro—. Dejaste que Paola, nuestra hermana, se mudara a España y viviera con el hombre al que ama, ¿pero vas a hacerme esto a mí? ¿Condenarme a una vida con un hombre al que ni siquiera conozco?

—No es exactamente así, Alma.

—¿Cómo que no?

—El matrimonio de Paola también supuso una protección para nuestra familia —arguí, intentando convencerla—. Ramón nos ha puesto en peligro varias veces. Casi mata a Agda y a los gemelos. El matrimonio con Paola garantizó nuestra seguridad y mantuvo a o bajo control. Ella solo tuvo la suerte de enamorarse de él —intenté argumentar, aunque sonara ridículo.

—¿Suerte? ¿A eso lo llamas suerte? Tuvo que abandonar todo lo que tenía aquí. Tuvo que adaptarse a una cultura diferente. ¡Tuvo que vivir lejos de nosotros! —escupió las palabras con desprecio.

—Pero es feliz, Alma. A Paola le gusta la vida que tiene junto a su marido y su hijo —insistí, intentando darle algo de esperanza.

—¿Y tú crees que yo voy a ser feliz con ese Adrián? —Me miró con incredulidad.

—No lo sé, Alma. Pero espero que sí. Espero que encuentres la felicidad con él. Que Adrián te quiera y haga todo lo posible para que te sientas la mejor mujer del mundo —dije con sinceridad, pero también con tristeza al darme cuenta de que esa realidad quizá nunca fuera posible para mi hermanita.

—¡No esperas nada de eso, Miguel! Solo esperas que te deje en paz —me acusó, con razón.

—No es verdad, Alma. Me preocupo por ti, por tu felicidad y tu bienestar —intenté convencerla, pero también a mí mismo.

—No, Miguel. No. No te preocupes por nada de eso. —Sus lágrimas se hicieron aún más intensas, y me partieron el corazón.

Por mucho que odiara ver a mi hermana sufrir de esa manera, no podía dar marcha atrás en el acuerdo que había hecho.

—Alma, lo siento, pero tu boda tiene que celebrarse —dije con firmeza.

—Mis sentimientos no importan, ¿verdad?

—Me aseguraré de que estés bien —le prometí.

—Sabes que no puedes hacer eso.

—Ya encontraré la manera.

—¿Qué tal una solución en la que no tenga que casarme con él?

—Alma, por favor...

—¡Fuera de aquí, Miguel! —gritó con fuerza—. ¡Déjame en paz!

Decidí no protestar y la dejé sola en su habitación. Mi hermana necesitaba un rato para asimilar esa noticia, y yo también.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 17

Todas las lágrimas que derramé en los días siguientes no convencieron a Adrián de que cambiara de opinión sobre mi boda con el asesino de Virginia.

Si no hubiera sido por Santiago, que me dio un atisbo de esperanza, sé que me habría vuelto loca. Puede que solo fuera uno de los hombres de mi hermano, pero era lo más parecido que tenía a un amigo.

Santiago me aseguró que todo saldría bien y decidí creerlo, o me habría vuelto loca pensando en mis días casada con un monstruo. No podía negar que mi hermano también formaba parte de la pandilla de Miguel y quizá por eso había conseguido aceptar ese tipo de acuerdo, pero yo era inocente y no debería haberme visto envuelta en ese lío.

Adrián no me hizo caso, no me escuchó, y el hecho de estar sentada en aquel jet privado con él tras tanta discusión era la prueba de que mi opinión no valía nada. Él era el juez, el jurado y el verdugo de mi vida, y actuaba como le daba la gana. Sería una tontería fingir que en algún momento mi hermano no tuvo todo ese poder sobre mí; sin embargo, nunca pensé que pudiera caer tan bajo como para utilizarlo en mi contra.

—¿Por qué no abres la salida de emergencia y me tiras al medio del océano? —le provoqué tras muchos minutos de silencio.

—Mirelle, no exageres —rugió Adrián.

—Es mejor que casarme con ese hombre.

—No eres la única que se va a casar —me recordó.

—¿El cadáver de Virginia ni siquiera se ha enfriado todavía y ya vas a poner a otra en su lugar? ¿Cómo te atreves? —La indignación se apoderaba de mí con cada vez más furia, como un viento violento que arrasaba con todo a su paso.

—Hoy o dentro de dos años, ella seguirá muerta —dijo con una frialdad que me heló los huesos.

Tenía el estómago revuelto por una sensación de malestar que me hacía palpitar la cabeza. Solo quería salir corriendo, pero era imposible hacerlo en un avión a más de diez mil pies de altura.

Adrián solía ser el mejor hermano del mundo, mi héroe, la persona a la que más quería y en la que me inspiraba. Mi madre podría no estar de acuerdo conmigo, pero yo seguía sintiendo que él había muerto aquel día y que su cuerpo no era más que un caparazón vacío.

El problema era que presentía que él me arrastraría a esa tumba con él.

Un silencio sepulcral se apoderó de todo el vuelo hasta que aterrizamos en el aeropuerto de México, donde supuse que nos encontraríamos con mi *prometido*. Mi hermano no me había contado mucho sobre la reunión, solo que sería una fiesta de compromiso.

Pensar en pasar el resto de mi vida junto al monstruo responsable del asesinato de la que solía ser mi mejor amiga me provocaba cada vez más pánico.

Ay, Dios...

Mamá era muy religiosa y me había enseñado a serlo también; sin embargo, ya no sabía si el simple hecho de rezar me ayudaría.

Nos subimos a un coche que nos llevó hasta un precioso complejo turístico a orillas del mar, con paredes blancas pero decoraciones muy coloridas, con flores, cuadros y objetos como jarrones y cojines. En cuanto salimos a la carretera, vi a una pareja de turistas salir c, riendo, mientras ella le sujetaba el sombrero para que no se lo llevara la brisa que me alborotaba el pelo y me llenaba la nariz con el aroma a mar.

El cielo, de un azul intenso, y el mar transparente, que llegaba a brillar con la luz del sol, parecían componer un pedazo de paraíso. Nunca antes había salido de Colombia y debería estar encantada, pero no podía evitar sentir miedo.

Adrián parecía muy tranquilo, incluso demasiado apacible para alguien que había hecho un pacto con el diablo.

—¡Señor Ruiz! —Un hombre al que yo no conocía y que mi hermano tampoco parecía reconocer se acercó a nosotros con una

amplia sonrisa y un aire hospitalario—. Estamos encantados de recibirles en nuestro hotel. Si me acompañan, les llevaré a sus habitaciones.

—De acuerdo. —Mi hermano asintió e hizo un gesto para que Santiago le apartara la silla.

Atravesamos el hermoso y luminoso vestíbulo hasta llegar al ascensor metálico que nos llevó a la décima planta.

—¿Señorita? —El hombre que nos había recibido se dirigió a mí.

—Sí.

—Esta es tu habitación. —Pasó una tarjeta por una de las puertas y la abrió, entregándome la tarjeta-llave acto seguido—. Uno de los maleteros vendrá a traerte el equipaje.

—Gracias.

Le quité la tarjeta magnética de la mano y me encerré en la habitación, cerrando la puerta tras de mí lo más rápido posible y sintiendo un enorme alivio al quedarme sola.

Quería desaparecer bajo aquella suave colcha de la cama, fundirme con los hilos y no tener que levantarme nunca más.



Capítulo 18

Alma me odiaba, Sandro se enfureció con mi idea de casar a nuestra hermanita con un desconocido; por suerte, Paola no estaba cerca para juzgarme por ser la villana.

Lo que ellos no entendían era que Alma no era la única que pagaba un precio. Los matrimonios concertados eran muy comunes en el mundo en el que vivíamos y la idea de elegir por amor era un lujo que no debíamos permitirnos. Además, las personas por las que nos preocupábamos acababan convirtiéndose en uno de nuestros puntos débiles. Ramón Hernández me había enseñado esa valiosa lección. Ahora estábamos todos bien, pero si él no se hubiera enamorado de mi hermana, la situación podría haber sido otra.

Matar a Adrián parecía la solución perfecta; sin embargo, el fallo de mis hombres me había salido muy caro. Sin duda, no tendría otra oportunidad, así que tenía que replanteármelo todo. El

matrimonio acabó resultando la mejor estrategia, aunque no le gustara a nadie.

—Es un anciano decrépito en una silla de ruedas —refunfuñó Alma, recordándome lo mucho que le molestaba aquella boda—. ¡Esto no es justo, Miguel!

—Se recuperará.

—¿De verdad? —Cruzó los brazos en el asiento trasero del coche, donde estaba sentada a mi lado—. Creía que sería feliz, había pensado muchas veces en mi familia, en tener hijos. ¿Cómo voy a tener hijos con un hombre que ni siquiera puede andar?

—Apuesto a que aún puede tener hijos contigo —respondí en tono brusco—. Yo no me preocuparía por eso.

Alma tragó saliva y Sandro soltó una carcajada, sentado en el asiento del copiloto.

—Eso no es justo —murmuró ella.

No lo era, tenía razón, pero no todo en el mundo se basaba solo en la justicia y mi hermanita tenía que aprenderlo cuanto antes. Esa falacia de que encontraríamos a nuestra alma gemela, que nos completaría para el resto de nuestras vidas, era una gran mentira. La realidad era muy diferente. Los romances así solo ocurrían en las historias de ficción. Aunque los matrimonios de Sandro y Paola no hubieran sido concertados, tampoco se debieron al encuentro de almas que se completaban. Mi hermano la cagó, dejó embarazada a una brasileña y tuvo que hacerse cargo de ella. En cuanto a la ingenua de Paola, la engañaron y la manipularon, estuvo a punto de morir y, para colmo, se quedó embarazada en medio de todo eso y, al decidir quedarse con el padre del niño, tuvo que renunciar a vivir con nosotros.

Podrían ser felices a pesar de las circunstancias, pero podría afirmar que en ninguno de los casos había sido fácil, al igual que no lo sería para mí ni para Alma.

Me gustaba pensar que, al casarme con Mirelle, era muy consciente de las consecuencias que me esperaban, pero tenía suficiente experiencia como para no ser ingenuo y olvidarme de lo fácil que todo podía salirse de control.

Paraíso Azul era uno de los hoteles de mi familia que utilizábamos para el blanqueo de dinero, pero el lugar funcionaba al límite de la legalidad, con huéspedes reales y una estructura digna de un palacio europeo, pero con las bellezas de un país tropical, haciendo honor al precio que se cobraba por noche. Era un lugar al que me gustaba acudir para encuentros especiales, o cuando simplemente quería escapar de Sinaloa y respirar un poco de brisa marina.

Bajé del coche, me ajusté la chaqueta blanca y saqué las gafas de sol del bolsillo, colocándomelas en la cara al ser recibido por el gerente del hotel.

—¡Velásquez! Sean muy bienvenidos.

Asentí con la cabeza.

—¿Han llegado ya mis invitados? —Fui directo al grano.

—Sí, ya se han instalado.

—¡Estupendo! ¿Y los detalles de la fiesta?

—Se está montando la decoración en la playa y el personal del restaurante está preparando el bufé. Todo estará listo esta noche.

—Es mi fiesta de compromiso. Tiene que ser perfecta en cada detalle.

—Me encargo de ello, señor —aseguró, sacando pecho con confianza.

—Está muy bien. —Mi mirada hizo que se encogiera y tragara saliva.

—¿Dónde está la llave de mi habitación? —preguntó Alma—. Necesito darme un baño y tomarme un analgésico, siento que me va a estallar la cabeza. Espero que mamá llegue pronto con mi vestido, sería horrible que una de las novias no apareciera por falta de ropa —murmuró, y pude percibir el tono irónico de su voz. En el fondo, parecía estar deseando tener una excusa para no comprometerse con Adrián Ruiz, pero yo no iba a permitir que nada se saliera de mis planes aquella noche.

Al unirme al Cártel de Medellín, no habría ningún enemigo a mi altura que pudiera suponer una amenaza que temer.

Había intentado vencerlos y no lo había conseguido, así que la mejor alternativa era unirme a ellos y aplastar otras posibles amenazas. Yo mismo me aseguraría de que esta vez no hubiera fallos en el plan.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 19

Sentada en posición fetal, me abrazaba las rodillas y escondía el rostro entre las piernas, con la esperanza de protegerme de la mayor tragedia de mi vida, por mucho que, en el fondo, supiera lo inútil que era.

Ojalá mi padre estuviera allí y pudiera recurrir a él para impedir que se llevara a cabo la terrible decisión que había tomado Adrián. *¿Cómo puede sacrificarme de esa manera?*

No quería casarme, no podía casarme con un hombre que solo me inspiraba desprecio.

Si Virginia estuviera allí, nunca lo habría aceptado.

No sé cuánto tiempo pasó en aquella habitación hasta que oí un golpe. No quería levantarme, ni me atreví a hacerlo, pero fue

ingenuo por mi parte pensar que bastaría con eso para quedarme sola, pues, en cuanto no respondí ni me moví, el pomo giró y mi madre entró por la puerta, deteniéndose junto al colchón y mirándome fijamente mientras sostenía algo de ropa en una bolsa negra de la colada.

—¿Ya te has duchado?

—No —murmuré.

—¿Y no te vas a duchar?

—No.

—Mirelle...

Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas al levantar la cabeza para mirarla a los ojos.

—No puede ser que estés del lado de Adrián. ¡Mi hermano se ha vuelto loco! No me voy a casar con ese asesino, mamá.

Ella soltó un suspiro y se alejó, colgando la percha del bolso negro en un soporte detrás de la puerta; luego volvió a mi lado y se sentó tan cerca de mí que me vi obligada a apartarme un poco para que tuviera espacio.

—Seamos sinceras la una con la otra, ¿vale?

Asentí con la cabeza, dando mi consentimiento.

—No es como si ninguna de las dos tuviéramos otra opción.

—Pero, mami…

—Oh, mi niña. —Me secó una lágrima con el pulgar antes de que resbalara por mi mejilla y me apartó el pelo detrás de la oreja—. Quizá si hubieras nacido en otra familia, con otro padre y otro hermano, tus opciones serían mejores, pero no hay mucho que yo pueda hacer.

—¿Por qué te casaste con mi padre?

—Él me eligió.

—¿Y tú aceptaste?

—Mi familia habría pagado un precio muy alto si lo hubiera rechazado.

Tragué saliva ante su revelación.

—Rezaré mucho para que Miguel Velásquez sea un buen marido para ti.

—Espero que tus oraciones sean suficientes —dije con sincera esperanza al darme cuenta de que, independientemente de lo que yo quisiera, no tenía elección.

—¡Vamos, cariño! —Mi madre se levantó—. Voy a ayudarte a arreglarte.

Me arrastré fuera del colchón como un zombi, derrotada.



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 20

Me incliné sobre la barra del bar mientras esperaba a que el barman terminara mi copa, adornándola con una sombrillita de papel naranja en el borde del vaso ancho. La acerqué a mí y bebí a sorbos, chupando lentamente por la pajita mientras mis ojos recorrían la playa, observando cada detalle de la decoración montada para mi compromiso.

Había antorchas de madera clavadas en la arena, pétalos de rosas rojas y blancas esparcidos por el suelo, que quizá hubieran sido arrancados de los hermosos arreglos florales dispuestos estratégicamente por todo el recinto. También había algunos sofás para los invitados y una cabina de DJ donde el hombre estaba conectando los equipos para que empezara la música.

Sandro aún no había bajado, estaba ayudando a Agda con los gemelos, pero mi madre y Alma ya estaban en la playa; estaban en

silencio, simplemente observando el ambiente, cuando me acerqué sorbiendo mi copa.

—Deberías intentar sonreír un poco —le susurré a mi hermana menor.

—Como si tuviera algún motivo para sonreír —dijo irritada, cruzándose de brazos.

—Es la novia más guapa que he visto nunca.

—¿Más que tu novia? —Se volvió hacia mí con aire provocador.

—Aún no la he visto, así que sí.

Alma negó con la cabeza y me sacó la lengua.

Ignoré a mi hermana y bebí un poco más de mi copa, que ya se estaba acabando.

El DJ ya había empezado a poner una canción bailable cuando la vi acercarse. Quizá Alma había previsto que mi novia la eclipsaría, porque Mirelle me llamó la atención de inmediato y me dejó hipnotizado.

¡Vaya!

Llevaba un vestido blanco de encaje hasta las rodillas, que realzaba sus curvas y dejaba al descubierto sus hombros. Su melena castaña estaba recogida en un moño alto, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su delicado rostro. Sus ojos castaños brillaban bajo la luz de la luna, y sus labios rojos estaban apretados, lo que provocaba una ligera tensión que la hacía aún más sexy.

No podía negar que su belleza angelical representaba una oportunidad para que aquella boda me resultara más agradable. Tenía que admitir que, como un lobo, estaba deseando devorarla.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 21

Mi corazón dio un vuelco cuando percibí que los ojos castaños del cruel Velásquez se dirigían hacia mí. Todavía deseaba salir corriendo, pero era como si la arena fuera cemento, solidificándose bajo mis pies e impidiéndome moverme. Adrián estaba a mi lado y mi madre también, pero me sentí como si estuviera sola y desnuda ante la mirada hambrienta que aquel depredador me lanzaba. La forma en que me escudriñó con la mirada hizo que me imaginara a mí misma como un trozo de carne y a él, como un león que llevaba mucho tiempo en ayunas.

¿Es así como se comporta el rey de la selva antes de atacar a su presa? Puede que no fuera así, pero eso fue lo que sentí.

Dio un paso hacia mí y se me oprimió aún más el pecho.

«¡Corre!», gritaba mi mente, pero al observarlo, me sentí paralizado, como si me hubiera topado con una gorgona que me hubiera convertido en una estatua.

Me tocó a mí escudriñarlo con la mirada. Miguel iba vestido de forma extraña, con ropa informal y ligera: camisa blanca y bermudas del mismo tono. Un reloj caro y grande, probablemente de oro, destacaba en su muñeca, junto con un par de chanclas negras. Aquel hombre de casi cuarenta años tenía casi el doble de mi edad, pero era tan guapo que me provocaba aún más escalofríos.

¿Guapo? ¡Mirelle!

—Mi prometida. —Se detuvo frente a mí y contuve la respiración.

Miguel extendió la mano, esperando la mía, y tardé una eternidad en mover el brazo y posar mis dedos sobre su palma. En cuanto me cogió la mano, Miguel utilizó la otra para sacar una cajita de terciopelo del bolsillo y extraer de su interior un anillo de compromiso con un diamante enorme y pesado. Cuando sentí cómo deslizaba la joya por mi dedo, sin preguntarme antes si podía hacerlo, fue como si me estuviera poniendo un collar alrededor del cuello y me dificultara aún más la respiración.

Me tiró de la mano, besándome el dorso con una extraña delicadeza que me provocó un escalofrío que no había previsto.

—Mi prometida… —Su voz grave parecía rimar con el sonido del mar rompiendo contra la arena.

Si no fuera un monstruo…

El DJ cambió de canción y percibí un extraño brillo en los ojos de Miguel antes de que me apartara de mi familia y me acercara a la

cabina que se había montado en la arena.

—Vamos a bailar.

—No sé bailar.

—No te preocupes, yo te guío.

—Pero...

Dejé de hablar cuando sentí cómo sus dedos bajaban por el costado de mi cuerpo. Sus dedos me sujetaron con firmeza por la cintura y era tan fuerte que me sentí como si estuviera hecha de goma cuando consiguió moverme, haciendo que me contonease y frotase mi cuerpo contra el suyo.

Alcé la mirada, me topé con su expresión pícara y estaba a punto de insultarle, cuando, con un movimiento rápido, me agarró una de las muñecas y me hizo girar, haciendo que diera una vuelta de 360 grados hasta detenerme con la mano abierta sobre su pecho, sintiendo cómo latía su corazón.

Su rostro se acercó al mío, moviéndose de un lado a otro, rozando su suave nariz contra mi piel hasta el punto de acelerar mi corazón y dejarme paralizada. Las yemas de sus dedos recorrieron mi rostro mientras yo no podía hacer nada más que mirarlo fijamente.

Deslizó la mano derecha por mi brazo, deteniéndose en mi codo, y lo levantó, colocándolo sobre su hombro; luego repitió lentamente el proceso hasta que me di cuenta de que lo estaba abrazando. Sentí un calor, como si sus manos estuvieran hechas de lava, mientras volvía a deslizarlas por mis curvas, agarrándome de la cintura otra vez y haciendo que me contonease contra su cuerpo.

Mi corazón se aceleró más de lo que creía posible e intenté convencerme de que probablemente se debía al ritmo de la música.

Me atrajo con fuerza, haciendo que mi cuerpo chocara contra el suyo, y yo di unos pasos tambaleándome hacia atrás, reaccionando al movimiento, pero antes de que cayera, Miguel me volvió a atraer hacia él.

¿Qué está haciendo?

¿No se suponía que solo era un baile?

Sus manos volvieron a mi cintura y, sin querer, me froté contra él, elevando aún más la temperatura de mi cuerpo mientras mis ojos buscaban los suyos. Mis manos se deslizaron por sus anchos hombros y él inclinó la cabeza hacia mí. Sus labios estaban a milímetros de los míos, absorbiendo aún más el escaso aire que parecía haber a nuestro alrededor mientras, sin poder evitarlo, me contoneaba y me frotaba contra su cuerpo.

En medio de aquel baile sensual y atrevido que rozaba lo inapropiado, me olvidé por completo de que había un público observándonos.

—Eres preciosa… —Su voz grave me hizo dar un respingo.

Aparté la cara, intentando escapar de su mirada, pero él me agarró por la mejilla y me volvió hacia él, obligándome a mantener mi atención fija en la suya.

Bajé la cabeza y él rozó mi nariz con la suya, demostrando que también estaba jadeando mientras sus manos me rodeaban aún más la cintura.

Nunca había estado tan cerca de un hombre ni me habían tomado así, mientras que él sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Sus movimientos me hicieron caer hacia atrás y sentí que mi moño se balanceaba hacia el suelo, pero cuando me incorporé de nuevo y lo miré a los ojos, nuestros labios estaban tan cerca que Miguel acortó fácilmente la distancia entre nuestras bocas y su lengua se abrió paso, haciendo que yo separara los dientes para que se acercara a la mía.

Aunque no deseaba que él me besara, era como si fuera justo lo que mi cuerpo esperaba después de aquel baile.

Un grito agudo nos hizo separarnos y fue como si una piedra se hubiera estrellado contra aquel extraño techo de cristal que nos rodeaba.

Cuando me giré hacia atrás, me di cuenta de que uno de los sofás blancos estaba en llamas. Una de las antorchas se había caído sobre él y no sabía cómo, pero provocó un auténtico caos, y uno de los empleados del complejo turístico acudió corriendo para apagar el conato de incendio lo antes posible antes de que alguien resultara herido.

—Mirelle… —Miguel intentó sujetarme de nuevo, pero me aparté.

Sentía una extraña mezcla de emoción y asombro ante lo que había ocurrido y prefería que se mantuviera alejado de mí.

—Tengo hambre. —Prácticamente eché a correr para alejarme.



Capítulo 22

Apreté los dientes, enfadado después de que Mirelle se hubiera alejado de mí. Estábamos en medio de un momento estupendo hasta que uno de los hombres de Adrián tiró *accidentalmente* una de las antorchas sobre el sofá, prendiéndole fuego.

El sabor de mi prometida aún permanecía en mis labios y mi cuerpo ansiaba mucho más que un simple baile.

Si había algo que me consolaba era el hecho de que la boda sería pronto y nadie me impediría llevarla a mi cama y hacer todo lo que me apeteciera, mientras recorría su cuerpo con mis manos.

—¿Qué ha sido eso? —Me encontré con Adrián con una expresión furiosa cuando me atreví a acercarme a él.

—¿Eso? ¿El fuego?

—Tú y mi hermana.

—Ah, estábamos bailando.

—Eso no fue solo un baile.

—¿No? —Fingí no entenderlo y él apretó los dientes. —Tú también deberías aprender a bailar. —Había un tono burlón en mi voz mientras lo miraba fijamente, todavía sentado en esa silla de ruedas.

Seguí con la mirada a Mirelle mientras estaba cerca de la mesa del bufé y se metía unos aperitivos en la boca. Parecía desconcertada y avergonzada, y me gustaba ser el causante de ese efecto.

—El anillo que le has comprado es… ¿apropiado?

¿Apropiado?

Había pagado casi doscientos mil dólares por esa joya de una marca famosa con un enorme diamante solitario. Era mucho más que lo adecuado, una joya digna de una reina. Lo que ella sería cuando nos casáramos.

—¿No has traído uno para mi hermana?

Lo pensó unos instantes hasta que asintió, sacando la caja con la joya del bolsillo y mostrándome el anillo.

—Perteneció a mi difunta esposa.

Apreté los dientes; aquello era una clara provocación, pero no iba a ceder y esperaba que Alma pudiera lidiar con ello.

Por un instante, sopesé mis posibilidades de sacar mi arma escondida en la cintura y acabar con él, disparándole entre los ojos; sin embargo, además de convertir aquella playa en una masacre, estaba segura de que cualquier acercamiento de Mirelle se volvería imposible.

Por el momento, Adrián me resultaba más útil vivo y tendría que lidiar con los posibles quebraderos de cabeza que pudiera causarme.

—¡Alma! —llamé a mi hermana para que se acercara a su prometido.

Ella, que estaba cerca de nuestros sobrinos, me dedicó una sonrisa forzada y se acercó con pasos lentos, como si esperara que yo cambiara de opinión mientras se demoraba.

Cuando por fin se detuvo a mi lado, la rodeé con los brazos y la coloqué frente a Adrián.

Él extendió la mano, esperando la de ella; mi hermana me miró con aire suplicante, pero yo solo asentí. Desinteresada, Alma le tendió la mano a Adrián, quien tiró de ella con más fuerza, acercándola a sí.

Intenté no tragar saliva mientras él deslizaba el anillo de la difunta por el delicado y fino dedo de mi hermana.

—Le queda grande —comentó Alma al observar la joya.

—Lo mandaremos ajustar —dije como si fuera algo sencillo; de hecho, lo era, si se dejaba de lado la carga emocional de la pieza.

Alma me lanzó una mirada irritada, pero yo solo le devolví la sonrisa. Ni siquiera podía fingir que para mi hermana fuera más fácil

de lo que realmente era, y Adrián parecía decidido a no andarse con miramientos con ella.

A pesar de lo delicado de aquel acuerdo y de su importancia, daría marcha atrás y encontraría la manera de acabar con ese maldito si le hacía daño a Alma.

No dije nada, mantuve la compostura. Se suponía que era una fiesta y no quería ser el culpable de estropearlo todo.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 23

Daba pequeños sorbos a la copa, saboreando el amargor del tequila mientras observaba las olas que rompían en la playa y sentía la brisa fresca que venía del océano soplarme en la cara y apartarme hacia atrás los mechones que se escapaban de mi moño.

Sentía que mi corazón por fin empezaba a calmarse tras ese baile desconcertante al que Miguel me había llevado.

No podía dejar de pensar en lo mucho que me había sentido extrañamente atraída por él, al mismo tiempo que me culpaba por ello.

¡Miguel Velásquez es un monstruo!

Él es el responsable de la muerte de Virginia y de todo lo terrible y catastrófico que le había pasado a mi familia.

Apreté la pajita con fuerza y la mezcla alcohólica bajó quemándome la garganta. No se me daba bien beber, ni estaba acostumbrada a ello, pero en ese momento pensé que podría ser un pequeño consuelo ante la tragedia de mi vida.

—Si pudiera, lo habría matado.

Me sorprendió oír la voz de Santiago a mis espaldas. Se mantuvo a unos pasos de distancia para que nadie lo viera demasiado cerca, pero estaba lo suficientemente cerca como para que yo pudiera oírlo.

—¿Fuiste tú quien prendió fuego al sofá?

—Era la única forma que se me ocurrió para que se alejara de ti.

¿Quién ha dicho que quisiera que se alejara?

Me sorprendió la pregunta que surgió en mi mente.

¡No, Mirelle!

¡No!

Fuera cual fuera ese impulso estúpido e indecoroso, lo mejor parecía ser mantenerlo bien lejos de mi mente. Miguel no era el tipo de hombre que yo debería desear.

Sentí el peso del anillo en mi dedo y lo levanté, viendo cómo el brillo de la luna se reflejaba en el enorme y pesado diamante.

—Me voy a casar con ese hombre —solté, en una extraña mezcla de sensaciones que me hicieron sentir aún más incómoda.

—No, si puedo evitarlo.

—Es muy poderoso, Santiago. —Intenté contener el impulso de girarme para mirar al hombre.

—Pero aún puede sangrar.

Tragué saliva.

Tenía miedo de descubrir quién sangraría primero.



Capítulo 24

Un mes después...

Me enorgullecía ser un hombre capaz de analizar cada situación y tomar la mejor decisión posible; sin embargo, aquella boda aún me dejaba con la sensación de estar saltando hacia un abismo.

Aunque estaba seguro de que aquella decisión era importante, seguiría trayendo a una mujer a mi cama y a mi vida sin conocerla lo suficiente como para hacerlo.

De hecho, ya era demasiado tarde para cambiar de opinión y tomar otra decisión.

Tenía que llegar hasta el final con aquello.

Cogí el gemelo con una perla engastada en un marco de oro y me lo coloqué en la camisa blanca, antes de coger la chaqueta gris. Me miré en el espejo: mi barba estaba bien recortada, perfectamente perfilada, y también me había cortado el pelo el día anterior. Me había preparado lo mínimo para ese día y esperaba que todo saliera bien.

En cuanto salí de la habitación, me topé con mi hermano, que me miró con aire burlón.

—Listo para atarte de por vida.

Me encogí de hombros, sin responderle; no era momento para burlas.

—Pensaba que nunca te ibas a casar —continuó él.

—Los planes cambian.

—¡Ya, claro! —se rió.

—Pronto los gemelos tendrán un primo con quien jugar.

—Eso espero.

Para ser sincero, el motivo de mi boda era tan práctico que aún no había pensado en formar realmente una familia con Mirelle. Mientras la mía estuviera a salvo y mis negocios prosperaran, creía que podría ocuparme del resto.

—Vamos ya —dije al fin, zanjando cualquier otro tema que Sandro pudiera sacar a colación.

Creía que cuanto antes se resolviera todo aquello, menos tendría que preocuparme. Era una ilusión estúpida, pero aun así intentaba consolarme con ella. Pensar que aún podría tener problemas me haría cuestionar toda la propuesta que le había hecho a Adrián y el hecho de haberle entregado a mi hermana menor.

Las dudas no eran buenas en mi sector de negocios. En un momento de vacilación podríamos pagarlo con la vida. Ya me había decidido y no había marcha atrás. Acuerdos como aquel tenían que cumplirse o alguien pagaría un precio muy alto.

Estábamos en un hotel de Medellín; habíamos llegado la noche anterior y esperaba no pasar mucho más tiempo en esa ciudad. En cuanto recogiera a mi esposa, volvería a casa.

Me dirigí a la entrada del hotel y me encontré con un sedán negro en la puerta y a Javier esperándome para subir al asiento trasero. Fui a la iglesia con mi mano derecha y otros de mis hombres. Sandro y el resto de mi familia irían en otro coche.

Era una catedral católica en el centro de la ciudad que estaba muy bien decorada para el evento, con ramos de rosas blancas, flores del campo y lirios.

En la puerta había muchos hombres de Adrián, pero intenté no ponerme tenso por eso. Si intentaba algo contra mí o contra mi familia, pagaría un precio muy alto por ello. Él también era un líder con un negocio que cuidar; además, a diferencia de él, yo tenía un hermano menor para hacerse cargo de los negocios y sed de venganza para garantizar que se hiciera justicia.

Me ajusté la chaqueta al bajar del coche y cerré los ojos durante una fracción de segundo cuando un intenso rayo de sol del atardecer me dio en la cara. Di un paso adelante hasta salir de su

línea de visión y saludé a los hombres de la entrada con un movimiento de cabeza.

Una mujer se acercó a mí; llevaba una radio y vestía un vestido negro, formal, pero no de fiesta, parecía más bien ropa de oficina.

—¿Señor Miguel? —me llamó.

—Sí.

—Ya está todo listo y los invitados están llegando y se les está acomodando en el interior de la iglesia.

—¡Genial! ¿Y mi novia? —Intenté no mostrar ninguna ansiedad, pero puede que haya fracasado estrepitosamente.

—Aún no ha llegado, pero es normal, la novia siempre es la última en llegar.

—Claro.

—Tu madre...

—Ya está de camino.

—Te colocaré en la entrada con ella y lo organizaré todo para que comience la ceremonia.

Asentí con un movimiento de cabeza, convencido de que no había motivos para estar nervioso. No creía que pudiera pasar nada malo.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 25

El vestido era precioso, largo, con muchas capas de encaje, perlas y brillos, digno de una princesa. Mi hermano me había dejado elegir el que quisiera y, una vez puesto, imaginé que podría sentirme feliz, pero mi estómago revuelto me decía lo contrario.

Tensa, sentía cómo el sudor frío de las palmas de mis manos hacía que el tallo del ramo se me resbalara entre los dedos.

La opresión en el pecho me resultaba tan intensa que ni siquiera podía respirar cuando mi madre me ayudó a bajar los escalones de la planta superior de nuestra casa y a caminar hasta el salón, donde mi hermano, ya vestido con un traje, estaba hablando con uno de sus hombres.

Al darse cuenta de que me acercaba, se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Esbocé una sonrisa que parecía más bien un ceño fruncido.

Ese debería haber sido el día más feliz de mi vida. Todas las mujeres soñaban con su boda, pero yo solo quería que no ocurriera, al menos no de esa forma.

—Vamos, mamá —dijo Adrián en un tono firme y autoritario.

—¿Y Mirelle?

—Va en otro coche.

—Está bien.

Mi madre se volvió hacia mí y me dedicó una amplia sonrisa mientras me acariciaba la cara y se ponía de puntillas para darme un beso en la frente.

—Que la Virgen de Guadalupe te proteja.

—Amén...

Realmente pensaba que necesitaría mucho más que solo la protección divina para afrontar todo aquello. Saber que nunca volvería a casa y que me mudaría a otro país era uno de los motivos que me provocaba pánico. Por no hablar de todos los relacionados con mi prometido.

Miguel Velásquez...

Ya había perdido toda esperanza de despertar de aquella terrible pesadilla, porque tenía innumerables pruebas de que era muy real. No dejaba de preguntarme por Virginia, dónde estaría y qué pensaría sobre la sentencia que se me había impuesto.

Estaba segura de que mi cuñada la echaba mucho de menos, ya que ella nunca habría permitido que mi hermano me hiciera algo así.

Se dirigieron hacia otro coche y vi a Santiago delante de un coche blanco y grande. Nunca lo había visto en nuestro garaje, pero sin duda lo habían alquilado para esa ocasión.

No estaba solo Santiago, había otro hombre, que me abrió la puerta trasera e hizo un gesto para que entrara. Tardé un rato en acomodar todo ese enorme vestido en el asiento trasero, a pesar de estar sola.

En cuanto lo conseguí, el tipo, cuyo nombre aún me costaba recordar, abrió la puerta del copiloto y se acomodó en el asiento.

—Podemos irnos, Santiago —le dijo al otro lacayo de mi hermano—. Al jefe no le va a gustar que lleguemos demasiado tarde.

Santiago se giró hacia delante, pero en lugar de arrancar el coche como todos esperábamos, sacó un arma y disparó entre los ojos del otro tipo. La sangre salpicó en todas direcciones y algunas gotas cayeron sobre la falda impecablemente blanca de mi vestido.

No pude contener el susto y empecé a gritar.

—¡¿Qué has hecho?! —Me latía el corazón a mil por hora—. ¡Te has vuelto loco!

—Te garantizo que no llegarás a esa iglesia —respondió Santiago mientras arrancaba el coche.

Dejé caer el ramo, mientras mis manos temblaban de pánico.

—¡Lo has matado!

—Era la única manera.

—No podía ser la única forma...

—Héctor solo pensaría en cumplir las órdenes de su hermano, pero yo te sacaré de aquí a cualquier precio.

—Ma... pero...

Estaba tan consumida por el pavor, el miedo y la desesperación que ni siquiera podía pensar con claridad.

Santiago salió del garaje a toda velocidad mientras el cuerpo de Héctor aún yacía en el asiento del copiloto. La sangre de la herida que tenía en la cabeza chorreaba sobre el cuero del respaldo.

Apreté la mano contra la ventanilla pensando en cómo iba a salir corriendo del coche, pero, aunque consiguiera abrir la puerta, íbamos a toda velocidad y probablemente acabaría destrozada.

Quizá el plan de Santiago no fuera la mejor solución del mundo.



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 26

Mirelle tardaba en llegar; al principio pensé que podría tratarse de un retraso habitual de una novia, pero cuando percibí la impaciencia en los rostros de los invitados, me di cuenta de que el retraso ya estaba sobrepasando lo tolerable.

Bajé de la pequeña elevación del altar y caminé hacia Adrián, que estaba sentado en su silla de ruedas frente a la primera fila de bancos. No me importó asustarlo actuando como una fiera enfurecida.

—¿Dónde está Mirelle? —rugí.

—De camino.

—No veo ni rastro de ella.

—Ya estaba lista cuando salimos.

—¡Pues dónde está entonces?!

—Ten paciencia, Velásquez —me miró de una forma que me irritó aún más; sin embargo, intenté controlar mi expresión para no perder la compostura delante de todos.

No quería parecer demasiado ansioso por la boda, eso distaba mucho de ser cierto, pero una novia que tardaba demasiado en llegar ponía impaciente a cualquiera.

Hice caso a lo que dijo Adrián: mi novia llegaría enseguida. Solo necesitaba un poco de paciencia, así que esperé.

A medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que no era el único que miraba el reloj y los murmullos empezaron a apoderarse de la iglesia, lo que indicaba que todos estaban impacientes.

Al darse cuenta de que la situación ya se había vuelto insostenible, Adrián sacó el móvil del bolsillo y hizo una llamada. Pensé que estaba intentando hablar con su hermana y me imaginé que eso resolvería su problema, pero su expresión no me animó.

—¿Dónde está? —Con los dientes apretados, exigí una respuesta.

—Estoy intentando hablar con mis hombres.

—¡¿Intentando?!

—Ninguno de ellos contesta.

—¿Cómo es eso? —Apreté aún más los dientes y empecé a resoplar—. ¿No deberían estar cuidando de ella?

—Deberían… Están…

—¡Adrián! —Lo agarré por el cuello de la camisa y lo levanté en el aire.

Sus hombres se movieron para defenderlo y los míos desenfundaron sus armas. Si quería evitar que terminara el trabajo de matarlo, lo estaba haciendo muy mal.

Él me gruñó mientras seguía con el móvil pegado a la oreja y pude oír al otro lado cómo la llamada se desviaba al buzón de voz.

—¡Tranquilos! —Su madre se acercó a nosotros—. Debe de haber alguna explicación para que Mirelle aún no haya llegado.

—Más vale que la tengáis.

—Suelta a mi hijo, por favor.

—¡Mamá! —La miró con rabia, no quería que la mujer se entrometiera.

—Será mejor que recobremos la calma y resolvamos esto de otra manera. —Hizo un gesto esperando que los hombres bajasen las armas.

Reconozco que me pareció muy valiente por arriesgarse así delante de tantos hombres armados.

Solté a su hijo, que cayó como un saco de patatas sobre la silla de ruedas, y di un paso atrás.

—Solo quiero saber dónde está mi prometida.

—Aparecerá —aseguró la madre.

Ya empezaba a no estar de acuerdo con eso.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 27

—Santiago, creo que es mejor que nos vayamos...

—¿Para que te cases con ese hombre? No lo voy a permitir. —Su tono me provocó un escalofrío profundo que me dejó aún más atónita.

Cuando Santiago dijo que tenía un plan para ayudarme a escapar, no pensé que pudiera ser algo tan descabellado, y mucho menos que implicara el asesinato de uno de los hombres de mi hermano. Le había disparado al otro tipo sin dudarlo ni un instante, como si no sintiera ni una pizca de remordimiento, a pesar de que parecía la actitud más cruel del mundo.

Adrián tenía razón, yo no tenía ni idea de cómo funcionaba ese mundo, ni de hasta qué punto la gente podía ser cruel.

—¡Santiago! —Me incliné hacia delante y le tiré del hombro.

Se volvió hacia mí con un rugido feroz que me lanzó contra el asiento trasero como si me hubieran dado una patada.

—¡Quédate quieta!

—Ma… Pero…

Tragué saliva y me quedé muda, mientras veía cómo la sangre y más sangre brotaban del hombre sin vida en el asiento delantero. Me entró miedo de correr una suerte similar a la suya.

Quizá Santiago no fuera el chico tan majo que me había imaginado y yo acabara pagando un precio muy alto por haber pensado en pedirle ayuda para escapar de mi boda.

Estaba tan asustada que perdí la noción del tiempo; no tengo ni idea de cuántos minutos, o horas, condujo hasta que detuvo el coche en lo que me pareció un enorme aparcamiento. Podríamos estar en el aeropuerto o incluso en un centro comercial; era difícil estar segura, con la vista tan nublada por lo mucho que había llorado. Veía manchas negras en mi campo de visión, probablemente por el maquillaje que se me había corrido con las lágrimas.

Santiago salió del coche, dio la vuelta y abrió la puerta por donde yo estaba, sacándome del vehículo tirándome del brazo con un agarre que llegó a hacerme daño.

—¡Ay! ¡Suéltame!

—¡Quédate quieta!

—Me estás haciendo daño. —Intentaba liberar mi brazo, pero él era mucho más fuerte que yo.

—Te estoy haciendo un favor.

—¿Por favor? ¡Ya basta! Eso ha sido un error.

—¡Cállate! —me gritó, sacudiéndome de tal manera que pensé que me haría mil pedazos, como si fuera una muñeca de cristal.

Santiago me arrastró hasta otro coche, aparcado al otro lado de la calle. No sabía si ya lo había planeado, porque tenía la llave del vehículo y lo abrió con facilidad, sin necesidad de forzar la cerradura.

Me tiró al asiento del copiloto y dio un portazo, casi dejando parte de aquella voluminosa falda de novia fuera del coche. Fue entonces cuando me di cuenta de que el dobladillo estaba todo manchado de rojo.

Sangre...

El pánico volvió a invadirme y me di cuenta de que estaba temblando.

Pensaba que nada peor me podía pasar que casarme con Miguel Velásquez, pero quizá acabara descubriendo que estaba equivocada.



Capítulo 28

Para entonces, la iglesia ya se había convertido en un auténtico caos. Los invitados estaban de pie e inquietos, discutiendo entre ellos y barajando hipótesis sobre dónde estaba mi novia y por qué me había abandonado.

Mi vergüenza por la humillación pública solo era superada por la furia creciente que se retorcía en lo más profundo de mi ser y me hacía resoplar. Si fuera un dragón, estaría escupiendo fuego a todos en ese momento.

Estaba a punto de abalanzarme de nuevo sobre Adrián cuando uno de sus hombres se acercó a él y se inclinó para hablarle al oído a su jefe. La expresión que se apoderó de mi futuro cuñado no me gustó nada y tuve la certeza de que tendría aún más motivos para enfurecerme.

—¡¿Dónde está?! —Me abalancé de nuevo hacia él.

Tanto mis hombres como los suyos se pusieron en movimiento, preparándose por si estallara una guerra allí mismo.

—Se ha desviado un poco.

—¡¿Qué coño de desvío?! —Ladré como un perro rabioso.

—Todavía estoy intentando entenderlo.

—Pues más te vale que lo entiendas ya.

Sandro fue el primero en levantarse del banco donde estaba mi familia y acercarse a mí.

—¿Se ha escapado la novia? —dijo en tono burlón, pero enseguida se daría cuenta de que aquel era el peor momento para provocarme.

—Espero que no sea eso —volví a mirar a Adrián con voz cargada de amenaza.

Si lo sabía o estaba detrás de todo aquello, me aseguraría de que se arrepintiera de haber planeado humillarme. Me lanzaría contra ese desgraciado con todas mis fuerzas y, cuando acabara, no quedarían ni siquiera sus huesos.

—Mi hermana no se habría escapado —dijo Adrián, pero era evidente que no tenía ningún derecho a afirmar eso.

—Más le vale que no. —Sandro soltó una risita que no hizo más que agravar aún más el ambiente a nuestro alrededor.

No tardaría mucho en perder por completo la paciencia y empezar a tomar medidas más severas.

Si Mirelle creía que podía tomarme el pelo, alguien pagaría muy caro su chiste de mal gusto.

De una cosa estaba seguro: no me iría de Medellín humillado. Haría que ella y su hermano pagaran un alto precio por desafiarme.

Adrián se arrepentiría eternamente de no ser un buen cuñado y de no estar a la altura de mi propuesta de alianza.

Al poco rato, el resto de mi familia se había reunido a mi alrededor, incluido mi cuñado Ramón Hernández. Como condición para que aceptara su matrimonio con mi hermana, me habían prohibido poner un pie en México, pero estábamos en Colombia.

—¿Qué le ha pasado a la novia? —preguntó mi madre.

—Llega muy tarde —comentó Alma.

Agarré a Sandro por el brazo y lo acerqué a mí, lanzándole una mirada autoritaria.

—Encuéntrala.

Sabiendo que no había otra opción, mi hermano se limitó a asentir con la cabeza.

—Deja que yo me ocupe de mi hermana —se entrometió Adrián.

—Si te preocuparas lo suficiente por ella, estaría aquí.

—Ya me estoy ocupando de ello.

—Pues resuélvelo rápido —volví a rugir.

—Tranquilicémonos, por favor —suplicó su madre de nuevo.

—Más le vale que su hija aparezca pronto, señora, o no habrá nadie capaz de soportar mi mal humor —amenacé.

Los Ruiz no querrían descubrir las consecuencias de provocarme. Ya había ordenado matar a Adrián por mucho menos y nada me impediría terminar el trabajo.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 29

—Por favor, Santiago... —sollozaba, cada vez más presa del pánico mientras me sentía en evidente peligro.

No sabía adónde íbamos, solo que él iba a toda velocidad, tan rápido como permitía la carretera, zigzagueando entre otros coches y tocando el claxon para que le dejaran paso.

—Así vamos a acabar chocando.

—¿Crees que no sé conducir? —Se volvió hacia mí con una mirada tan dura que me provocó otro escalofrío.

—Sí... Sí, sabes. Pero...

—Pues cállate —me interrumpió con otro grito.

¡Socorro! —supliqué en silencio.

Si hubiera sabido que Santiago iba a reaccionar así, nunca habría pensado en pedirle ayuda para huir.

—Tu hermano es un débil. —Me sorprendió que empezara a hablar de Adrián—. Ya no era un ejemplo a seguir y, en esa silla de ruedas, ya no vale para nada. Y encima, decidió doblegarse ante Miguel Velásquez. El Cártel de Medellín necesita un líder mejor.

—¿De qué estás hablando?

—De que vas a ayudarme a arrebatarle el poder a tu hermano.

—¿Qué… qué?

—Me lo debes.

—No te debo nada.

—Ah, sí que me lo debes y me lo vas a pagar.

¡Ay, Virgen de Guadalupe! ¿En qué lío me he metido?

No tenía ni la más remota idea de que Santiago tenía planes para derrocar a mi hermano. En mi intento por escapar de un matrimonio que no quería, acabé cayendo en una trampa aún peor.

Si antes iba a ser la esposa de un asesino, ahora ya no sabía qué iba a pasar conmigo. No parecía que fuera a ser nada mejor.

—¡Santiago, para el coche! —grité desesperada.

—Cierra la puta boca. —Sacó la pistola y me apuntó a la cabeza, lo que me hizo encogerme.

Crucé los brazos delante del cuerpo, mientras intentaba dejar de temblar, pero parecía imposible. Estaba muy asustada y ese pánico no hacía más que crecer.

Socorro...



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 30

Trabajando con los hombres de Adrián, Sandro consiguió localizar fácilmente el coche en el que Mirelle había salido de casa. Teníamos la dirección de un aparcamiento muy concurrido al este de la ciudad y me dirigí hacia allí.

Ya no podía soportar más estar en la iglesia esperando, con todo el mundo mirándome y juzgándome por el hecho de que mi prometida no estuviera allí.

Sentía una furia difícil de controlar y estaba más indignado que nunca. Admito que no había contemplado la posibilidad de que algo así ocurriera y no haber calculado todas las variables me enfurecía aún más, porque, en la posición que ocupaba, tenía que estar preparado para todo y tener siempre un plan de contingencia.

Los neumáticos del coche chirriaron al frenar en seco, reduciendo drásticamente la velocidad al entrar en el aparcamiento.

Fui el primero en bajar del vehículo. La furia me estaba sacando de quicio y haciendo que la sangre me hirviera en las venas.

Apreté los puños mientras caminaba a zancadas hacia el coche blanco de alquiler que debería haber llevado a mi futura esposa a la iglesia, pero que solo sirvió para que ella huyera de mí.

—¡Jefe! —Javier se interpuso delante de mí y me agarró del brazo antes de que tocara el coche.

—¿Qué pasa? —rugí.

—¡Cuidado!

—¿Qué crees que puede haber ahí dentro?

—Una bomba.

Me vi obligado a asentir. Podría tener razón y no quería correr el riesgo de acabar muerto sin antes vengarme.

Otro de mis hombres se acercó con cuidado al vehículo mientras Sandro y Adrián se colocaban a mi lado para observar. Sin embargo, en lugar de una bomba, en cuanto se abrió la puerta del copiloto, un cuerpo cayó al suelo. Ni siquiera tuvimos que molestarnos en comprobar el pulso; el disparo entre los ojos me indicaba que había muerto antes de caer hacia atrás. Había sido un disparo certero y a quemarropa contra el que el tipo no habría tenido ninguna oportunidad.

—Alguien se ha llevado a mi hermana —dijo Adrián, como si fuera una excusa por la ausencia de mi prometida en la iglesia.

—¿La enviaste a la iglesia con un solo hombre? —Me giré sobre mis talones para mirarlo con incredulidad.

—Dos.

—Entonces, ¿dónde está el otro?

—Solo hay un cadáver aquí, jefe —dijo mi soldado al abrir el maletero para asegurarse.

Seguí mirando fijamente a Adrián hasta que me respondiera.

—No lo sé.

—Pues más vale que lo averigües rápido.

—Quiero que mi hermana esté aquí tanto como tú.

—Eso es lo que espero —irritado, crucé los brazos mientras seguía mirando el cuerpo tendido en el suelo y pensaba en lo que realmente podría haber pasado.

Quizá me equivocara, pero no me parecía que Mirelle hubiera recibido entrenamiento para disparar; al igual que Alma, no tendría la destreza necesaria para acertar un tiro tan certero como aquel. Pero si ella no había matado al soldado, ¿quién lo había hecho?

¿Tendría razón Adrián al pensar que se habían llevado a su hermana o simplemente estaba recibiendo ayuda?

No encontrar una respuesta de inmediato no hizo más que irritarme aún más.

Fuera cual fuera la respuesta correcta, lo mejor para Adrián era que su hermana apareciera pronto y se celebrara la boda.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 31

Me ardían mucho los ojos; había llorado tanto que el maquillaje corrido me había entrado en las córneas y me las había irritado mucho. El impulso de frotármelos con el dorso de las manos solo empeoraba las cosas.

Pero, ¿cómo dejar de llorar si estaba tan desesperada?

Sabía que los hombres que trabajaban para mi hermano eran capaces de matar y morir, pero no fue hasta aquel día cuando Santiago me demostró hasta qué punto podían ser crueles.

—Yo… yo… yo creía que era mi amigo —sollocé, aún temblando.

—Eres demasiado ingenua al pensar que en el mundo en el que vivimos existen los amigos. Solo me humillé ante tu hermano

durante años porque sabía que mi momento llegaría.

—¿Esperabas traicionarlo? —Me quedé boquiabierta.

—Todos tenemos objetivos.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Solo soy una chica.

—Eres una Ruiz y, contigo a mi lado, los hombres me seguirán cuando tu hermano muera.

—¡No voy a quedarme a tu lado!

—Sí que lo harás. Porque te estoy salvando de Miguel Velásquez y me aseguraré de que estés a salvo de él.

—Menudo protector eres —dije con sarcasmo.

—Ya me lo agradecerás.

No estaba tan segura de eso.

Asomé la cabeza por la ventanilla y observé cómo la carretera se volvía cada vez más accidentada a medida que avanzábamos. Los árboles altos se recortaban contra el horizonte, con copas cada vez más frondosas. Presentí que Santiago se dirigía a medio de la nada y cada vez estaba más segura de que sería imposible que me rescataran.

Tenía mucho miedo, seguía llorando, aunque mis lágrimas empezaban a secarse cuando sentí sed. No tardaría mucho en que el hambre empezara a molestarme, pero ya no confiaba en Santiago para pedirle comida.

¡Menuda forma de escapar, Mirelle, enhorabuena!

Habría sido cómico si no fuera tan trágico. Quería huir de casarme con un asesino, pero acabé cayendo en brazos de otro.

Santiago se adentró en un camino de tierra aún más sinuoso, lleno de baches y desniveles que hacían que el coche diera botes. Ya había anochecido y era difícil ver a mi alrededor; lo único que lograba distinguir con dificultad eran los troncos y las ramas de algunos árboles. El paisaje parecía tan denso que estaba segura de que nos habíamos adentrado en el bosque.

Empecé a ver la luna cuando nos acercamos a un claro con casas de madera. Podría ser un pueblecito, pero el escalofrío que me asustó me hizo pensar que se trataba más bien de un escondite.

Santiago detuvo el coche en el centro, junto a dos jeeps, y unos focos se dirigieron hacia nosotros, con una luz tan intensa que me hizo cerrar los ojos. Tuve que parpadear varias veces y concentrarme para ver unas siluetas que caminaban hacia nosotros. Eran hombres altos, vestidos con esa ropa de camuflaje y con armas que parecían más grandes que ellos mismos, lo que me hizo tragar saliva.

—¡Jefe! —Uno de los tipos golpeó la ventanilla antes de apartarse cuando Santiago abrió la puerta.

Por lo que parecía, seguían al hombre en el que, erróneamente, había decidido confiar.

—He traído a la princesa —Santiago esbozó una amplia sonrisa, como si estuviera celebrando algo—. Ella es nuestro billete dorado para hacernos con el control del Cártel de Medellín.

En ese momento me di cuenta de que tenía un plan y caí en la trampa como un pato. Escapar de la boda no significaba mi libertad, sino un destino mucho peor.

—¿No crees que los Velásquez serán un problema? —preguntó alguien, y Adrián se rió.

—Si tenemos suerte, Miguel y Adrián se matarán entre sí y podremos resurgir de sus cenizas. Sería estupendo expandir nuestros negocios por México y hacernos con las rutas de distribución hacia Estados Unidos y Europa.

Se reían como quien acaba de recibir un regalo de Navidad, mientras yo seguía en el coche, encogida y presa del pánico. El miedo era tan grande que ni siquiera podía moverme. Adrián no paraba de decir que nuestra familia tenía muchos enemigos, pero nunca se me había ocurrido que pudieran estar tan cerca.

—¡Vamos! —Santiago abrió la puerta del coche y me sacó a rastras, apretándome el brazo con fuerza hasta hacerme daño.

—¡Suéltame! —Me resistí, intentando liberarme.

—No te resistas.

—¡Me estás haciendo daño!

—Deja de quejarte.

—Quiero volver a casa.

Santiago me hizo girarme hacia él, sujetándome por ambos brazos, y me miró con una expresión tan severa que volví a sentir un escalofrío.

—¿No te has dado cuenta de que no vas a volver a casa?

—¡Pero es que quiero!

—¿No querías huir de la boda?

—Sí, pero... —No me dejó continuar.

—Lo has conseguido.

—No era así como me lo imaginaba.

—Pues bien, princesa. Ya es hora de que aceptes que las cosas no salen como tú quieres. Eres una mujer, ya deberías haber aprendido a obedecer.

Tragué saliva y no dije nada más.

Santiago siguió arrastrándome hasta llevarme a una de esas viejas casas de madera con el suelo crujiente y un fuerte olor a moho. Probablemente la construcción no fuera la más adecuada para la humedad del bosque, pero dudaba que eso les preocupara en ese momento.

Abrió la puerta del dormitorio y me soltó dentro; por suerte, el volumen de la falda de mi vestido de novia amortiguó mi caída cuando me estrellé contra el suelo. Había una pequeña lámpara de aceite al fondo de la habitación que era la única fuente de iluminación. Allí, en medio de la nada, no me sorprendía la falta de luz eléctrica. Sin embargo, dudaba de que estuvieran dispuestos a mejorar las condiciones o a satisfacer cualquiera de mis caprichos.

Santiago no era mi amigo, no estaba a mi lado, actuaba igual que los demás hombres que me rodeaban, utilizándome como un instrumento para su propio beneficio. Pensar en ello me hizo volver a

llorar y me llevó a preguntarme si aquello no era peor que mi matrimonio con Miguel.



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 32

Todavía me preguntaba si Adrián no sería el responsable de todo aquello. La humillación parecía formar parte de su plan para vengarse de mí; sin embargo, cuando encontramos el coche con su hombre muerto en su interior, el jefe del Cártel de Medellín mostró una preocupación sincera.

O bien no sabía dónde estaba su hermana, o bien era un excelente actor. Por su bien, la primera opción parecía la mejor.

No permitió que se cancelara la boda, solo la consideró suspendida y envió a los invitados a hoteles, donde se les alojaría hasta la nueva fecha de la ceremonia.

Estaba tan furioso que ya no sabía si quería que la boda se celebrara, pero estaba ansioso por encontrar a Mirelle y descubrir la verdad sobre su desaparición. Dejarme plantado en el altar era una

decisión terrible, y haría que se arrepintiera de ella, aunque para ello tuviera que hacer que la sangre corriera por toda Colombia.

Quizá intentar apaciguar una posible guerra había sido un error por mi parte y la mejor alternativa habría sido ir a por ellos con todo; sin embargo, aún había tiempo de enmendar mi error y acabar con Adrián y su familia.

—¡Virgen santa! ¿Dónde está mi hija? —Carmen se paseaba de un lado a otro por el salón de la mansión, echándose el pelo hacia atrás, y lo único que me apetecía era pegarle un tiro en la cabeza para que se callara.

El inquietante sonido de sus pasos no ayudaba en absoluto y solo hacía que me doliera aún más la cabeza.

Para ser sincero, quedarme allí parado en aquella extraña reunión no me tranquilizaba en absoluto.

Quería ir a buscar a Mirelle, pero para eso necesitaba saber adónde ir.

Impaciente, resoplé al levantarme del sofá y acercarme a uno de los técnicos de Adrián, que estaba revisando las cámaras en busca de la matrícula del coche con el que Mirelle y el otro soldado de su hermano habían huido.

—¿Dónde está? —rugí mientras levantaba al hombre delgado y enclenque, con los ojos ocultos tras unas gafas redondas.

—Yo… estoy buscándola.

—¡Busca mejor! —Lo solté al suelo con aún más furia.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

—A ver si son amantes y se han fugado juntos —hipotetizó Sandro, empeorando aún más las cosas.

Apreté los puños y los dientes cuando la imagen de otro hombre tocándola invadió mi mente.

—¡Encuéntrala! —grité con aún más furia y tuve la sensación de que la habitación temblaba.

—Más rápido, Guillermo —exigió Adrián.

—El programa necesita un poco de tiempo, señor.

—No querrás que encontremos a mi hermana muerta.

—Claro que no, jefe.

—¡Pues encuéntrala ya!

Con una furia tan grande que me impedía respirar, me alejé de ellos, salí de la sala y me detuve frente a la piscina, contemplando mi reflejo, que se mezclaba con el de la luna sobre la superficie del agua.

Desde luego, no tenía intención de acabar así. Esa falta de control no me sentaba bien y no hacía más que avivar mi furia.

Oí el ruido de las ruedas de la silla de Adrián y me giré para fijarme en él antes de que el colombiano se detuviera a mi lado.

—Puede que no te lo creas, pero hay una buena explicación para lo que está pasando —dijo al enfrentarse a mi expresión poco amistosa.

—Espero que tengas razón —resoplé.

—No hay nadie que quiera encontrar a mi hermana más que yo.

—Ni siquiera deberías haberla dejado escapar.

—Santiago era un hombre en quien confiaba plenamente y quiero ser el primero en torturarlo para saber qué ha pasado.

—Deberías elegir mejor a tus hombres —refunfuñé, cruzándome de brazos.

—Sí, quizá tengas razón...

—Si tu hermana se ha fugado con él —comencé.

—¡No se ha fugado!

—Más vale que estés diciendo la verdad. Me prometiste una buena esposa, pero lo único que veo es una rebelde que se ha fugado con un soldado. Apuesto a que no es virgen ni por asomo.

—¡No ofendas la honra de mi hermana! —gritó él a su vez, furioso.

—Deberías haberte asegurado de que ella no ofendiera la mía.

—Vamos a tener una buena explicación de lo que ha pasado y la boda se celebrará.

—Ya estás poniendo a prueba mi paciencia, más vale que te dure hasta entonces —amenacé.

—No olvides que estás en mi territorio, Miguel. Te estoy recibiendo amistosamente en mi casa, pero no eres el único que cuenta con hombres y recursos —replicó con el mismo tono, dejando claro que también conocía las reglas de ese juego.

—Encontrar a tu hermana cuanto antes es la prioridad.

—Sí.

Estaba tan enfadado que me costaba pensar con claridad. Aunque Adrián tenía razón en que mi desventaja al estar en Colombia era evidente, más le valía no poner a prueba la magnitud de mi ira por haber sido abandonado en el altar.

Si Mirelle no regresaba, sería imposible eludir las consecuencias.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 33

Tenía hambre, sed, frío y miedo...

Mucho miedo…

Solo recordaba haber estado tan aterrorizada cuando mi hermano pasó varios días en el hospital, recuperándose de los disparos que había recibido.

Me sentía tan estúpida por haber creído a Santiago. Ni por un instante se me pasó por la cabeza que estuviera en contra de mi hermano, en contra de mí. Aunque quizá me mereciera lo que me estaba pasando, deseaba con todas mis fuerzas poder escapar de allí.

Con suerte, Adrián y Miguel se matarán entre ellos...

Recordé lo que Santiago les había dicho a sus hombres y volví a llorar.

¡Ay, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Mi prometido podría intentar matar a mi hermano otra vez y la culpa era mía. Aunque estaba furiosa por las decisiones que Adrián había tomado sobre mí, no quería que mi hermano muriera, ni que mi madre resultara herida.

De repente, me di cuenta de que plantearme una huida había sido la peor idea que se me había ocurrido jamás y que las consecuencias podrían ser terribles.

¿Y si nadie de mi familia sobreviviera?

Parecía ser exactamente lo que Santiago deseaba y eso me dejó aún más en estado de shock.

Oí el crujido de la puerta y volví en mí, de vuelta a la precaria habitación en la que me encontraba. Escuché los pasos de alguien que se acercaba y levanté la cabeza, viendo cómo se perfilaba una silueta masculina a la luz que entraba desde fuera.

No sabía si estaba amaneciendo o si se debía a la intensa luz de las linternas que usaban. Fuera lo que fuera, no me tranquilizó en absoluto y no me ayudó a ver al tipo con detalle; sin embargo, los pocos rasgos visibles indicaban que no era Santiago.

—¿Tienes hambre? —La voz grave resonó en la habitación.

—Sí —susurré.

Un plato metálico golpeó el suelo junto con una taza de agua. Me rugía tanto el estómago que me apresuré a cogerlo sin pensarlo

dos veces.

El pan duro y el líquido con sabor a barro parecían un auténtico manjar de los dioses para alguien que llevaba mucho tiempo sin comer nada.

—Eres tan guapa…

Me sobresalté y retrocedí al darme cuenta de que aquel tipo me había tocado la cara. Sus manos parecían sucias, con las uñas llenas de tierra. Si hubiera tenido el estómago lleno, habría vomitado.

—¡No me toques! —Intenté retroceder, pero el volumen del vestido me lo impedía.

—¿Crees que tienes elección? —Se rió—. El jefe no tiene por qué ser el único que te utilice.

¿Usarme?

—¡No te acerques a mí! —volví a gritar, pero recibí una bofetada en la cara que me mareó durante unos instantes.

Mientras me recuperaba del golpe, me agarró por los tobillos y tiró de mí hacia delante, haciéndome perder el equilibrio, cayendo hacia atrás y golpeándome la cabeza contra una de las tablas de madera del suelo. El dolor se extendió por mi cráneo mientras el hombre intentaba levantar las capas de la falda de mi vestido.

—Socorro… —intenté gritar pidiendo ayuda, pero él me tapó la boca con su enorme y sucia mano.

El pánico creció de forma incontrolable mientras me debatía. A pesar de que él era mucho más fuerte que yo, no quería rendirme.

Tener a un desconocido encima de mí, intentando bajarme las medias y las bragas, me provocaba una mezcla de asco y pavor tan intensa que me llenaba de rabia.

Le arañaba el brazo, haciendo todo lo posible por apartarle la mano y poder gritar, mientras pataleaba, intentando darle patadas. Por suerte, él necesitaba más de dos manos para sujetarme por completo. No iba a dejar que me hiciera nada sin luchar.

Oí unos estallidos que parecían cohetes, pero no lo eran. Quizá fueran fruto de mi imaginación, porque el tipo que estaba encima de mí ignoró por completo el ruido, a pesar de que parecía cada vez más cercano.

Cuando por fin se movió para fijarse en lo que pudiera ser, le mordí la mano, lo que le hizo apartarla de mi boca, y grité.

—¡Socorro!

—¡Cállate! —rugió en tono amenazante, pero yo lo ignoré.

—¡Que alguien me ayude!

—¡Cállate! —Me tapó la boca de nuevo y sentí su repugnante miembro rozándome.

Se me revolvió el estómago de nuevo, pero antes de que él hiciera algo que me traumatizara para el resto de mi vida, la puerta se abrió de nuevo y oí otro ruido, tan fuerte que me dejó sorda.

La sangre me salpicó la cara como un chorro, obligándome a cerrar los ojos, y me quedé paralizada mientras aquel hombre caía sobre mí, sin vida.

Quería gritar de pánico, pero era como si él siguiera tapándome la boca, porque no pude.

Me pareció que pasó una eternidad antes de que aquel cuerpo pesado fuera apartado de encima de mí y arrojado a un lado.

—¿Estás bien?

—¿Miguel? —Parpadeé y me froté los ojos, quitándome la sangre que me impedía ver.

Aquel hombre inclinado hacia mí, con la mano extendida para ayudarme a levantarme, brillaba a contraluz como si tuviera unas alas que hicieran honor a su nombre.

Nunca imaginé que me alegraría tanto verlo.

Le cogí la mano y él me atrajo hacia sí, envolviéndome en sus brazos, y mi corazón empezó a calmarse.

—¿Te ha hecho daño?

Solo pude negar con la cabeza.

—Vámonos de aquí.

—Por favor... —sollocé, dejando que Miguel me guiara fuera de aquella cabaña.

Cuando me acomodó en el asiento trasero de una camioneta 4x4, me di cuenta de que los disparos habían cesado.

Me encogí, abrazándome las rodillas y dándome cuenta de que el vestido estaba sucio, lleno de hojas, ramas y manchas marrones y

rojas de sangre. Podía ver las gotas en mis brazos e imaginaba que en mi cara estaría aún peor.

Desde fuera, podía ver a Miguel y a los otros hombres que parecían estar con él. Habían venido a buscarme y lo único que sentía era gratitud.



Capítulo 34

Tras un tiempo que puso a prueba mi paciencia, consiguieron pistas que nos llevaron a la selva amazónica colombiana. Sandro pensaba que podría ser una trampa o una pista falsa para alejarnos lo más posible; sin embargo, era una cuestión de honor enfrentarme a mi prometida fugitiva y descubrir qué había sucedido.

Lo que no esperaba era encontrarla asustada, sucia y a punto de ser violada. Mi rabia creció, pero esta vez ya no iba dirigida hacia ella, sino hacia el responsable de todo aquello.

Sin soltar mi arma, cerré la puerta del coche donde había metido a Mirelle y miré hacia fuera, decidido a disparar a otros.

Sin embargo, los disparos habían cesado y no tardaron en acercarse a mí Sandro y los demás.

—¿Dónde está ese tal Santiago?

Quería arrancarle la cabeza para calmar toda la furia que me había hecho sentir.

—Ha huido.

—¿Cómo se ha escapado?

—Él y algunos de los hombres corrieron hacia el bosque y no pudimos seguirles —respondió mi hermano.

—¿Y no vais a ir tras él?

—No podemos, tío. Conocen ese bosque mejor que nosotros; si no nos matan ellos, lo hará algún animal.

—Vale. —Me vi obligado a dar marcha atrás.

—Cogemos a tu novia y nos largamos de aquí.

Normalmente, Sandro era el impulsivo y sanguinario, pero tenía razón: adentrarnos en plena noche en aquel bosque tan denso sin conocer bien el terreno acabaría matándonos antes de llegar a Santiago.

Dudaba de que la tecnología que nos había llevado hasta allí pudiera garantizar nuestra seguridad en medio del bosque; sin embargo, sabía muy bien lo que costaba dejar vivo a un enemigo. De una cosa estaba seguro: volvería a ver a Santiago.

Me subí a la camioneta y me senté en el asiento trasero junto a Mirelle, que estaba acurrucada en posición fetal y temblando.

—¿Estás bien? —Ante su expresión de asombro, parecía una pregunta estúpida, pero se me escapó antes de que pudiera controlarla.

—Sí... —Su cabeza, moviéndose de un lado a otro, decía lo contrario.

—¿Qué ha pasado? —Exigí una respuesta en tono firme, aunque no era el mejor momento para ello.

Había ido hasta allí para rescatarla, solo para asegurarme.

—Yo... Yo...

Le tendí la mano para coger la suya y la miré a los ojos.

—Tranquila, respira, ahora estás a salvo.

Ella tragó saliva y me dedicó una sonrisa recelosa.

Mirelle necesitó un rato para recuperar el aliento antes de responderme.

—Me subí al coche con Santiago y el otro, pensé que íbamos a la iglesia, pero Santiago le disparó al tipo y me trajo aquí.

Fue un resumen breve, pero me pareció suficiente para convencerme de que Adrián no estaba tramando nada contra mí; al fin y al cabo, no me imaginaba que fuera capaz de dejar a su hermana tan asustada y ponerla en una situación en la que pudieran abusar de ella.

Para todos, era mejor así...

—¿Mi hermano? —Ella giró la cabeza, mirando de un lado a otro al acordarse de él.

—Está en casa.

—¿Y bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Volvemos allí?

—Sí.

—Gracias.

Su vestido estaba hecho un asco, manchado de sangre, restos del bosque y polvo; sin embargo, incluso con el maquillaje corrido, los ojos hinchados y vestida como una novia cadáver, Mirelle seguía pareciendo una mujer muy guapa.

Lo importante era que la había rescatado y que nuestra boda podría seguir según lo previsto.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 35

Ya había amanecido cuando la camioneta en la que viajaba entró en el garaje de la mansión de mi familia. Uno de los hombres de mi hermano me abrió la puerta y me tendió la mano, pero yo la rechacé.

Después de lo de Santiago, me resultaría difícil volver a confiar en cualquiera de ellos.

Bajé tambaleándome del vehículo y me habría caído si Miguel no me hubiera sujetado del brazo. Eso me hizo volver a mirarlo, algo que había evitado hacer durante el camino de vuelta, porque me sentía muy extraña.

—Cuidado —me advirtió.

—Gracias.

—¡Mirelle! —oí que gritaba mi madre al aparecer en mi campo de visión.

—¡Mamá! —Volví a llorar cuando por fin pude correr a sus brazos.

Hundir la cabeza en el pecho de mi madre me proporcionó un consuelo incomparable y, por fin, sentí que todo iría bien, ya que Miguel me había rescatado.

Nunca pensé que le estaría agradecida a mi prometido por algo, pero si podía abrazar a mi madre de nuevo era porque él había ido a buscarme. Independientemente de sus motivos, Miguel me había liberado de la trampa de Santiago para utilizarme contra mi hermano y quitarle sus poderes.

—Ay, mi niña. —Mamá me acarició el pelo revuelto y aplastado.

Había salido de casa como una novia preciosa, pero en ese momento parecía el fantasma de la Navidad pasada, un espectro. Me sentía sucia, pegajosa, y solo con recordar a ese tipo encima de mí, la sensación empeoraba. Necesitaba desesperadamente un baño para poder frotarme hasta el alma.

—Llévame a mi habitación —le supliqué—. Necesito un baño.

—Sí, cariño. —Me rodeó los hombros y me guió al interior de la casa, y dejé atrás a Miguel y a los demás, segura de que no sería la última vez que vería al hombre del que había huido.

Mi definición de «monstruo» había cambiado tras aquella noche infernal y todavía estaba intentando asimilarlo todo.

—¿Estás herida? —El pánico se apoderó del rostro de mi madre cuando vio toda esa sangre que me cubría.

Negué con la cabeza.

—Esa sangre no es mía.

—¡Ah, gracias a la Virgen! He rezado tanto para que volvieras ilesa.

Puede que no estuviera herida, pero eso no significaba que no me hubiera hecho daño; sin embargo, me pareció mejor no hablar de ello. En cierto modo, la culpa era mía por haber pensado en escapar de aquella boda sin pensar en las consecuencias a las que mi familia tendría que enfrentarse.

Entramos en mi habitación y mi madre me ayudó a quitarme aquel voluminoso vestido. Sentí algunos dolores y me di cuenta de que tenía moratones, sobre todo en los brazos, donde Santiago me había apretado.

Tras asegurarse de que estábamos solas, mi madre me miró con expresión seria y temí lo que fuera a decir a continuación.

—Mirelle, dime que tú no tienes nada que ver con lo que ha pasado.

—Mamá...

—Sé que no querías esta boda, pero huir es una locura y últimamente te habías acercado mucho a Santiago.

Mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas y ella me atrajo hacia sí, acariciándome el pelo revuelto.

—Shi, ya está todo bien —me susurró, como solía hacer cuando yo era muy pequeña y me asustaba.

—No me lo imaginaba...

—¿No te imaginabas qué? —insistió para que se lo contara.

—Que Santiago quería hacer daño a mi hermano para ocupar su lugar.

—¿Hacerle daño?

—Quiere hacerse con el control del cártel.

—Ay, qué inocente. ¿Y te fuiste con ese hombre?

—Quería escapar, pero cuando se subió al coche y mató al otro, tuve claro que ya no era una buena idea.

—Ay, hija...

—Mamá... —Volví a abrazarla y a llorar.

—El matrimonio es lo mejor para nosotras. Nuestra familia tiene mucho que perder si Miguel Velásquez se pone en nuestra contra.

—Pero él mató a Virginia.

—¿A quién más mataría si tú desaparecieras?

No respondí; en lugar de eso, tragué saliva, pero no hacía falta decir en voz alta algo que las dos ya sabíamos.

—Cometí un error...

—Sí, lo cometiste, pero todo va a salir bien.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Miguel te ha ido a buscar y sigue dispuesto a casarse contigo.

—¿Y Santiago?

—¿No está muerto? —Mi madre pareció sorprendida.

Negué con la cabeza. Aunque no había preguntado nada, había oído a los hombres hablar de vuelta sobre el hecho de que Santiago y otros habían huido al bosque.

—Bueno, deja que tu hermano y tu futuro marido se encarguen de él. Tú solo tienes que preocuparte por tu familia y por mantenerte a salvo.

—¿Pero voy a estar a salvo?

—Después de lo de hoy, ¿tú qué crees?

Su pregunta me hizo reflexionar y acabé asintiendo con la cabeza.

Cuando apareció Miguel, sentí que ya nadie podría hacerme daño y esperaba que siempre fuera así.



Capítulo 36

Cuando Mirelle subió con su madre, me dirigí al salón y me encontré a Adrián en la silla de ruedas mirándome con expresión de alivio.

—¿Está bien?

—Se pondrá bien —le aseguré, cruzando los brazos con aire decidido.

—¿Y Santiago?

—Se ha escapado.

—No me puedo creer que tuviera una serpiente a mi lado.

—Como te dije, deberías elegir mejor a tus hombres.

—Lo haré a partir de ahora.

—Estupendo.

Nos miramos fijamente durante unos largos instantes, hasta que él apartó la mirada y cambió de tema.

—Tienes razón, Miguel. Somos mejores como aliados que como enemigos.

Ahora lo reconoces, pensé para mis adentros.

—Mi hermana se merece tenerte como marido y la boda se celebrará.

—Si no vuelve a desaparecer.

—Nos aseguraremos de que no lo haga.

—Deberías haberlo hecho desde el principio.

—Creo que es mejor que todos dejemos el pasado donde está.

Pensé que quizá se refería a mi intento de matarlo, pero preferí no insistir en el tema y me quedé en silencio.

En mis venas aún corría la adrenalina del rescate de Mirelle, pero me sentía aliviado al saber que ella no me había abandonado en el altar. Aunque no se lo admitiría a nadie, quedarme solo en aquel altar hirió mi ego y me molestó mucho.

A pesar de nuestra enorme diferencia de edad, era un hombre lo suficientemente vanidoso como para considerarme un buen

partido que nadie rechazaría. Sin embargo, tenía que admitir que ya había sembrado tanto terror entre su familia que ella me temía.

El matrimonio parecía una relación muy complicada, incluso cuando comenzaba con juramentos de amor eterno; en nuestras circunstancias era aún peor. Intenté alejar ese compromiso de mis planes todo el tiempo que pude, pero ya no era posible y tendría que afrontar esa realidad.

Primero tengo que casarme con ella...

Esa era una frase que no dejaba de dar vueltas en mi mente.

—La boda será mañana —le anuncié a Adrián, sin importarme la expresión de asombro que se apoderó de su rostro.

—Pero ya has visto en qué estado está su vestido. El diseñador necesita tiempo para hacer uno nuevo.

—Que le den al vestido. Puede casarse en camisón. No me importa —mantuve un tono firme e inflexible.

—Veré qué puedo hacer.

—Sé que puedes asegurarlo. No pongas a prueba mi paciencia, Adrián. —Me di la vuelta de un salto para mirarlo a los ojos y le lancé una mirada amenazante. —Ya hemos tenido un día muy agotador, y más te vale que no me pongas a prueba otra vez.

Tragó saliva, aunque intentó disimularlo con una sonrisa.

—Me voy al hotel a reunirme con mi familia —anuncié—. Nos vemos mañana en la iglesia a la misma hora, y más vale que esta vez todo salga como está previsto.

—Será una boda preciosa.

—Eso esperamos.

Me metí las manos en los bolsillos y seguí por el borde de la piscina, caminando hasta la entrada de la mansión, donde se encontraban Javier y mis otros hombres.

—¿Qué necesita, señor? —preguntó él.

—Nos vamos de aquí por ahora.

Asintió con la cabeza e hizo un gesto para que los demás nos acompañaran hasta el coche.

Los primeros rayos del sol ya asomaban por el horizonte y yo estaba agotado, pero dudaba de que pudiera dormir con todo lo que estaba pasando.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 37

Me di vueltas en la cama de un lado a otro. Cogí una de las almohadas y me la puse sobre la cabeza; después, otra entre las piernas, como si fuera algún tipo de protección.

Al final, nada sirvió de nada.

Me retorcí, me revuelqué, grité.

Estaba cansada y quería dormir, pero mi mente no se apagaba por nada del mundo.

¿Cómo conseguir dormir?

Pensé que Santiago me ayudaría a sentirme segura, que me libraría de ese terrible matrimonio con Miguel Velásquez, pero al final

me traicionó y me dejó aún más desprotegida, hasta el punto de que intentaron abusar de mí.

Mamá no paraba de advertirme sobre la crueldad de los hombres en el mundo en el que había nacido, pero nunca pensé que fuera a ser tanto.

El pánico aún me aceleraba el corazón y me hacía hervir la sangre, lo que me impedía mantener los ojos cerrados.

Cuando oí el sonido de la puerta al abrirse, me senté en la cama por reflejo, casi como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Entonces vi la sombra de la silla de ruedas de mi hermano avanzar sobre el resplandor de la luz exterior que entraba por la ventana y dibujaba los contornos del cristal en el suelo. Saber que era Adrián no me tranquilizó más, ni tampoco oír el sonido de su voz:

—Mirelle, ¿todavía estás despierta?

—¿Cómo crees que podría dormir?

—Siento mucho lo que ha pasado, no esperaba que Santiago me traicionara así. Solía ser un buen soldado.

Mi hermano tampoco se imaginaba que yo quisiera escapar de la boda y que me hubiera confabulado con Santiago, pero ante toda la situación, por mucho que pareciera una cobarde, lo mejor para mí era que él siguiera sin saberlo.

—Él te considera débil —solté—. Quiere hacerse con el control del cártel en tu lugar.

—¿Débil? —resopló mi hermano—. A ver si sigue pensando que soy débil después de que le reviente los sesos —amenazó.

En mi mente surgió una imagen fugaz del hombre encima de mí y del disparo de Miguel que le atravesó la cabeza y hizo que la sangre salpicara en todas direcciones, sobre todo por encima de mí. Recordar aquella terrible situación hizo que empezara a temblar. No deseaba volver a pasar por nada parecido.

Mi hermano acercó la silla de ruedas y se detuvo junto a la cama, tocándome la mano y haciéndome levantar la cabeza para mirarlo en la penumbra. La luz exterior que entraba por la ventana no era suficiente para permitirme distinguir sus rasgos.

—Ya no tienes que preocuparte, yo cuidaré de Santiago.

No sabía si su promesa bastaría para tranquilizarme, pero preferí no decir nada.

—Solo tienes que ser una buena novia mañana.

—¡¿Mañana?! —Grité.

—Sí.

—Pero mi vestido, la decoración...

—Buscaremos otro vestido. Seguro que hay alguno ya listo en alguna tienda que te guste.

—Pero...

—Tenemos un acuerdo con Miguel, hermanita. A partir de hoy, tenemos que cumplirlo más que nunca.

Mi hermano no me había hablado de eso, pero el hecho de que Santiago lo hubiera traicionado lo había alarmado y lo había hecho

dar marcha atrás. Probablemente se estaba preguntando si podía confiar en quienes lo rodeaban.

Para ser sincera, ni siquiera sabía si él podría confiar en mí. Me había confabulado con Santiago para escapar de la boda sin pensar en las consecuencias que sufriría mi hermano.

¿Quién cuidaría de mi madre?

Me sentía la persona más idiota, ingrata e irresponsable del mundo por no haber pensado siquiera en ellos.

Al final, acabé dándome cuenta de que mi hermano tenía razón. Tenía que casarme con Miguel Velásquez o Virginia no sería la última persona de mi familia en morir. Nuestra unión protegería a los míos y era mi responsabilidad garantizarlo.

—Me voy a casar mañana —le dije a mi hermano, quien me dedicó una sonrisa fraternal.



Capítulo 38

—¿Lo conseguiremos esta vez? —Sandro soltó una risita cuando nos detuvimos de nuevo en la puerta de la iglesia.

Le lancé una mirada feroz y mi madre le dio un codazo.

—¡Ay! —refunfuñó.

—No molestes a tu hermano.

Sandro se encogió de hombros.

—*¡Papá!* —Diego extendió sus bracitos para que mi hermano lo cogiera.

—Voy a entrar con Agda y los niños —me avisó, y yo solo asentí con la cabeza.

Mi hermano sujetó a su hijo con un brazo y puso la otra mano en el centro de la espalda de su mujer, guiándola hacia el interior de la iglesia, mientras la niñera, con el otro niño, y mi hermana pequeña les seguían.

Me quedé con mi madre, que se acercó a mí y me acarició el hombro.

—Ahora todo irá bien.

Me limité a asentir con la cabeza mientras metía las manos en los bolsillos de mis pantalones de vestir.

Me había prometido a mí mismo que, si la situación se repetía, no sería tan tolerante. Sin embargo, eso no bastaba para evitar mis palpitaciones y el sudor frío que me mojaba los dedos.

Deseaba que la boda se celebrara lo antes posible para que esas sensaciones tan incómodas desaparecieran.

Estaba deseando salir de Colombia y volver a casa. La seguridad de mi hogar y pisar un terreno que conocía eran lo mejor que se me ocurría. Como si cada minuto que pasara allí me pusiera más en peligro.

Paola pasó junto a mí con su hijo en brazos y siguió con su marido hacia el interior de la iglesia. En ese momento, todos los invitados ya estaban allí, pero seguía faltando la persona más importante: la novia.

Con cada instante que pasaba sin ver a Mirelle, sentía cómo aumentaba mi impaciencia. Quizá no hiciera falta todo esto, pero el día anterior había hecho todo lo posible por ponerme a prueba.

—Vamos a empezar —dijo una de las encargadas de la organización de la ceremonia al acercarse a mí.

Me dirigí a la puerta de la iglesia, del brazo de mi madre, y avancé hacia el altar al son de una música instrumental.

Era inevitable fijarme en los invitados sentados en los bancos de madera decorados con flores blancas y cintas de raso. Por sus expresiones podía deducir fácilmente la pregunta que les rondaba por la cabeza y *que* era la misma que yo me hacía: *¿Aparecerá la novia esta vez?*

Las palabras de Adrián no eran garantía suficiente para que pudiera relajarme y disfrutar del momento.

Las burlas de mi hermano pequeño tampoco contribuían a mi tranquilidad. Si por él fuera, habría hecho estallar aquella iglesia.

Respiré hondo al poner los dos pies en el altar y al soltar mi madre mi brazo para que la condujeran a un hueco en el banco de delante.

Intercambié miradas con el cura, pero ninguno de los dos dijo ni una sola palabra.

Todavía estaba de espaldas a la entrada de la iglesia cuando oí el sonido de la marcha nupcial. Me giré rápidamente, justo a tiempo para ver cómo los invitados se levantaban y cómo se abrían de nuevo las puertas dobles de madera para la entrada de la novia.

Una niña iba lanzando pétalos de rosas rojas que cubrían el suelo para el paso de Mirelle, pero fue mi futura esposa quien me llamó la atención. Estaba sola, sosteniendo un pequeño ramo de rosas y delicadas flores del campo. No llevaba puesto aquel majestuoso vestido que había quedado destrozado, pero me

imaginaba que estaría guapa de cualquier manera. Llevaba un vestido sencillo, con mangas de encaje y una falda corta hasta la rodilla que parecía comprado en cualquier gran almacén, pero que le quedaba perfecto.

Me quedé quieto, viéndola acercarse, y con cada paso que Mirelle daba hacia mí era como si los nudos de mi tensión se fueran disolviendo y me dejaran más aliviado.

—Hola... —murmuró al detenerse frente a mí.

—Hola. —Esbocé una leve sonrisa mientras le tendía la mano.

Mirelle miró mi palma durante unos instantes, antes de entregar el ramo a la organizadora y posar sus dedos sobre los míos, permitiéndome guiarla por los dos escalones que nos situaban frente al sacerdote.

Su mano estaba fría, o quizá fuera la mía, pero en ese momento no importaba, porque ella estaba allí.

Yo seguía mirándola cuando el sacerdote comenzó a hablar, recordándome que estábamos en la iglesia y que había muchos invitados observándonos.

—¡Bienvenidos! Tras tantos preparativos y contratiempos, por fin estamos aquí para celebrar uno de los sacramentos más importantes: el matrimonio. La unión de un hombre y una mujer ante Dios para formar una familia. Miguel y Mirelle se presentan ante la Santísima Trinidad y ante sus amigos y familiares para recibir la bendición más importante... —siguió hablando mientras yo miraba fijamente a Mirelle y sus ojos se clavaban en los míos.

Había un cierto aire de curiosidad, diferente del miedo que había visto en tantos otros momentos.

—Con tu mujer, los dos seréis una sola carne. De modo que ya no sois dos, sino una sola carne… —seguía oyendo al sacerdote de fondo mientras citaba un versículo de la Biblia.

Nunca he sido un hombre muy religioso, a pesar de que mi madre era muy devota de la iglesia y nos lo había enseñado, pero el matrimonio siempre ha sido un rito muy importante. El sacramento que debíamos respetar hasta el final de nuestras vidas. Por eso, la decisión de dar ese paso acababa siendo tan difícil.

El sacerdote concluyó su discurso, basado en versículos de la Biblia, antes de volverse hacia nosotros de nuevo. Alternaba la mirada entre Mirelle y yo, lo que hizo que volviera a ponerme nervioso.

—Miguel, ¿aceptas a Mirelle como tu legítima esposa por voluntad libre y espontánea?

La miré fijamente a sus ojos castaños antes de responder.

—Sí —dije en voz baja, pero fue como si mi voz resonara por toda la iglesia.

El cura me sonrió antes de volverse hacia mi esposa.

—Mirelle, ¿aceptas por tu propia y libre voluntad a Miguel como tu legítimo esposo?

Ella me devolvió la mirada y contuve la respiración mientras tardaba en responder. Creo que, en el fondo, tanto yo como los invitados, que esperaban tensos, esperábamos que dijera que no.

—Sí... —reflexionó unos instantes, lo que aumentó la tensión. —Sí.

—¿Estás segura? —preguntó el cura al percibir su vacilación.

—Lo estoy. —Esbozó una sonrisa forzada.

Oí un suspiro de alivio resonar por la iglesia, pero no era el mío.

¿Qué estaba esperando, al fin y al cabo?

No éramos amantes apasionados, solo dos personas obligadas a convivir por el bien de nuestras familias.

—Siendo así —prosiguió el cura—, ¿hay algún...

Le lancé una mirada tan feroz que resultó más persuasiva que una amenaza verbal. Si hacía esa pregunta, lo mataría.

Se aclaró la garganta y sonrió.

—Vamos a saltarnos esta parte y pasar a los votos. —Me hizo un gesto con la cabeza y me hizo coger la mano de Mirelle de nuevo.

Respiré hondo antes de empezar a hablar, convencido de que, si quería que aquel matrimonio funcionara, los votos no podían ser meras palabras vacías y tenía que comprometerme a cumplirlos.

—Yo, Miguel, te acepto a ti, Mirelle, como mi legítima esposa y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Ella también tomó aire antes de repetir.

—Yo, Mirelle, te acepto a ti, Miguel, como mi legítimo esposo, y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Con el rabillo del ojo, vi entrar a otra niña, vestida con un vestido blanco, que llevaba una cesta de paja con un cojín de terciopelo en el que estaban los dos anillos y se los entregó al sacerdote.

—Puesto que contraen matrimonio por voluntad libre y espontánea, que estos anillos sean un recordatorio visible del compromiso que han asumido el uno con el otro. Al mirarlos, recuerden que se han encontrado el uno al otro y que nunca más caminarán solos. —Bendijo los anillos con oraciones y una especie de agua bendita, antes de indicarnos que los intercambiáramos.

—Mirelle, recibe esta alianza como señal de mi amor y mi fidelidad —le dije mientras deslizaba el anillo hasta el final del dedo anular de su mano izquierda.

Aunque no sentía ningún amor por ella, notaba cómo el peso de aquellas palabras recaía sobre mis hombros.

—Miguel, recibe esta alianza como señal de mi amor y mi fidelidad —dijo mientras me colocaba la alianza.

Aunque esas frases eran habituales, repetidas por parejas cristianas de todo el mundo, parecían significar mucho, incluso para aquellos que no eran tan fieles.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 39

Cuando sentí el peso de aquel anillo dorado en mi mano, supe que la boda era real. Estaba comprometida con Miguel Velásquez para el resto de mi vida, ya que el divorcio no parecía una opción.

Ya había pensado en huir y el resultado fue mucho peor de lo que imaginaba, así que lo mejor era quedarme y afrontar ese matrimonio lo mejor posible.

—Ya puedes besar a la novia.

En cuanto oí las palabras del cura, me temblaron las piernas y mi corazón volvió a acelerarse. Miguel se inclinó hacia mí y me rodeó la cintura, atrayéndome hacia él. Fui ingenua al pensar que, con tanta gente mirando, solo me daría un simple besito, pero sus dedos me presionaron la nuca y su lengua se abrió paso entre mis labios, haciendo que mi sangre hirviera.

Tenía muchos motivos para temer a ese hombre, pero no podía negar que sus besos me dejaban la boca seca y la sangre en ebullición. No me vino bien recordar el baile en la playa, porque el calor se intensificó aún más...

Cuando se apartó, yo estaba jadeando y sentí cómo se me sonrojaban las mejillas mientras el resto de la gente aplaudía.

—Lo que Dios ha unido, el hombre no lo separe —dijo el cura, dando por terminada la ceremonia y sellando mi destino.

Miguel entrelazó sus dedos con los míos y me agarró la mano con la suya, más pesada, tirando de mí para sacarme de la iglesia, y salimos bajo una lluvia de pétalos blancos y arroz, que me llenaron el pelo y se pegaron al pequeño velo improvisado.

Cualquier vestido de novia más elaborado habría necesitado arreglos, así que me conformé con uno blanco que encontramos en una tienda de ropa cualquiera. Era demasiado tarde para lamentar que el otro se hubiera estropeado.

En la puerta de la iglesia nos esperaba una limusina y el conductor mantuvo la puerta abierta hasta que Miguel y yo nos sentamos en el asiento trasero. El coche era espacioso, pero aquella vez ni siquiera llevaba una falda enorme que lo estropeara todo.

En cuanto oí el sonido de la puerta al cerrarse y Miguel se volvió hacia mí, me di cuenta de que estábamos solos y me estremecí.

—Por fin —murmuró él en un tono que me provocó aún más pánico.

¿Qué me va a pasar ahora?

Me daba mucho miedo la respuesta a esa pregunta.

—Vamos al aeropuerto —le ordenó al conductor.

—¿Al aeropuerto? —Di un respingo de sorpresa.

—Sí —afirmó Miguel.

—¿Y la fiesta?

—Ya he estado demasiado tiempo en este país. Nos vamos de luna de miel.

¿¡LUNA DE MIEL!

Me quedé paralizada, en una mezcla de conmoción y asombro. Pensaba que tendría más tiempo antes de verme obligada a quedarme a solas con él.

—¿Y tu familia? —Intenté pensar en alguna excusa y no parecer que estaba en pánico, pero probablemente no lo hice muy bien.

—Se van a casa.

—¿Y nosotros no?

—Supongo que les gustó el complejo turístico donde celebramos nuestra fiesta de compromiso. He pensado en volver allí.

—¡Ah! —Abrí la boca, pero lo único que salió de ella fueron unos sonidos inconexos.

Tenía miedo de quedarme a solas con Miguel, miedo sobre todo de no odiarlo como debería. Mientras una parte de mí sabía que acercarme a él haría que esa boda fuera más fácil, otra pensaba que ceder ante él era como traicionar a Virginia.



Capítulo 40

El avión ya nos estaba esperando para despegar cuando llegamos al aeropuerto. A Sandro le correspondía la responsabilidad de cuidar del resto de la familia y garantizar su seguridad, mientras que yo iba a disfrutar de lo mejor de aquella boda concertada: mi esposa.

Mirelle estaba tensa, nerviosa, apartando la mirada constantemente y sin capacidad alguna para ocultar esos sentimientos, pero, dado lo que le había sucedido, era muy comprensible. Creía que se sentiría mejor cuando se diera cuenta de que estaba a salvo. Santiago podría haberse aprovechado de la situación cuando estaban a solas y Adrián le había confiado la vida de su hermana, pero el traidor tendría que ser mucho más astuto o tonto para intentar enfrentarse a mí. A diferencia de Mirelle, yo estaba muy lejos de ser una damisela indefensa. Si se atrevía a acercarse a nosotros de nuevo, lo pagaría con la vida.

—¡No tengo nada! —Me sorprendió la exclamación de Mirelle, que casi saltó de su asiento en el avión tras un largo silencio.

—¿Cómo que no? —Fruncí el ceño al volverme hacia ella.

—No he traído maleta, ni mis cosas, ni mi ropa...

—Tu hermano me las enviará a mi casa.

—Pero ahora no tengo nada para cambiarme.

Una sonrisa pícara se dibujó en mis labios y la hizo encogerse. Fue inevitable imaginarme a Mirelle desnuda y me gustó lo que vi; probablemente sería aún mejor cuando dejara de ser solo mi imaginación y se convirtiera en realidad.

—Miguel... —murmuró mi nombre, temerosa.

—Hay tiendas por allí, querida.

Mi esposa… Disfruté de cómo esas dos palabras salieron de mi boca. Si el matrimonio tenía alguna ventaja, creía que estaba a punto de descubrirla.

—Yo tampoco he traído dinero.

—Tengo mucho y ahora también es tuyo.

Sus mejillas se sonrojaron aún más y Mirelle esbozó una sutil sonrisa, lo que indicaba que quizá se sentía un poco más tranquila con respecto a todo aquello.

—Está bien... —soltó mucho después, casi como un suspiro de alivio.

Mi mujer no dijo nada más, solo se giró hacia la ventanilla para contemplar las nubes mientras sobrevolábamos alguna parte de Centroamérica.

Cogí mi móvil mientras ella estaba distraída y le envié un mensaje a mi hermano para saber cómo estaba el resto de la familia. Por mucho que confiara en él, sobre todo si hubiera que matar a alguien, no podía evitar sentir cierta preocupación por haberlos dejado en otro país.

Miguel:

¿Qué tal va todo por ahí?

Sandro:

Acabamos de salir de una fiesta sin los novios.

Miguel:

No necesitan mi ayuda para comer y beber.

Sandro:

En eso tienes razón, pero aun así es raro. Nuestra madre no paraba de quejarse porque te hubieras ido sin aparecer. «Qué falta de educación con los empleados». Pero sé que lo que querías era pasar ya al postre, jajaja.

Miguel:

Todavía estoy en el avión.

Sandro:

¿Quién necesita una cama?

A Agda le gusta echar un polvo en el asiento.

Miguel:

Voy a empezar con calma.

Sandro:

Pobrecita, se va a hacer ilusiones pensando que eres delicado.

Miguel:

Eres demasiado impulsivo, tanto que dejaste embarazada a una mujer con la que ni siquiera querías comprometerte.

Sandro:

Los accidentes ocurren.

Miguel:

Es mejor cuando se pueden evitar.

Sandro:

Si tú lo dices...

Paola ya se ha ido, ahora mismo debe de estar cogiendo el vuelo a España con *ese chico* y Raúl.

Miguel:

¿Y vosotros?

Sandro:

Nosotros también nos vamos ya. Pensaba que Alma querría quedarse un rato más, quizá charlar con Adrián, pero ha sido la primera en querer irse.

Miguel:

El retraso en la boda ha cansado a todo el mundo.

Sandro:

Sabes que no es eso, hermano.

Alminha no quiere casarse con ese tipo.

Él le dobla la edad, va en silla de ruedas...

¿No podemos cancelarlo?

Miguel:

Sabes que no.

Sandro:

No quiero que ella sufra.

Miguel:

Yo tampoco, pero todos pagamos un precio por esta familia.

Sandro:

Ya es suficiente con que Paola esté lejos de nosotros.

Miguel:

¿Quieres a Ramón bajo nuestro techo?

Sandro:

Mis hijos podrían haber muerto por su culpa, así que claro que no quiero.

Miguel:

Pues nada.

Sandro:

Pero es diferente. Alma no se metió con Adrián, fuiste tú quien la metiste en eso.

Miguel:

Ella va a estar bien.

Sandro:

Espero de verdad que sí, o yo mismo terminaré de matarte.

Miguel:

Yo me encargaré de eso.

Sandro:

Vale.

Miguel:

Mantened a la familia a salvo y avisadme cuando estéis en casa.

Sandro:

No te preocupes.

Que te lo pases bien, jeje

Ni siquiera respondí a la última frase de mi hermano, solo guardé el móvil en el bolsillo con una sonrisa en los labios.

Estaba deseando que llegaran esas vacaciones de luna de miel.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 41

Sentí que el corazón me iba a salir por la boca cuando bajamos de aquel avión y Miguel me tendió la mano. En otro momento quizá no la habría aceptado, pero tenía las piernas temblorosas y miedo de caerme.

Amablemente, me acompañó hasta el asiento trasero de un vehículo grande y espacioso, de carrocería plateada. No soltó mis dedos hasta que me acomodé en el asiento y él se sentó a mi lado.

Sentí otra punzada en el pecho cuando aquella mano pesada se posó sobre mi muslo. Mi vestido, aquella vez, era corto y dejaba al descubierto un buen trozo de pierna. Aunque nadie se fijara, me sentía un poco desconcertada y, al mismo tiempo, experimentaba otras sensaciones que no sabía describir, o no quería, por miedo a enfrentarme a ellas.

La mano de Miguel era pesada y caliente como hierro al rojo vivo; parecía demasiado dominante para un simple roce.

—¿Vamos directamente al hotel, jefe? —preguntó el conductor.

—Sí.

—¿Y mi ropa? —me atreví a preguntar.

—Ahora está todo cerrado.

Tras sus palabras, miré por la ventana y me di cuenta de que el cielo estaba oscuro y de que probablemente estuviéramos en plena madrugada.

—Ah...

—Ahora no vas a necesitar ropa alguna —dijo en un tono tan firme que parecía una conversación seria; quizá lo fuera.

Sentí cómo la vergüenza me quemaba al pensar que el conductor había oído aquello, al mismo tiempo que un latido inusual entre mis muslos me desconcertaba aún más. Aumentó a medida que la mano de Miguel subía lentamente por mi muslo hasta adentrarse bajo la falda de mi vestido.

Por reflejo, puse mi mano sobre la suya, impidiéndole que avanzara aún más.

El interior del vehículo estaba en penumbra, pero pude verlo bien cuando se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa.

Mi corazón volvió a acelerarse porque estaba segura de que no podría escapar de él por mucho más tiempo.

Cuando el coche se detuvo en la entrada del complejo turístico donde me había alojado para la fiesta de compromiso, nadie nos impidió el paso, ni nos detuvo, ni siquiera nos siguió. Miguel sabía exactamente adónde debíamos ir cuando nos condujo hasta el ascensor.

Me sentía a punto de desmayarme, con el corazón tan acelerado que hasta me dolía. Estaba aterrorizada, pero en el fondo había un poco de ansiedad que me hacía palpitar la cabeza. Era una mezcla alucinante de lo correcto y lo incorrecto.

No era la habitación en la que me había alojado, era mucho más grande. Cuando Miguel encendió la luz, vi cómo se mecía la cortina y me di cuenta de que había un balcón con piscina privada. Era un apartamento completo, con salón y comedor incluidos. Sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que solo Miguel y yo estábamos allí dentro.

Mi mirada buscó la suya; a pesar del miedo, era como si me atrajera como un imán, y me enfrenté a esa mirada de depredador a punto de destrozarme con sus dientes. Tragué en seco o en medio del miedo que crecía exponencialmente, paralizándome las piernas.

—Tú… —Intenté recuperar el aliento—. Vas a hacerme daño.

Miguel me dirigió una mirada seria mientras negaba con la cabeza.

—No tengo ninguna intención de hacer eso. —Extendió la mano para tocarme la cara y me acarició el rostro con el pulgar.

—¿Pero me va a doler?

—¿Qué tal si empezamos con algo que no duela?

Ni siquiera esperó a que respondiera antes de rodearme el cuello con sus dedos firmes, atrayéndome hacia él y apoderándose de mis labios con los suyos. Su lengua se introdujo en mi boca con una presión intensa, buscándola y sin dejarme otra alternativa que corresponder al beso que me dominaba por completo.

La forma en que me apretaba era dolorosa y, al mismo tiempo, placentera. Estaba enfadada con aquel hombre por lo que le había hecho a mi hermano y a Virginia; sin embargo, no pude pensar en ello mientras su lengua retorcía la mía dentro de mi boca y me dejaba completamente a su merced. Era como si él estuviera en el desierto y yo fuera su última gota de agua.

Estaba completamente dominada por el beso cuando su mano libre me agarró el muslo de nuevo, esta vez sin ningún tipo de pudor. Nadie nos miraba y, con ese gesto, Miguel me dejó claro que ya no podría escapar de él.

Yo era virgen, ningún hombre me había tocado tan íntimamente, mi hermano se había asegurado de que nadie se acercara a mí, pero dudaba de que mi himen siguiera intacto después de aquella noche. Lo peor de todo era que cada célula de mi cuerpo vibraba con audacia ante la experiencia.

La mano pesada subió, dejando una marca en mi piel hasta llegar al lateral de mis braguitas. Metió los dedos por debajo de la goma y tiró de ellas de un solo tirón, haciendo que se detuvieran a la altura de mis rodillas.

Abrí mucho los ojos y dejé escapar un gritito contra sus labios.

Las sensaciones de pavor y excitación ya bastaban para marearme, y el beso, que me cortaba la respiración, lo empeoraba todo.

Sentí un escalofrío, como una punzada en mi entrepierna que se extendió por todo el cuerpo, haciéndome temblar. Pensé que fuera el contacto de una brisa que entraba por el balcón, pero no estaba segura.

Con las braguitas aún a la altura de las rodillas, Miguel interrumpió el beso para que lo mirara a los ojos mientras me subía la falda del vestido, dejando al descubierto por completo mi intimidad.

Se llevó el dedo índice de la mano libre a la boca y se lo chupó mirándome de una forma que aumentó aún más el latido entre mis muslos.

¿Qué me está haciendo?

No sabía qué responder.

Su mano bajó, tocando mi monte sin ninguna vacilación, y abrió mis labios mayores hasta presionar con intensidad el punto de mayor placer de mi cuerpo. No pude hacer otra cosa que echar la cabeza hacia atrás y gritar.

—¡Ah!

—Abre más las piernas. —Tenía la boca en mi oreja, con la lengua acariciando el lóbulo, y no había ni un solo pelo de mi cuerpo que no se erizara.

Obedecí su orden y ese dedo descendió aún más, adentrándose en mí y haciendo que mi interior se contrajera para envolverlo. Entró y salió dos, quizá tres veces antes de que Miguel retirara los dedos y dejara mi cuerpo con una sensación de necesidad, como si eso fuera suficiente para volverme adicta.

Movía la cabeza buscando su mirada y él me sonrió de una forma que me provocó aún más. Debería sentir pavor, pero lo que él estaba despertando en mí era muy diferente a eso y me hacía querer más.

—Como ya he dicho... —Deslizó los dedos por mi espalda, bajándome la cremallera del vestido—. No vas a necesitar ropa alguna. —Tiró del vestido por delante y lo hizo deslizarse por mi cuerpo hasta que cayó a mis pies, y luego terminó de bajarme las braguitas.

Por reflejo, crucé los brazos delante del cuerpo, queriendo ocultar mis pechos, pero Miguel me agarró las muñecas y me levantó los brazos, dejándolos al descubierto de nuevo.

—Eres mía y lo quiero todo. —Se inclinó y me lamió el pezón.

La oleada de excitación que recorrió mi cuerpo me hizo gemir.

Me sujetó la cintura con ambas manos y yo dejé caer la sandalia al suelo antes de sentarme en un sillón, frente a él. Miguel se inclinó y volvió a besarme mientras sus dos manos cubrían mis pechos, haciendo que mis pezones se pusieran aún más duros con la estimulación. Sus pulgares los presionaban, describiendo movimientos circulares, mientras sus dientes rozaban mis labios y el calor de mi cuerpo se volvía aún más intenso.

Su lengua dejó un rastro húmedo que me provocó escalofríos, debido a la brisa que venía del mar al descender entre mis pechos y seguir por mi vientre hasta que se arrodilló frente al sillón y acomodó la cabeza entre mis muslos. Sus manos firmes colocaron mis piernas sobre sus hombros.

Me miró, provocándome con una sonrisa pícara antes de humedecerse los labios e inclinarse, soplando aire caliente. Me

retorcí, pero el peso de sus manos, deslizándose hacia mis nalgas, detuvo mis movimientos.

—¡Miguel! —grité su nombre cuando sus labios se unieron a los de mi sexo y empezó a chuparme y lamerme.

El placer era tan intenso que ni siquiera podía pensar en que en algún momento había sentido miedo. Instintivamente, me contoneaba contra su cara mientras su lengua me hacía experimentar la mejor sensación del mundo. La necesidad crecía sin control en mi interior y no se lo habría perdonado si hubiera parado.

Los pelos de su barba recortada me provocaban un ligero cosquilleo que me despertaba aún más placer, mientras su lengua subía y bajaba, daba vueltas y me golpeaba al penetrarme. Miguel parecía no ver ningún problema en estar arrodillado entre mis piernas de esa manera, proporcionándome el paraíso con su boca.

Quería gritar, la necesidad de estremecerme era enorme y sentía cómo la tensión iba en aumento hasta que estalló, en una avalancha de sensaciones que me dejó aún más floja y con todo el cuerpo hormigueando. Sin fuerzas, apoyé los brazos en los del sillón y Miguel se apartó al darse cuenta de que había logrado su objetivo.

Mientras aún me recuperaba, derretida en el sillón, lo vi desnudarse delante de mí, quitándose cada pieza del traje, casi como en un espectáculo de striptease. Su piel era morena, con un brillo dorado, pero lo que me llamó la atención fue el rastro de vello que descendía entre los abdominales bien definidos y que señalaba su miembro, tan duro que parecía latir por sí solo.

Yo seguía con las piernas abiertas cuando él se agarró con una mano al respaldo del sillón y con la otra a la parte interna de mi muslo, inclinándose hacia mí.

—Voy a dejarte embarazada.

¿Era una predicción, una promesa o una amenaza?

Dejó de importar cuando esa punta firme y palpitante rozó mi entrada, desencadenando una nueva oleada de pulsaciones por todo mi cuerpo.

Miguel no la introdujo de inmediato, sino que la frotó por fuera, rozando mi clítoris y despertando en mí una nueva oleada de pulsaciones.



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 42

Froté mi polla contra aquel coño que se ofrecía ante mí y estaba deseando meterla bien profundo, devorando aquel calor húmedo que me tentaba sin piedad. Sin embargo, tenía que ser un poco más paciente. No quería hacerle daño.

Quería que le gustara, que disfrutara del momento para que no me rechazara cuando fuera a por ella en busca de más. Estábamos casados y el sexo era una parte fundamental de ello. Quería que aquella fuera solo la primera de muchas otras veces.

Solté su muslo y me metí dos dedos en la boca, que aún tenía el sabor de Mirelle, y los chupé, humedeciéndolos antes de volver a mirarla, colocando la mano sobre su vagina e introduciendo los dedos lentamente en su interior.

Qué estrecha…

Me excitaba aún más mientras ella se contraía, apretando mis dedos. Podía sentir su himen, pero necesitaría algo mucho más grueso para romperlo.

Con los dedos aún dentro de ella, me mantuve inclinado sobre el sillón y volví a buscar su boca, agarrándole uno de sus suaves pechos con la otra mano. Ella gimió contra mis labios mientras yo seguía penetrándola con los dos dedos.

Sandro y Paola tuvieron suerte, o mala suerte, según se mire, pero yo estaba decidido a volver de esa luna de miel con mi propio heredero.

—¿Te duele así? —Metí y saqué los dedos muy despacio.

Mirelle negó con la cabeza.

Le metí otro dedo y ella se retorció, dejando escapar un pequeño gemido.

—Un poco...

—Ven aquí. —La cogí en mi regazo y la llevé conmigo a la cama. La senté sobre mi pierna—. Voy a meterme dentro de ti y así podrás sentir hasta dónde te penetra mi polla.

Mirelle asintió con la cabeza mientras yo la ayudaba a acomodarse sobre mis piernas. La punta de mi polla rozó su entrada mientras yo le sujetaba la cintura, manteniéndola firme. Entré solo un poquito antes de que Mirelle soltara un gritito.

—¡Me duele!

—Solo la primera vez.

Me miró con una expresión un poco asustada y se mordió el labio inferior al bajar un poco más sobre mi miembro.

Le sujeté la cintura con una sola mano y con la otra empecé a masturbarla, estimulándole el clítoris, y Mirelle se relajó un poco, bajando más. La atraje hacia abajo y sentí cómo su cuerpo cedía a mi avance cuando terminé de hundirme en ella.

Ella gritó de dolor, clavándome las uñas en los hombros.

—¡Ay!

—Tranquila. —Le besé el cuello, sintiendo el dulce aroma de su piel.

—Dijiste que íbamos a tomárnoslo con calma. —Vi que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Y así lo haremos. —Le sujeté la barbilla antes de atraer su boca de nuevo hacia la mía—. Tómate todo el tiempo que necesites para acostumbrarte a tenerme dentro de ti, porque pienso quedarme dentro de ti un buen rato.

Ella dejó escapar un gritito antes de que volviera a atraer su boca hacia mí, entrelazando mi lengua con la suya y disfrutando de un baile cada vez más erótico.

Quería moverla; la presión de su cuerpo envolviéndome solo servía para aumentar aún más mi excitación, pero esperé, dejé que ella empezara a contonearse lentamente mientras yo seguía masturbándola. Me di cuenta de que el dolor estaba dando paso al placer cuando ella aceleró el ritmo.

—Qué delicia... —Le mordí el labio.

Mi brazo estaba entre nuestros cuerpos, asegurándome de que ella sintiera placer, mientras Mirelle se contoneaba cada vez más sobre mí. Sentí cómo aumentaba su presión, cómo sus espasmos me empujaban hacia fuera y me di cuenta de que se estaba corriendo de nuevo. En ese momento, le agarré la cintura con ambas manos y recuperé el control, haciéndola rebotar sobre mí, sentándose deliciosamente sobre mi pene hasta que exploté, llenándola con mi semen.

Agotada, se desplomó sobre mi pecho, pero no me atreví a salir de aquel cuerpo caliente hasta que mi erección disminuyera.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 43

Ahora pensaba quedarse dentro de mí…

Pasé el resto de la noche con esa frase en mi mente, en una mezcla de vergüenza y excitación. En sus propias palabras, Miguel estaba afirmando que haría honor a los votos de que fuéramos una sola carne.

Sentía un ligero dolor y ardor entre las piernas; esas sensaciones eran mi garantía de que no había sido solo un sueño: mi *marido* me había quitado la virginidad.

Me resultaba extraño que me hubiera gustado, como si sintiera una punzada de culpa, aunque al mismo tiempo fuera lo correcto entre un marido y una mujer.

—Miguel... —Me giré en la cama, buscándolo, pero solo encontré un espacio vacío que me provocó una inquietud incómoda en el pecho.

Me senté, tirando de la manta para cubrir mi desnudez, y miré de un lado a otro, buscando a mi marido, pero no había ni rastro de él.

—¿Miguel?

Vi una silueta masculina detrás de la cortina blanca de la puerta que separaba el dormitorio del balcón con la piscina y pensé que podría ser él, pero el hombre que entró en la habitación empuñando un arma no era mi marido.

—¡Ah! —solté un grito agudo, encogiéndome en un intento por protegerme, pero desnuda bajo aquella manta, nunca me había sentido tan expuesta.

Nunca había visto a ese hombre antes, pero se abalanzó hacia mí.

Antes de que recorriera por completo la distancia que separaba el balcón de la cama donde yo estaba, oímos un ruido en la puerta que nos hizo girarnos a los dos, y Miguel entró por ella con una bolsa de la tienda que dejó caer en cuanto vio al tipo armado.

Mi marido se abalanzó sobre el tipo, agarrándole el brazo en el que sostenía el arma, y se disparó un tiro que impactó en la pared detrás de la cabecera de la cama donde yo estaba. Volví a gritar de terror mientras Miguel forcejeaba con el tipo.

Vi cómo mi marido le propinaba al intruso un puñetazo en el estómago, lo que le hizo soltar el arma, que rodó por el suelo. Antes

de que pudiera recuperarse, Miguel le volvió a golpear en la cara, pero acabó recibiendo una patada.

Los dos se enzarzaron en una pelea agresiva ante mis ojos, lo que me aterrorizaba cada vez más. Miguel intentó sacar su propia arma, pero también se le cayó, así que volvió a golpear al intruso con un puñetazo de derecha, luego uno de izquierda y, por último, otro que lo lanzó sobre la mesa de centro.

Antes de que el tipo pudiera levantarse, mi marido se abalanzó sobre él y lo agarró por el cuello, apretándolo hasta que empezó a debatirse. Tardó unos instantes, o una eternidad, en caer sin vida.

Sudoroso y jadeante, Miguel se levantó y se acercó a mí, deteniéndose al borde de la cama y extendiendo la mano para acariciarme la cara.

—¿Estás bien?

Me limité a asentir con la cabeza. La conmoción era tan grande que ni siquiera me permitía abrir la boca para articular una frase completa.

—¿D... Dónde... Dónde... Dónde estabas? —tartamudeé.

—Fui a buscar algo para que te pusieras antes de salir de compras, para que pudieras elegir lo que más te gustara —dijo señalando la bolsa tirada en la entrada—. Estabas durmiendo tan bien que no quise despertarte.

Quería algo que ponerme, pero al mismo tiempo me aterrorizaba mucho volver a quedarme sola.

—¿Quién es ese hombre? —Me incliné para asegurarme de que no se movía.

—No lo sé —Miguel también miraba al hombre con expresión de desconcierto—. Pero lo averiguaré.

—No me dejes aquí —supliqué, tensa.

Todas mis ilusiones sobre mi noche de bodas se desvanecieron cuando los recuerdos que tenía en la mente fueron sustituidos por el secuestro y todo lo que había sucedido mientras estaba rodeada de los hombres de Santiago.

—No me voy —prometió Miguel, tendiéndome la mano.

Esta vez, no lo pensé dos veces antes de aceptarlo y él me atrajo hacia sí, envolviéndome en sus brazos, y mi corazón fue ralentizándose poco a poco.

—¿Por qué no te cambias? —Me acarició el pelo, olisqueándome la coronilla—. Bajemos a desayunar.

—¿Y ese tipo? —señalé el cuerpo que aún yacía en medio de nuestra habitación.

—Mis hombres se encargarán de él.

—¿Y si hay más de donde ha salido este?

—Me aseguraré de que estés a salvo —prometió, y sentí que tenía lo necesario para cumplirlo.

Asentí con la cabeza y Miguel cogió la bolsa, acompañándome hasta la puerta del baño para que pudiera cambiarme. En cuanto entré en la habitación, cerré el pestillo, dándome la ilusión de estar a salvo.

Creía que, tras mi boda, ataques como aquel ya no nos ocurrirían ni a mí ni a ningún otro miembro de mi familia, pero parecía que me equivocaba.



Capítulo 44

Mientras Mirelle se cambiaba, me quedé mirando el cadáver del tipo al que acababa de matar. Eso no entraba en mis planes para la luna de miel y me cabreó muchísimo. Si hubiera tardado unos minutos más en llegar, podría haber ocurrido algo irreversible.

Era mi deber mantener a salvo a mi esposa y la posibilidad de fallar en esa tarea me resultaba muy desagradable.

Fuera quien fuera el responsable de estropear mi luna de miel, tendría que pagarlo muy caro.

Esperé a que Mirelle saliera del baño. Estaba sencillamente perfecta con el vestido de flores que le había comprado en la tienda del complejo turístico. La tela caía como rayos de sol alrededor de su cintura y el escote dejaba ver lo justo para hacerme desear arrancárselo, pero, dada la amenaza, tendría que esperar.

—Vamos. —Le tendí la mano.

—Sí.

Mirelle observó de reojo el cuerpo tendido en el suelo y se apresuró a seguir adelante.

Mientras cogíamos el ascensor, saqué mi móvil y envié un mensaje a mi mano derecha.

Miguel:

Nos han atacado, refuerza la seguridad.

Javier:

¿Por quién, jefe?

Miguel:

No lo sé, necesito que lo averigües y te deshagas del cadáver que hay en mi habitación.

Javier:

Lo haré. ¿Dónde estás, señor?

Miguel:

De camino al restaurante.

Javier:

Enviaré a unos hombres allí.

Miguel:

De acuerdo.

En cuanto salimos del ascensor, acompañé a Mirelle a una mesa vacía del restaurante y mis ojos recorrieron el local, viendo a unos hombres entrar y situarse junto a las salidas. Intercambié miradas con ellos, que asintieron; estaban allí por orden de Javier para velar por nuestra seguridad, la de mi esposa y la mía.

—¿Y si intentan matarnos otra vez? —murmuró Mirelle mientras cogía una servilleta de tela y se la colocaba sobre el regazo.

—No volverán a acercarse tanto.

—Pero...

Me incliné sobre la mesa y posé mi mano sobre la suya, llamando su atención.

—Confía en mí.

Se quedó un buen rato mirándome fijamente antes de asentir.

—¿Estará bien mi hermano?

—Adrián puede valerse por sí mismo.

—Está en silla de ruedas.

—No dudes de las habilidades de tu hermano; apuesto a que, por lo que ha pasado, ha contratado a unos matones mejores.

—Ojalá...

Estaba tensa y, por lo que había pasado antes, ni siquiera podía culparla. Estaba furioso porque alguien se hubiera acercado tanto mientras ella estaba bajo mi protección.

—Creo que será mejor que salgamos a comprarme ropa en otro momento, o que esperemos a que lleguen las cosas que me ha enviado mi hermano.

—Van directamente a mi casa.

—¡Ah!

—Estaremos bien.

—Pero...

—Ese tipo está muerto.

—¿Y si hay más?

—No serán tan estúpidos como para acercarse a nosotros cuando estemos bajo la protección de mis hombres. —Le cogí la mano y la llevé a mis labios, besándole el dorso.

Mirelle respiró hondo y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Está bien.

—Vamos a comer ahora. Quiero que recuperes fuerzas. —Le eché una mirada y se le sonrojaron las mejillas.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 45

A pesar de todo lo que Miguel había dicho, no podía evitar el nerviosismo que me carcomía. Aquel tipo se había acercado demasiado y, después de lo que había hecho Santiago, tenía mucho miedo de que se aprovecharan de mí otra vez.

Tenía que recordar que mi marido era el hombre que solía infundir miedo en la gente y que, si él había prometido protegerme, todo saldría bien.

Fuimos en coche a un centro comercial, seguidos por otro en el que iban varios hombres. Por mucho que la presencia de tantos guardias de seguridad me incomodara un poco, sabía lo necesarios que eran para garantizar mi seguridad y la de Miguel. No quería que nos pillaran por sorpresa otra vez.

Era un lugar precioso, una galería al aire libre con un arroyo artificial en el centro. Había muchas tiendas, sobre todo las marcas más famosas del mundo de ropa, complementos y cosméticos.

Encantada, me acerqué a la barandilla, observando el agua que corría por el arroyo que dividía la *calle* en dos partes.

Miguel se acercó a mí y me rodeó la cintura, pegando su cuerpo a la espalda mientras su boca se deslizaba hacia mi cuello y me ponía la piel de gallina.

—¡Miguel!

—Sí...

—La gente nos está mirando.

—¿Y qué?

—¿No te da vergüenza?

—Ni lo más mínimo. —Me agarró por la cintura y me hizo girar, de modo que quedé frente a él mientras su cuerpo fuerte y fornido me apretaba contra la superficie metálica.

—Mig…

El peso de sus labios me silenció, su lengua envolvió la mía y, cuando me di cuenta, estaba correspondiendo al beso, pasando mis brazos alrededor de sus hombros. Su cuerpo se frotaba contra el mío y descubrí lo mucho que quería más, pero tenía que recordar que estábamos en un lugar público.

—Para…

Dejó escapar una risita al morderme el labio inferior y apartarse.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y me guiaron hacia la entrada de una tienda de ropa de mujer.

Todavía le echaba la culpa de lo que le había pasado a Virginia, pero no podía negar que cada vez me resultaba más fácil estar en su compañía.

En cuanto entramos en la tienda, una de las dependientas se acercó a nosotros y no me gustó la forma en que miró a *mi marido.*

Mirelle, ¿qué estás haciendo?

—¿En qué puedo ayudarles?

—Mi mujer quiere elegir algunos modelos.

—Esposa.

—Sí. —Hinché el pecho con orgullo.

—Ah... ¡Vale! Vamos a ver los modelos que más te gusten.

—Gracias.

Miguel me soltó la mano y se dirigió hacia sus compañeros, que estaban en la puerta de la tienda. Nadie entraría allí sin pasar por delante de ellos y eso me hizo sentir segura.

—¿Te gustan los modelos más discretos o los más sensuales? —La dependienta me lanzó una mirada que me hizo sentir un poco avergonzada.

—Discretos, por favor.

—Ah, con un guapo como ese puedes atreverte un poco más.

—Mejor que solo él lo vea.

—Si tú lo ves así. —Se encogió de hombros.

—¡Ese vestido de ahí! —Señalé el primero que vi, intentando desviar la conversación de ese tema.

Todavía estaba asimilando mi grado de intimidad con Miguel y no quería hablar de él con otras personas, y mucho menos con una desconocida.



Capítulo 46

Mirelle estaba distraída mientras la atendía la dependienta cuando me acerqué a Javier con una expresión más seria. Aunque había conseguido que ella se relajara un poco, yo seguía sin estar nada tranquilo al pensar en lo que había pasado antes.

—¿Dónde está el cadáver? —pregunté cruzando los brazos.

—En el fondo del océano.

—¿Han descubierto para quién trabajaba?

—Todavía no.

—Necesito un nombre, Javier. A ser posible, una cabeza. Mi mujer podría haberse hecho daño, o algo peor.

—Estamos trabajando en ello, jefe.

—Necesito que se ocupen de esta situación cuanto antes. Ponte en contacto con los hombres de la casa y asegúrate de que mi familia no corra peligro.

—Lo haré. Sea quien sea, no volverá a acercarse.

—Más vale que no.

—¡Miguel! —Me llamó Mirelle y me giré para mirarla.

Llevaba un vestido rosa de encaje ligero que realzaba aún más su piel bronceada, pero yo seguía imaginándola sin nada puesto.

—Es precioso… Estás preciosa.

—Gracias. —Se sonrojó. —Me quedaré con este.

—Sí, y elige otros.

—Vale.

Mirelle se metió en el probador y yo volví a mirar a Javier. Ese hombre llevaba tanto tiempo conmigo que ni siquiera recordaba cómo era mi vida sin él. Desde que era niña, mi padre lo había designado para protegerme y él se había ganado mi confianza.

—Tu familia está bien.

—Gracias.

—Avísale a Sandro.

—Sí.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 47

Me probé un vestido, otro, unos pantalones cortos y unas camisetas, y elegí varias prendas.

Miguel lo pagó todo y luego salimos de la tienda con sus hombres cargando todas las bolsas. Seguimos entre las tiendas hasta un lujoso restaurante donde paramos para almorzar.

Amablemente, me acercó una silla y esperó a que me sentara antes de dar la vuelta y sentarse frente a mí.

Un camarero se acercó y nos entregó la carta.

Había muchas opciones de pasta y marisco que me hicieron la boca agua. Adrián no solía llevarme a salir a menudo y, las veces que salía con mi madre, no me sentía tan libre.

—Me gustan las gambas —dije mientras hojeaba el menú.

—Hay muchas opciones —dijo Miguel.

—Ya me he dado cuenta —sonreí con torpeza mientras lo miraba y acabé colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

En el fondo, sentía cierta culpa porque la libertad que sentía con él fluía con tanta facilidad, pero era tan extrañamente natural que ni siquiera podía controlarla.

Estamos casados… Mi conciencia se burlaba de mí, recordándome lo obvio.

—Este risotto parece una buena opción. —Recorrió con el dedo la hoja del menú y yo pensé en cómo sería sentir esa mano pesada deslizándose por mi cuerpo.

¡Mirelle!

Sentía como si hubiera algo que no estaba bien en mí, porque ya no podía mirarlo de la misma manera.

—Esposa… —Sentí su mano rozar mi muslo por debajo de la mesa y levanté la cabeza, mirándolo fijamente mientras me ardían las mejillas.

—Sí…

—¿El risotto está bien?

—Ah...

—El camarero está esperando.

¡¿Qué?!

Fue como si me hubiera dado una descarga que me lanzó contra el respaldo de la silla y la hizo tambalearse.

Fue como si me hubieran echado encima un cubo de vergüenza cuando me fijé en el tipo de traje que estaba de pie junto a la mesa, esperando nuestros pedidos, mientras yo me derretía por completo ante mi marido como si fuéramos las dos únicas personas del mundo.

Miguel dejó escapar una risita ahogada que me hizo sentir aún más avergonzada.

—Sí… ¡Sí! El risotto, por favor —dije cualquier cosa para que el camarero se marchara lo antes posible.

—¿Y usted, señor? —El camarero tuvo la decencia de fingir que no había pasado nada y se volvió hacia Miguel.

—Un filete mignon poco hecho con salsa Roti.

Por fin asintió con la cabeza y se alejó de nosotros.

—¿Estás bien, Mirelle? —preguntó Miguel cuando parecía que ya no había nadie mirando.

—No… Ha sido embarazoso.

—No deberías preocuparte tanto.

—Seguro que ahora se está riendo de mí.

—Podría matarlo por atreverse a hacer eso.

—¡No! ¡Por el amor de Dios! —grité desesperada.

—Solo era una broma —Miguel volvió a reírse.

—No digas eso, ni siquiera en broma.

—Está bien.

El camarero volvió a acercarse a nosotros y yo me quedé en silencio; temía que él sufriera algún tipo de consecuencia, porque aún no sabía hasta dónde podían llegar las reacciones de Miguel ni hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Mejor ni averiguarlo...

Nos sirvieron una botella de vino tinto, una copa para cada uno, y el camarero dejó la botella en una esquina de la mesa antes de alejarse de nuevo.



Capítulo 48

Tengo que admitir que, a pesar de la tensión que sentía al ser atacados de nuevo, fue un paseo divertido, sobre todo por el desconcierto de mi mujer.

Aquella boda había empezado de forma turbulenta, pero cada vez estaba más seguro de que nos entenderíamos para llevar la relación a un punto aceptable para ambos. Ella era guapa, simpática y yo me lo estaba pasando bien, me gustaba eso.

Al fin y al cabo, me había salido muy bien aquel acuerdo con su hermano.

Ya era última hora de la tarde y el sol se estaba poniendo, tiñendo el horizonte de naranja cuando regresamos al complejo turístico. Con el maletero lleno de bolsas, Mirelle ya no podría

quejarse de no tener nada que ponerse, por mucho que yo prefiriera verla sin nada.

Entramos en la habitación y Javier, junto con otros dos hombres, dejaron las bolsas sobre el sofá antes de salir de la habitación. Les hice un gesto de asentimiento con la cabeza antes de esperar a que se marcharan para cerrar la puerta con llave.

—¿Qué te parece si nos damos un chapuzón en esa piscina? —Me volví hacia mi mujer, sonriéndole y deleitándome con el rubor de sus mejillas.

Ella bajó la mirada y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con un gesto delicado y, al mismo tiempo, sensual, lo que aumentó aún más mis ganas de besarla.

—Me voy a poner el bikini nuevo...

—No… —Di un paso hacia ella, la agarré por la cintura y la atraje hacia mí—. No hace falta que te pongas nada.

—Pero, Miguel…

Le sujeté la barbilla y le levanté la cara para que me mirara a los ojos.

—Te quiero desnuda.

—Alguien podría vernos...

—Nadie te verá, salvo yo.

—Eso suena...

—Delicioso. —Acerqué mi boca a la suya, rozando ligeramente nuestros labios en señal de provocación.

—Yo diría que indecoroso.

—No importa. —Con la otra mano, le agarré el culo por debajo del vestido sin preocuparme por ser más delicado.

—Miguel...

Mi mano siguió el contorno de la curva que marcaba la falda del vestido.

Volví a rozar mi boca contra la suya hasta que mi lengua se abrió paso. Solté su barbilla y mis dos palmas se posaron sobre sus nalgas, apretándolas y presionando el delicado cuerpo de Mirelle contra el mío.

Ella gimió en voz baja por mi lengua dentro de su boca, pero no intentó apartarme mientras yo le subía la falda del vestido para tocar directamente su piel. Solté la tela para desatar el lazo detrás de su cuello y tiré del vestido hasta el suelo, reanudando el beso acto seguido cuando mis manos se posaron sobre sus pechos redondos de pezones erectos.

Mirelle echó la cabeza hacia atrás mientras yo bajaba traziendo un rastro de besos, chupetones y mordiscos hasta que mi lengua volvió a rozar la punta de su pecho.

—¿No íbamos a la piscina?

—Ya llegaremos allí.

Mientras lamía y chupaba su pecho, moví las manos para quitarme la camisa abotonada y los pantalones cortos, con mi polla

ya palpitando dentro de los calzoncillos, suplicando que la liberaran.

Desnudos, la atraje hacia mí, uniendo nuestras pieles mientras volvía a disfrutar del sabor de su beso. Mis manos no tenían control, iban y venían por las curvas de su cuerpo, explorando cada parte. Le retorcía los pezones con las yemas de los dedos y los hundía en su suave culo.

El beso era urgente, hambriento; mi lengua no le daba tregua a la suya, mostrándose cada vez más feroz, y la presión de los labios parecía casi suficiente para fundirlos.

Cuando su boca se separó de la mía, buscando aire, la giré de espaldas y le levanté el pelo para morderle la nuca, mientras presionaba mi polla dura contra su culo.

Mi ansia por ella parecía tan urgente que quizá no me contuviera hasta que llegáramos a la piscina.

Hice que Mirelle diera unos pasos más tambaleándose hacia delante hasta que la empujé contra la pared. Sus pechos, aplastados contra la superficie, parecían aún más grandes y deliciosos. Atrevidamente, los toqué antes de deslizar la mano lentamente hasta su cintura.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —se le escapó con voz ronca.

—Comerte —respondí, soltando una risita provocativa al encajar mi polla entre sus muslos y frotarla contra sus labios mayores antes de penetrarla.

Mirelle gimió, retorciéndose mientras yo la provocaba, mordisqueándole los hombros y la nuca.

Tiré más de su cintura, haciendo que mi mujer levantara más el culo para que yo tuviera el ángulo necesario para entrar en ella.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 49

Clavé las uñas en la pared cuando sentí un ligero dolor al sentir cómo Miguel se introducía en mí y se deslizaba hasta lo más profundo que permitía esa postura. El dolor fue mucho menor esta vez y empezó a disiparse cuando él comenzó a moverse. Todo mi cuerpo se calentó y mi excitación aumentó cuando me sujetó el pelo recogido en una coleta para mordisquearme y besarme la nuca y los hombros.

Oh, qué bien...

Tenía tanto miedo de que pudiera hacerme daño que ni siquiera había pensado en lo delicioso que podría ser acostarme con él.

¡Oh, Dios mío!

¡Ahhhhh!

Me volví loca cuando sus fuertes dedos se hundieron en mi cintura y él se adentró aún más en mí con una embestida firme que hizo vibrar todo mi ser.

No tenía más amigas que Virginia y no hablábamos de sexo porque no quería saber nada de su relación íntima con mi hermano. Sin duda, mis búsquedas en Internet no me habían preparado para ese momento.

—Qué buena estás… —Oírle susurrar al oído me puso aún más cachonda.

—Ay, Miguel…

Más rápido, más fuerte, él me empujaba contra su pelvis y el impacto de mi culo contra sus músculos hacía que todo mi ser vibrara. Se oía el sonido de chasquidos resonando por la habitación, como aplausos con cada embestida suya.

Mis manos resbalaron por la pared, arañándola mientras me derretía en medio del placer. Con cada impacto, me sentía cada vez más cerca del clímax. Sentí cómo su líquido se derramaba dentro de mí, pero Miguel no se detuvo, penetrándome cada vez más profundo y con más placer hasta que eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro al rendirme a la deliciosa explosión de mi orgasmo.

Cuando se separó de mí, sentí cómo el semen me resbalaba por los muslos hasta que me entregó unos pañuelos de papel.

Tenía las piernas completamente temblorosas y di unos pasos tambaleantes hacia un lado, pero no me caí porque él me sujetó.

—No te has caído.

—Todavía estoy recuperando el control de mi cuerpo.

—Así es.

Pensaba que la intimidad de una pareja podía resultar incómoda, pero era sorprendente lo fácil que fluía, hasta el punto de que ya me sentía a gusto estando desnuda delante de él.

Y la forma en que me miraba… *¡Ay, Dios mío!*

Era difícil no volverse loca con el calor que irradiaba por todo mi cuerpo y todo ese deseo. Definitivamente, no estaba preparada para eso.

—¿Vamos a la piscina?

Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza.

Mientras me metía en el agua, templada por haber recibido el sol intenso durante todo el día, Miguel se acercó a un pequeño bar que había en una terraza cerca de nosotros y preparó unas copas. Al poco rato se acercó a mí y me entregó una copa.

—Gracias. —Intenté sonreír tras dar un sorbo al líquido y sentir cómo el alcohol bajaba arañándome la garganta.

—De nada. —Se sentó en el borde de la piscina, cerca de mí.

—Así que, además de jefe de un cártel, eres coctelero —bromeé.

—Más o menos.

—Interesante.

—Todavía tengo muchos talentos que enseñarte. —Me guiñó un ojo de forma provocativa.

—¿Debería sentirme amenazada?

—En absoluto.

—Menos mal. —Bebí un poco más mientras observaba cómo los rayos anaranjados del atardecer hacían que su piel brillara aún más, como si su tez morena se volviera casi dorada.

Miguel se inclinó, acercando su boca a la mía, pero la mantuvo a una pequeña distancia, sin besarme.

—No tienes por qué sentirte amenazada.

—¿No? ¿Ni siquiera cuando me digas que vas a follarme?

—Quizá solo en esos momentos... —Se humedeció los labios y me lanzó una mirada que me hizo temblar de dentro afuera.

—¿Y va a pasar mucho?

—Bastante..., pero la culpa es toda tuya.

—¡¿Mía?! —Fingí sorpresa mientras me divertía con el rumbo que estaba tomando la conversación. —¿Por qué?

—Por ser tan guapa.

Sonreí con las mejillas ardiendo.

Debería sentirme como un trozo de carne, pero me gustó cómo fluyó nuestro intercambio de miradas durante aquella conversación

pervertida.

A Miguel le gustaba eso y descubrí que a mí también.



Capítulo 50

Pedí la cena en la habitación y todavía estábamos desnudos cuando nos fuimos a la cama. Mirelle no tardó en dormirse y confieso que yo soy el responsable de su cansancio.

Estaba tumbado a su lado en la cama cuando cogí mi móvil de la mesita de noche y le envié un mensaje a mi hermano.

Miguel:

¿Qué tal por ahí?

Sandro:

¿Te sientes culpable por estar echando un polvo en lugar de cuidar de la familia?

Miguel:

¡No seas tonto!

Sandro:

Estamos bien.

Diego se ha subido hoy al armario de la cocina y Agda casi ha tenido un infarto. Aparte de eso, estamos bien.

Miguel:

¿No hay nadie merodeando por la casa?

Sandro:

No.

Miguel:

Menos mal.

Sandro:

Creo que está traumatizado por lo de Ramón.

Miguel:

Ojalá fuera nuestro único enemigo.

Alguien nos ha atacado aquí y todavía no sé a quién culpar.

Sandro:

A ver si el tipo simplemente se ha equivocado de habitación.

Miguel:

Ja, ja

Sandro:

Disfruta de tu luna de miel.

Miguel:

Eso es lo que estoy haciendo.

Sandro:

Pues no me des la lata.

Miguel:

Solo estoy preocupado por la familia.

Sandro:

No lo estarías si confiaras más en mí.

Miguel:

Confío en ti.

Sandro:

Ya lo sé...

Dejé de responderle al idiota de mi hermano cuando oí que llamaban a la puerta.

Mirelle se movió a mi lado, pero no se despertó. Me levanté antes de que volvieran a llamar para que el ruido no despertara a mi mujer. Cogí unos pantalones cortos que estaban tirados sobre el sillón y me los puse antes de abrir la puerta, encontrándome con Javier en el pasillo con una expresión que no era precisamente de las mejores.

—¿Qué ha pasado, tío? —le pregunté enseguida, cruzándome de brazos.

—Creo que tendrás que verlo por ti mismo.

—¿Dónde?

—En la playa.

—Enséñamelo. —Cerré la puerta tras de mí.

Javier hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera y salimos del complejo hacia la playa de enfrente. Aunque pertenecía al complejo, era un lugar abierto y de fácil acceso por donde cualquiera podía pasar.

Había unos tres hombres, mis soldados, rodeando algo en el suelo, y se apartaron, dejándome espacio para que lo viera cuando me acerqué.

—¡¿Qué coño es esto?! —exclamé al encontrarme con algo más que extraño.

Me llevó un rato distinguir a la criatura con el cuello degollado. Era un perro de tamaño pequeño, vestido con un vestido de novia,

manchado con la sangre que probablemente pertenecía al animal. A su alrededor, en la arena, estaba escrito con la misma sangre: «Puta, traidora».

¡Joder!

Mi corazón empezó a latir más rápido cuando llegué a la conclusión sobre algo que ya debería haber desaparecido de mi vista hace tiempo.

—Yo no soy el objetivo...

Apenas terminé la frase cuando oí un grito agudo.

—¡Mirelle!

Salí corriendo de vuelta a la habitación del hotel tan rápido como pude, derribando la puerta de una patada y entrando a toda velocidad sin molestarme en abrirla con la tarjeta-llave.

En cuanto mis pies tocaron el suelo de la habitación, vi a un hombre encima de mi mujer, con un cuchillo apuntándole al cuello, justo al lado de donde habían degollado al animal.

—¡Aléjate de ella! —rugí.

Mi entrada brusca hizo que retrocediera asustado y vacilara unos instantes. Antes de que pudiera abalanzarme sobre él, oí el sonido de un disparo y el tipo recibió un balazo entre los ojos, tambaleándose hacia atrás y cayendo de la cama.

Mirelle gritó aún más, presa del pánico, con la cara manchada de sangre una vez más.

Me giré brevemente hacia atrás y vi a Javier todavía con el arma apuntando; asentí con la cabeza, dándole las gracias antes de dirigirme hacia mi mujer.

Estaba temblando, asustada, con la boca entreabierta y los ojos muy abiertos. Cubierta únicamente por una sábana manchada de sangre. La atraje hacia mis brazos, la abracé contra mi pecho y pude sentir lo rápido que le latía el corazón. No era la primera vez que atentaban contra su vida y todo se estaba volviendo cada vez más peligroso.

—Mi… Miguel… —murmuró, aún presa del pánico.

—Ya está todo bien. —Le di un beso en la coronilla.

—Iba a… Iba a… —Mirelle no conseguía terminar la frase.

—Tranquila, nadie te va a hacer daño.

—Pero…

—Te lo prometo. —La apreté aún más fuerte contra mi cuerpo, intentando que mi corazón, ya más tranquilo, calmara el suyo.

Estaba muy cabreado por lo que había pasado, pero no quería que se pusiera aún más tensa y preocupada.

—¿Qué quieres que haga, jefe? —Javier seguía en la puerta de la habitación, esperando mis órdenes.

—Nos vamos a casa.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Apreté a Mirelle aún más contra mí, mientras ella se acurrucaba como un animalito acorralado. —Allí podremos protegernos mejor y pensar en un plan para atrapar al cabrón que está detrás de todo esto.

Javier asintió con la cabeza.

—Voy a avisar a los hombres. ¿Cuándo salimos?

—Dentro de una hora.

Asintió con la cabeza y se marchó, hasta desaparecer de nuestra vista.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 51

—¿Quieres darte un baño? —Miguel me acarició la cara mientras yo le acercaba aún más su brazo, asegurándome de poder utilizarlo como escudo si surgía otra amenaza.

—No... No... —Todavía temblaba mucho por el pánico y apenas podía articular una frase completa. —No... No te alejes... Por favor...

—Me quedaré justo aquí —me aseguró.

Miguel no podía alejarse bajo ningún concepto. Cada vez que me dejaba sola, ocurría algo terrible.

—Puedes ducharte. Yo te cuidaré —me aseguró.

—¿Y si aparece alguien?

Miguel se inclinó, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una pistola.

—Morirá —afirmó, haciéndome tragar saliva.

Ya había visto demasiados cadáveres para tan pocos días y eso no hacía que me sintiera más segura. Era como si, desde el momento en que me subí a aquel coche con Santiago, todo hubiera cambiado a mucho peor.

Santiago...

¿Sería él el responsable de los ataques? Ninguno de los hombres había dicho nada, solo habían intentado matarme, pero ¿quién más tendría motivos para atentar contra mi vida?

Me levanté con todo el miedo del mundo, al ver al hombre tendido en el suelo y el charco de sangre que se había formado alrededor de su cabeza. Por mucho que supiera de los negocios de mi hermano, él me había privado de ver cosas como aquella; sin embargo, solo en aquella habitación, en poco más de veinticuatro horas, habían muerto dos tipos.

Me metí en la ducha con el corazón aún dolorido de tanto que se me había acelerado. El agua caliente debería tranquilizarme, pero necesitaría mucho más que eso.

Por mi cabeza habían pasado algunas posibilidades de cómo serían mis lunas de miel, pero ninguna se acercaba ni de lejos a unos días llenos de sexo y sangre.

Miguel permanecía de pie en la puerta del baño, vestido solo con unos pantalones cortos. En otro momento le habría acariciado los abdominales, pero en ese momento solo quería terminar la ducha lo antes posible. El hecho de que estuviera mirando hacia

fuera con un arma en la mano no me tranquilizaba en absoluto, porque suponía una amenaza.

¿Cuándo podremos estar tranquilos?

Tras la muerte de mi cuñada, parecía que esa tranquilidad era algo que mi familia ya no volvería a tener.

¿Estará bien Adrián?

Aunque mi hermano me había metido en todo aquello, seguía preocupándome por él y deseaba que estuviera bien.

Me cambié de ropa mientras Miguel seguía vigilando. Cuando uno de sus hombres apareció en la puerta, él aprovechó para vestirse también. Después, nos dirigimos al coche que nos esperaba delante del complejo turístico.

Todavía estaba muy oscuro, pero no tenía ni idea de qué hora era, solo sabía que tenía mucho sueño. A pesar de ello, por lo que había pasado, me costaría mucho conciliar el sueño.

Recostado en el asiento de al lado, Miguel extendió la mano y tocó la mía, y yo me tomé la libertad de acortar la distancia entre nosotros y recostarme contra su pecho, sintiendo cómo su corazón tranquilo ralentizaba el mío.

Dadas las circunstancias en las que nos casamos, nunca imaginé que algo así fuera a suceder. Estar cerca de él me hacía sentir segura, protegida, y no quería que Miguel se alejara, porque pasaban cosas malas.

No era tan tonta como para pensar que podría protegerme sola en aquel mundo de bestias sanguinarias, ni estaba preparada para ello. Adrián no me había enseñado a disparar ni había contratado a

un profesor de artes marciales. Odiaba la certeza de que no era más que un cebo fácil.

Si no hubiera sido porque Miguel apareció en el momento justo, ya habría muerto al menos tres veces.

Miguel creía que, volviendo a su casa, podría garantizar mi seguridad, pero yo no estaba tan segura de ello. De hecho, solo sentía miedo. *¿Quién no lo sentiría?*

Me acarició la cara, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja, y yo volví los ojos hacia él, encontrando los suyos, y recibí un beso suave que confirmaba una promesa.

—Todo va a salir bien.

—Pero...

—Voy a atrapar a quien envió a esos tipos.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Apoyé la cabeza en su hombro y acabé cediendo al cansancio, que me hizo volver a dormirme.



Capítulo 52

No me hacía ninguna gracia que mi luna de miel se viera interrumpida de esa manera. Había hecho planes para pasar al menos unos días más en Cancún, pero tras los ataques y la extraña muerte de aquel perro, no era prudente quedarnos en un lugar donde estuviéramos expuestos. A pesar de que todos mis hombres vigilaban los alrededores del complejo turístico, Mirelle había sido atacada dos veces y no podía permitir que volviera a ocurrir.

De una cosa estaba seguro: por muchos que tuviera que matar, cumpliría la promesa de mantenerla a salvo.

En mi casa, además de mis hombres de confianza, contaba con un sistema de seguridad más sofisticado y un acceso limitado y bien controlado de personas. Nadie cruzaba los muros sin que yo lo supiera. Los empleados llevaban años a nuestro servicio y conocía muy bien la vida de cada uno de ellos para asegurarme de que no

actuarían en nuestra contra. Todos sabían que el precio por traicionarme era alto.

Del mismo modo que protegía a mis hermanas, o al menos lo había intentado, cuidaría de mi esposa y le arrancaría la cabeza al responsable de los ataques contra ella.

Tras aterrizar en la pista de aterrizaje privada, nos dirigimos en coche a casa y, afortunadamente, la caravana no fue perseguida.

Ya había salido el sol y, cuando entré de la mano de Mirelle, me encontré a mi madre y a Alma sentadas en el salón, junto con Agda, la mujer de mi hermano, que estaba jugando con sus hijos gemelos en la alfombra.

—¿Ya habéis vuelto? —Sorprendida, mi madre se levantó de un salto del sofá y vino hacia nosotros—. Pensaba que os quedaríais más tiempo.

—Tuvimos un imprevisto —respondí sin entrar en detalles. Ya era suficiente con el miedo de Mirelle, no hacía falta sembrar el pánico en mi casa.

No había nada que ellas pudieran hacer para ayudarme y no vi a mi hermano por ningún lado.

—¿Dónde está Sandro? —cambié de tema.

—Se ha ido.

—¿Adónde?

—No lo sé —murmuró mi madre.

—Vale. Ayuda a Mirelle a instalarse. ¿Han llegado sus cosas?

—Sí, están en cajas en la habitación, pero no he tocado nada.

—Mirelle lo organizará como quiera más tarde. —Le puse la mano en el centro de la espalda a mi mujer, que se limitó a asentir con la cabeza—. Voy a buscar a Sandro.

—Pero... —Con los ojos muy abiertos, se volvió hacia mí con aire asustado.

—Aquí estás a salvo —le prometí.

—Pensaba que estaba a salvo en el hotel.

—Aquí es diferente.

—Miguel...

Le acaricié la cara y me incliné hacia ella para darle un beso rápido.

—No dejaré que nadie te haga daño —le recordé mi promesa.

Aún tensa, Mirelle acabó asintiendo.

—¿Por qué no me acompañas, cariño? —Mi madre le hizo un gesto para que la siguiera.

Mi mujer se quedó mirándome durante varios segundos, esperando a que dijera algo más; como no dije nada, acabó siguiendo a la mujer mayor y ambas desaparecieron subiendo las escaleras.

Tenía que ir a buscar a Sandro y ponerlo a cazar unas cuantas cabezas. Mi hermano siempre se le ha dado bien eso.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 53

Tenía los brazos cruzados delante del cuerpo y una postura ligeramente encorvada, en un gesto casi ingenuo de protegerme por si alguien intentaba atacarme de nuevo. Sin embargo, la verdad era que no tenía ninguna posibilidad. Cualquiera con un mínimo de entrenamiento ya era un rival desequilibrado.

Odiaba sentirme tan frágil e indefensa, pero las circunstancias me habían puesto esa aterradora realidad en las narices.

—Mi hijo tiene razón.

Abrí mucho los ojos, sorprendida, cuando la mujer se volvió hacia mí.

No dije nada y ella continuó.

—Los hombres que mis hijos han puesto aquí son de confianza. No sé qué te ha pasado, pero mientras estés entre estas paredes no volverá a ocurrir.

Sin saber qué decir, me limité a asentir con la cabeza.

Ella siguió unos metros más por el pasillo hasta abrir la puerta de una de las habitaciones y señalarme el interior.

—A partir de ahora, esta será tu habitación con Miguel.

—Gracias.

—De nada. —Me dedicó una sonrisa que debería haberme reconfortado, pero yo seguía demasiado tensa y me sentía un poco agobiada.

Di unos pasos hacia el interior de la habitación antes de oír su voz de nuevo.

—¿Necesitas mi ayuda?

Giré la cabeza para mirarla y lo pensé un momento. Tenía miedo, pero dudaba de que aquella señora, que debía de tener más de sesenta años, pudiera servirme de protección. Me di cuenta de que era mejor quedarme sola, aunque fuera para desesperarme sin que nadie me juzgara.

—No...

—Si necesitas algo, solo tienes que llamarme.

—De acuerdo.

Ella siguió por la escalera y yo me metí en la habitación.

La habitación estaba impecable, tan bien ordenada que olía a lejía, una señal de que, incluso en ausencia de Miguel, mantenían el lugar limpio. Parecía una habitación de hotel, porque no encontré fotografías ni nada personal, como pósters o libros. A mi marido no debían preocuparle esos pequeños detalles.

En un rincón, encontré las cajas apiladas y etiquetadas con la letra de mi madre. Se había tomado la molestia de indicarme qué había dentro de cada una, lo que me facilitaría mucho la tarea a la hora de desempaquetarlas.

Abrí una que estaba encima, en la que ponía en letras mayúsculas «FRÁGIL»; justo debajo había una etiqueta más pequeña con las palabras: «objetos personales». Quité la cinta adhesiva de la parte superior y dentro encontré mi portátil, mi móvil, la cartera con los documentos, los auriculares y otros dispositivos electrónicos, delicadamente envueltos en tela y espuma, probablemente lo que mi madre había encontrado para mantener los objetos protegidos y evitar que se rompieran.

Cogí mi móvil, lo desenrollé de un paño y lo encendí; tenía un treinta por ciento de batería y empezó a vibrar con muchas notificaciones. La mayoría eran de aplicaciones y mensajes de la operadora, pero había uno de mi madre.

Cuando estaba en casa, ni siquiera me acordaba mucho del móvil; al fin y al cabo, las personas con las que más convivía estaban bajo el mismo techo que yo; sin embargo, tuve la sensación de que ahora sería diferente. El móvil podría ser la única herramienta con la que podría comunicarme con mi familia.

Mamá:

Envíame un mensaje cuando puedas. Quiero saber si estás bien.

El mensaje tenía ya dos días, pero me resultaba difícil responder cuando no tenía nada, ni siquiera mi ropa.

Me senté en el borde de la cama mientras le escribía.

Mirelle:

¡Hola, mamá!

No tenía acceso a mis cosas, acabo de abrir la caja ahora mismo. Gracias por enviarme todo.

Estaba a punto de levantarme y volver a abrir las cajas cuando me respondió.

Mamá:

¡Mirelle, por fin has contestado!

Estaba preocupada por ti.

Mirelle:

Estaba en Cancún, sin conexión a nada.

Acabo de llegar a casa.

Mamá:

¿Estás bien?

Mirelle:

Sí.

No sé...

Mamá:

¿Qué quieres decir?

Mirelle:

Me han atacado, dos veces.

Mamá:

¡Ay, Dios mío! ¿Te has hecho daño?

Mirelle:

No...

Físicamente, no.

Mamá:

Mirelle, sé más clara o vas a dar un infarto a tu madre.

Mirelle:

Estoy asustada.

Mamá:

Es comprensible.

¿Qué ha hecho tu marido al respecto?

Tiene que mantener a sus enemigos lejos de ti.

Mirelle:

No creo que sean enemigos de Miguel.

Mamá:

¿Por qué no?

Mirelle:

Intentaron atacarme cuando estaba sola.

Mamá:

¿Qué pueden querer de ti?

Mirelle:

No lo sé.

¿Han atacado a Adrián?

Mamá:

No, al menos él no me lo ha dicho.

Su hermano está muy distante desde que resultó herido.

¿Por qué?

Mirelle:

Quien vino a por mí podría intentar algo contra mi hermano.

Mamá:

¿En quién estás pensando?

Mirelle:

En Santiago.

Mamá:

¡Ese bastardo!

Esa serpiente traicionera estuvo en nuestro nido todo este tiempo.

Mirelle:

Pensaba que podía confiar en él.

Mamá:

La confianza hay que ganársela.

Mirelle:

Sí...

Mamá:

¿Fue él quien te atacó?

Mirelle:

Otros hombres.

Mamá:

¿Dijeron algo?

Mirelle:

Murieron antes de tener la oportunidad.

Mamá:

¿Cómo reaccionó tu marido?

Mirelle:

Me protegió.

Mamá:

Menos mal.

No puedo dejar de pensar en lo mucho que debes estar sufriendo en este matrimonio.

Mirelle:

La verdad es que no está siendo tan terrible.

Mamá:

¿Cómo es eso?

Mirelle:

Me hace sentir segura y me trata bien.

Mamá:

Eso está bien.

Quizá se enamoren el uno del otro.

Mirelle:

Sí...

Mamá:

Ten cuidado, ¿vale?

Mirelle:

Sí.

Mamá:

Voy a preguntarle a tu hermano si sabe algo de Santiago y te diré lo que averigüe.

Mirelle:

Gracias.

Mamá:

Ten cuidado.

Mirelle:

Tú también.

Te quiero, mamá.

Mamá:

Yo también te quiero, cariño.

Dejé el móvil sobre la cama y me levanté para seguir revisando las cajas. Había cosas ahí dentro que ni siquiera recordaba bien, pero todo lo que era mío había sido empaquetado como es debido, para que no echara nada de menos, y debía estar agradecida a mi madre por ello.

Ay, mamá...

La echaba de menos.



Capítulo 54

Me bajé del coche frente a una casa abandonada. El lugar estaba a unos veinte minutos de nuestra mansión y el paso del tiempo ya lo había deteriorado por completo. Las puertas y ventanas que aún quedaban estaban carcomidas por las termitas y, en el interior, solo quedaban escombros; todo lo que pudiera tener algún valor había sido saqueado, pero Sandro no estaba allí por la estructura.

O quizá sí...

Desde que nacieron sus hijos, me di cuenta de que era mucho más cuidadoso a la hora de manejar el arma en nuestra casa, dejando los entrenamientos para lugares aislados como aquel, donde los niños estuvieran bien lejos de los disparos.

Mi hermano sostenía el arma con la mano izquierda y disparó dos tiros contra unas latas apiladas sobre un murete que se desmoronaba, pero solo acertó en una de ellas.

—¿Qué estás haciendo? —Me detuve detrás de él, con los brazos cruzados, y mi hermano por fin se percató de mi presencia.

—Entrenando mi mano menos hábil.

—¿Para qué, si disparas mejor con la derecha?

—Si no puedo disparar con la derecha, así me irá bien.

—Ya veo...

—¿Qué haces aquí? —Bajó el arma y se giró para mirarme a los ojos. —¿No deberías estar en la playa follándote a tu mujer? Los gemelos necesitan un primo que no sea el hijo de ese imbécil... —Frunció los labios al recordar a Ramón Hernández.

—Estoy en ello.

—No es lo que parece.

—Tenemos que volver. Mirelle no estaba a salvo en el complejo turístico.

—Ya has sido mejor que esto, hermano —se burló Sandro, sin comprender la gravedad a la que me refería.

—Lo digo en serio.

—Como si nuestros enemigos fueran a dejar de aparecer. Así nunca volverá a poner un pie fuera de la mansión.

—Esta vez creo que no se trata de nosotros.

—¿Qué? —Frunció el ceño, sorprendido, sin entender exactamente lo que había dicho—. ¿Qué historia es esa? ¿Por qué irían a por ella?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—Esto no pinta bien. —Amartilló el arma y la guardó de nuevo en la funda con su mano dominante.

—Y no lo es.

—¿Qué quieres que haga? —Me miró con expresión seria, a la espera de mis órdenes.

—Quiero que encuentres a ese tal Santiago y me lo traigas.

—¿Vivo o muerto?

—Da igual.

—¡Excelente! —La sonrisa que se dibujó en los labios de mi hermano indicaba que difícilmente vería a ese tipo con vida, pero no me importaba, siempre y cuando la amenaza contra la vida de mi mujer desapareciera.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 55

Entré en el vestidor y me encontré con un espacio amplio, bien iluminado y con varios percheros, cajones y estanterías. Una parte estaba vacía y supuse que debía de estar así para que yo pudiera colocar mis cosas.

Solo de pensar en todas esas cajas, me entraba un poco de pereza, pero no había mucho más que pudiera hacer. Hasta que me acostumbrara al ritmo de la casa, me costaría encontrar mi sitio.

Dejé de mirar los percheros vacíos y centré mi atención en las camisas; cogí una sin darme cuenta y me la llevé a la nariz, esperando sentir el aroma a roble de la piel de Miguel, pero lo único que percibí fue suavizante.

¡Qué tonta!

Casi me reí de mí misma. ¿Estaba esperando que hubiera ropa sucia colgada? Era obvio que todo allí estaba muy bien lavado y esperando el momento de volver a ser usado.

Oí el sonido de unos pasos y eso me puso nerviosa. Dejé que la camisa de Miguel cayera al suelo mientras miraba a mi alrededor en busca de algo que pudiera usar como arma. A menos que le tirara los zapatos a mi agresor, no había nada.

La sombra se acercó a la puerta y mi corazón se aceleró aún más. Antes de que me diera cuenta de que era demasiado pequeña y delicada para pertenecer a un hombre, vi a Alma, la hermana menor de Miguel y prometida de mi hermano.

—¿Te he asustado? —preguntó al darse cuenta, sin duda, de que algo no iba bien conmigo.

—No —mentí, pero no fue suficiente para ocultar mi reacción.

—Me he enterado… —comenzó a decir mientras se acercaba y yo, sin querer, di un paso atrás.

—¿Te has enterado de qué?

—Que te habían atacado.

—Ah, sí...

—Debe de dar miedo.

—Mucho...

—Yo estoy asustada —dijo bajando la mirada y rodeándose el cuerpo con los brazos, en un abrazo solitario.

—¿Por los ataques?

—Por la boda —confesó en un susurro.

—¿El mío?

—El mío...

—¡Ah! —Me sorprendió el comentario y necesité unos instantes para reflexionar al respecto. —Mi hermano es un buen hombre.

—No eres muy objetiva al hablar de él.

—Sí, tienes razón —confesé.

Quería mucho a mi hermano, pero tenía que admitir que no se estaba comportando de forma muy amable desde que estuvo a punto de morir.

—Parece que no le caigo bien —murmuró ella, como si estuviera ansiosa por tener esa conversación conmigo, pero al mismo tiempo anduviera con pies de plomo.

—Mi hermano está pasando por un momento complicado. —Fue la mejor excusa que se me ocurrió para justificar el comportamiento actual de Adrián.

—La quería mucho a la difunta —Alma miró el anillo que llevaba en la mano y reconocí el que solía brillar en el dedo de Virginia.

¡Joder, Adrián!

Debería haber un sentido del humor morboso, pero la verdad era casi una ofensa. Yo me habría enfadado ante esa situación y comprendía todo el temor de mi cuñada.

—Es complicado...

—¿Complicado por qué?

—Creo que eso de encontrar a alguien a quien amemos de verdad, antes de comprometernos con esa persona para el resto de nuestras vidas, es un lujo que nuestro mundo no nos permite.

¿Estaba hablando de mí o de ella? En el fondo, todo parecía lo mismo.

—Puede ser…

—Lo siento —susurré al final. Quizá fuera lo único que ella quería oír.

—Yo también lo siento.

—¿Alma?

Se sobresaltó al oír la voz de su hermano mayor.

—Miguel. —Se giró y lo vio de pie detrás de ella, mirándome por encima del hombro de su hermana.

—Nuestra madre nos llama.

—Ya voy. —Alma me saludó con un movimiento de cabeza antes de salir de la habitación, como si su hermano la estuviera echando. Por su mirada, intuí que era precisamente eso.

—Alma te estaba molestando.

—No.

—¿Estás seguro? —Entrecerró los ojos y me lanzó una mirada que me hizo sentir aún más nerviosa. No quería que se peleara con su hermana por mi culpa.

—Sí. Ella es amable.

—Está bien. —Dio unos pasos hacia mí y mi corazón se aceleró. No sabía si eso era bueno o malo—. ¿Estás colocando tus cosas en su sitio?

—Voy a empezar.

—Eso puede esperar.

—Ma… —Ni siquiera pude terminar la frase antes de que me rodeara la cintura y me sentara en el mueble que había en el centro de la habitación, con una tapa de cristal bajo la que había joyas y, sobre todo, relojes.

Se acomodó entre mis piernas, subiendo con las manos por mis muslos de una forma que me provocaba un cosquilleo, a pesar de que llevaba pantalones.

—Esto se va a romper. —Moví la cabeza, fijándome en la superficie sobre la que estaba.

—El cristal templado es resistente. —Miguel me sujetó la mandíbula y volvió a fijar mi mirada en la suya, haciéndome estremecer de dentro afuera, de una forma que me provocaba temblores y calor.

La mezcla de sensaciones contradictorias resultaba enloquecedora.

Su mano fuerte agarró los mechones de mi pelo que brotaban de la nuca y tiró de ellos con fuerza, haciéndome soltar un gemido sordo antes de que sus labios cubrieran los míos. Era un acto salvaje y, al mismo tiempo, extrañamente excitante, que hacía que mi sexo palpitara. Cuando su lengua invadió mi boca, sentí la necesidad de más y la mía se entregó, moviéndose hacia la suya, mientras nuestras cabezas se giraban, buscando el encaje perfecto.

Miguel me tiró del pelo, apretándome el muslo con la otra mano, y el beso se volvió aún más feroz. Era un devorador y me di cuenta de que me gustaba ser su presa.

Su miembro se presionó contra mí y mi deseo por él creció sin control. Me di cuenta de que había despertado en mí una nueva necesidad. Quizá no lo necesitaba antes de haberlo probado, pero se estaba convirtiendo en una adicción.

Una adicción deliciosa...

Me contoneé contra el cristal, sintiendo cómo mi sexo rozaba el suyo y cómo el deseo rugía aún más dentro de mí. Odiaba que hubiera tantas capas de ropa impidiéndole entrar en mí. Mi interior se contraía y palpitaba, clamando por él, mientras el beso me dejaba la boca seca y sedienta de más.

Mis manos subieron por sus hombros, notando los músculos bajo la camisa, y llegó el turno de que mis dedos se enredaran en su pelo corto y suave. Mientras tanto, Miguel hundió aún más los dedos en mi muslo, de una forma extrañamente dolorosa y deliciosa.

Me mordió el labio inferior, arrancándome otro gritito mientras sus manos subían, metiéndose por el escote de mi blusa y

rasgándola por la mitad como si la tela fuera una hoja de papel. Su boca descendió hacia el valle entre mis pechos y sus manos los agarraron bajo la protección del sujetador.

En un delirio, eché la cabeza hacia atrás mientras mis ojos giraban en sus órbitas y cada pelo de mi cuerpo se erizaba por el escalofrío provocado por el rastro húmedo que él dejaba al recorrer mis pechos con la lengua. Me di cuenta de que Miguel me los había sacado del sujetador y los estaba explorando con la boca, los dedos y las palmas de las manos. Se divertía chupándolos, mordiéndolos y apretándolos.

—Miguel...

—Guapa.

Temblaba por todo el cuerpo bajo el peso de sus manos, que recorrían mis curvas.

—¡Bájate de ahí!

Estaba tan embriagada por el intercambio de caricias que me costó un rato asimilar lo que Miguel quería. Me bajó del mueble y me puso de pie en el suelo, pero me empujó por el hombro hasta que me arrodillé frente a él.

—¿Qué pasa? —Levanté la cabeza, buscando su mirada e intentando comprender lo que estaba pasando.

Miguel se limitó a sonreírme mientras se bajaba la cremallera de los pantalones y metía la mano dentro de los calzoncillos negros, sacando su miembro rígido y palpitante. Su pene estaba tan cerca de mi cara que me hizo sonrojar las mejillas.

Sus dedos subieron y bajaron a lo largo de toda su longitud de una forma más que provocativa, antes de que acercara la punta redondeada y rosada a mi boca.

Mis ojos se abrieron aún más y, antes de que pudiera decir nada, soltó:

—Chúpamelo.

—Yo… Yo… —Me sentí cohibida y sin saber qué decir.

—¿No sabes?

Negué con la cabeza.

—Te lo enseñaré. —Con una mano aún sujetando su miembro, acercó la otra a mi boca, rodeando mis labios con el pulgar hasta separarlos, empujando el inferior hacia abajo. —Abre la boca.

Asentí con la cabeza, separando aún más los labios, y él colocó la punta húmeda sobre ellos, empujándola para que se deslizara por mi lengua hasta que la sentí rozar el principio de mi garganta. Era desconcertante sentir cómo me metía el miembro en la boca, al mismo tiempo que aumentaba aún más el latido entre mis muslos. Llegaba a ser tan descabellado como si tuviera un segundo corazón en lugar de mi sexo.

Soltó su miembro y se inclinó para cogerme una de las manos y colocarla alrededor de la base; instintivamente, lo envolví con los dedos.

—¡Así! —gimió—. Chúpalo, empieza despacio. —Miguel se inclinó, rodeándome el pelo con las manos y recogiéndomelo en una coleta mientras me animaba a continuar.

Lentamente, deslicé la boca a lo largo de su miembro, saboreándolo y disfrutando de lo que se sentía al tenerlo en la lengua.

Me sentía un poco traviesa, aunque al mismo tiempo me parecía divertido.

Por la expresión de Miguel, apretando los labios para no gemir y con los ojos entrecerrados, se notaba que le estaba gustando.

Me fui emocionando más a medida que mi vergüenza iba disminuyendo y me animaba un poco más, con la boca salivando. La forma en que me tiraba y acariciaba el pelo me animaba a seguir.

—Un poco más rápido —pidió con una voz increíblemente ronca—. Cuidado con los dientes.

—Lo siento.

—¡Sigue! —rugió empujándome la cabeza hacia atrás.

Apreté más con los labios, apartando los dientes y chupando con más fuerza hasta que él rugió.

—¡Ya basta!

—¿He hecho algo mal? —Me preocupé.

—No, pero no es en tu boca donde voy a correrme. —Me tiró de nuevo para que me levantara y me dio la vuelta, haciendo que mi trasero quedara apoyado contra la superficie de cristal.

Miguel me agarró por la cintura, levantándome el culo y haciendo que me inclinara aún más hacia delante. Sus manos firmes

se dirigieron hacia delante, bajándome la cremallera de los pantalones y quitándomelos de un solo tirón, dejándolos amontonados en mis pantorrillas junto con mis bragas.

Me empujó aún más hacia delante hasta el punto de que mis pechos se salieran del sujetador y se apretaran contra el cristal, y un escalofrío me recorrió el cuerpo antes de que el calor de sus manos en mis nalgas me calentara.

Apenas tuve tiempo de darme cuenta de que me estaba separando los muslos antes de que su miembro, que hacía un momento estaba dentro de mi boca, presionara mi entrada y se hundiera profundamente en mí. Los dedos gruesos de Miguel se hundieron aún más en mi piel cuando empezó a moverse, chocando su cuerpo contra el mío con tanta urgencia y fuerza que hizo que el mueble, fijado al suelo, crujiera y pareciera moverse.

Ese cuerpo musculoso y enorme me apretaba de tal forma que parecía aplastarme, pero al mismo tiempo resultaba muy placentero. Me pasó la mano por la nuca, apartándome el pelo hacia un lado, y su barba incipiente rozó mi sensible piel mientras su lengua trazaba un provocativo recorrido hasta mi oreja.

¡Ahhhhh!

Mi mundo daba vueltas, o quizá solo fuera aquella habitación, mientras Miguel seguía moviéndose rápido y con fuerza, penetrándome tan profundamente como la postura permitía.

—Ay... —se me escapó un gritito cuando me apretó la nalga con más fuerza mientras sentía cómo su chorro me llenaba. Su respiración jadeante en mi nuca me ponía la piel de gallina.

Su mano soltó mi culo y rodeó mi cintura, bajando hacia la zona entre mis muslos, y su dedo abrió mis labios mayores,

presionando mi clítoris de una forma que aumentó aún más mis gemidos. Me contoneé contra él, con Miguel todavía clavado en mí, y me deleité con la creciente ola de placer mientras él me masturbaba.

—¡Ah!

Su dedo se movía sobre mi punto de mayor placer a un ritmo alucinante hasta que las sensaciones estallaron en fragmentos hormigueantes y adictivos.

Agotada, me desplomé sobre el mueble, empañando el cristal con mi aliento.

Sentí la nariz de Miguel en mi espalda hasta que su boca rozó mi nuca en un beso cariñoso.

Todavía me estaba recuperando y parecía estar recogiendo los pedazos de mi cuerpo que se habían fragmentado durante el orgasmo.

—Creo que deberíamos darnos una ducha —comentó él, todavía pegado a mí.

Sabía que cuando Miguel sacara su pene de dentro de mí, su esperma probablemente me resbalaría por las piernas. Un baño parecía una buena idea.

—Juntos.

—¡Por supuesto! —Con un movimiento rápido, que duró menos de un segundo, se apartó un poco y me giró, colocándonos cara a cara.

Su boca volvió a la mía y dudaba de que nos fuéramos a limitar solo a la ducha. Sin embargo, no me juzgaba por querer más.



Capítulo 56

Salimos del vestidor dejando un rastro de ropa hasta que tiré de mi mujer hacia la ducha. Abrí el grifo, dejando que el agua tibia nos resbalara por el cuerpo, mojándonos el pelo y el cuerpo, mientras la agarraba por la cintura y la atraía hacia mí.

—¡Miguel! —le escapó un gritito antes de que mi boca volviera a apoderarse de la suya.

Mis manos exploraban las suaves curvas de su cuerpo, bajando desde los pechos hasta el trasero y apretándola más contra mi cuerpo.

Mirelle levantó la cabeza y observé su mirada mientras las gotas de agua le resbalaban por su precioso rostro. Su expresión me excitó aún más y volví a apretarle el trasero redondeado, arrancándole un gemido.

—Eres tan guapa. —Le acaricié el rostro con los dedos y volví a atraer su boca hacia la mía, dominando su lengua y explorando cada rincón del interior de su boca con la mía.

La presioné contra el cristal de la mampara, sin dejar de besarla. Una de mis manos se dirigió hacia su pecho, retorciendo el pezón y apretándolo con mi pulgar, mientras que la otra bajó más, hasta llegar entre sus muslos; sin dudar, le metí el dedo y Mirelle gimió fuerte, echando la cabeza hacia atrás y golpeándola contra el cristal. Mi mujer se arqueó contra la superficie mientras yo le metía el dedo.

Ella era mía y yo me empeñaba en explorarla tal y como me garantizaba el derecho conyugal.

Sus gemidos eran cada vez más fuertes y ella se retorcía, frotando el culo contra el cristal mientras mi dedo entraba y salía, envuelto por su calor y arrancándole ese néctar.

Atraje su boca hacia la mía, mientras giraba la mano en un ángulo tal que mi dedo permaneciera dentro de ella y mi pulgar pudiera presionar su clítoris. Ella se estremeció de placer, lo que aumentó mi excitación. Ya se había corrido, pero mi polla estaba dura de nuevo; sin embargo, quería prepararla para ir un paso más allá.

Seguí metiéndole los dedos a Mirelle, estimulándola hasta que su mirada, sus gemidos y su respiración me indicaron que se había corrido.

La giré para que quedara de espaldas mientras se recuperaba y su cara quedó pegada al cristal, mientras la atraía hacia mí.

Le rodeé el voluminoso y redondo culo con las manos y se lo levanté, abriéndoselo para ver mejor mi objetivo.

—¿Qué estás...? ¡Ah! —gritó mi mujer cuando el dedo que antes estaba en su vagina se introdujo en su culo—. Miguel...

Metí y saqué el dedo unas cuantas veces.

—No deberías meterla ahí —dijo Mirelle, estremeciéndose.

—No solo voy a meterlo, voy a follártelo.

—¿Mi culo? —Se sobresaltó.

—Ah, sí... —Acerqué mi boca a su oreja. —Es toda mía, esposa. Desde tu boca hasta aquí... —Metí otro dedo para que se asegurara de lo que le estaba diciendo.

La sentía tan estrecha que estaba deseando meterme en ella, pero no quería hacerle daño; tenía que ir despacio. Mirelle no debía quedarse traumatizada, sino todo lo contrario: quería que le gustara tanto que no dudara en satisfacerme cada vez que la buscara. Podía y debía ser bueno para los dos.

Escupí en mi mano y le froté la entrada, mientras la ducha seguía mojándonos; le separé bien las nalgas con las manos y fui penetrándola lentamente. Estaba muy apretado y tuve que mantener la calma, ganando cada centímetro poco a poco hasta llegar hasta el fondo.

Su trasero se acopló deliciosamente contra mi pelvis mientras la penetraba.

—¡Ah, Miguel! —Avergonzada, mi mujer se apoyó contra la mampara.

—Qué delicia —solté al empezar a moverme.

—Creo que así no me quedaré embarazada. —Podría ser un comentario ingenuo o una provocación, pero daba igual.

—No te preocupes. —Le mordisqueé la oreja mientras bajaba la mano hacia su clítoris y la hacía gemir al empezar a masturbarla —. Tu coño no va a tener descanso mientras yo esté cerca y vamos a tener muchos bebés.

—¿Ah, sí?... —No supe si era una pregunta o solo un gemido, pero le respondí de todos modos.

—Puedes estar segura.

Aumenté el ritmo con el que la penetraba y los movimientos de mi dedo sobre su clítoris. Mirelle volvió a gemir más fuerte y a apretarme con aún más fuerza. Dudaba de que lo estuviera haciendo a propósito, pero fue tan placentero que no pude resistirme y volví a correrme.

Apoyé las dos manos en la mampara para recuperarme, mientras respiraba jadeante contra su pelo mojado.

—¡Miguel! —Oí gritar a mi hermano.

—¡Joder! —gruñí en voz baja.

—¿Qué quiere? —preguntó Mirelle.

—No lo sé.

—¡Miguel! No quiero entrar ahí y verte la polla al aire.

—¡Joder! —rugí, apartándome de mi mujer.

—Creo que vas a tener que ir hasta allí —murmuró ella.

—Sí. Joder...

Dejé que el agua corriera para lavarme el cuerpo antes de salir de la ducha y secarme rápidamente. Me envolví en una toalla y salí a mi habitación, donde me topé con Sandro de pie junto a la cama.

—¡No deberías estar aquí! —rugí.

—Yo tampoco quería —se encogió de hombros mientras cruzaba los brazos—. Será mejor que te pongas algo decente porque te va a interesar ver lo que hemos encontrado.

—Encontradme en el despacho.

—De acuerdo.

—Ahora lárgate de aquí y no vuelvas a entrar en mi habitación.

Era muy probable que Mirelle estuviera desnuda en la habitación y no quería que mi hermano la viera.

Sandro no protestó al desaparecer de mi vista. Me cambié de ropa, poniéndome unos pantalones y una camiseta antes de ir a reunirme con él en la oficina. Allí estaban Joaquim, Javier y otro hombre al que no veía tan a menudo, pero sabía que se llamaba Luciano y que era bueno con los ordenadores, lo suficientemente *experto* como para que estuviéramos dispuestos a pagar por sus servicios.

—Ya está. —Me detuve frente a ellos, exigiendo que me miraran—. ¿Qué tenéis?

—Luciano ha conseguido acceder a las cámaras de seguridad del aeropuerto de Cancún... —empezó Sandro, pero fue el hacker quien continuó con el tema.

—Utilicé un programa de reconocimiento facial y logré identificar a Santiago y a otros de sus hombres llegando poco después de vosotros. Vinieron en un vuelo comercial con identidades falsas.

El tipo giró la pantalla del portátil hacia mí y vi a Santiago con una gorra y a otros cinco hombres.

—Esos dos fueron los que atacaron a Mirelle —señalé en la imagen.

—Entonces realmente trabajaban para Santiago —concluyó Sandro.

—¿Iban en un vuelo comercial? —pregunté.

Luciano asintió con la cabeza.

—Por lo que parece, no tienen los mismos recursos que nosotros —bromeó mi hermano.

—Lo cual no significa que no sean peligrosos —dijo Javier, serio —. Ya se han acercado demasiado, dos veces.

—Y no lo harán una tercera vez —aseguré.

—Mientras no lo atrapemos, es mejor que no dejes que tu mujer salga de esta casa —sugirió mi hombre de mayor confianza. Aunque no era una noticia muy agradable que darle a Mirelle, velaba por su seguridad y Javier tenía razón.

Santiago podría haberla convertido en su objetivo, pero no atacaría a mi mujer antes de pasar por encima de mí. Más le valía estar preparado, porque se arrepentiría de haberse cruzado en el camino de los Velásquez.

—¿Sigue en Cancún? —Dirigí mi atención hacia Luciano.

El hacker parecía haber previsto mi pregunta, pues no dudó en responderla.

—Cogió un vuelo a Medellín con la misma identidad falsa, justo después de que vosotros salierais del complejo turístico.

—Eso demuestra que nos estaba siguiendo —concluí.

—No va a estar tan loco como para venir a buscarnos a Sinaloa —Sandro parecía seguro de su afirmación, pero yo ya no apostaba por ello.

—Más vale que estemos preparados para todo —dije con tono firme.

—Por supuesto —exclamó Sandro, y los demás asintieron con la cabeza.

Si estaba en Medellín, quizá mi cuñado pudiera ayudarme a resolver ese asunto antes de que Santiago volviera a ser un problema para mí; al fin y al cabo, la culpa era de Adrián por no elegir bien a quienes trabajaban para él.

Saqué el móvil del bolsillo y llamé al hermano de mi mujer. Contestó demasiado rápido, lo que hasta me sorprendió.

—¿Adrián?

—¡Miguel!

—Hola.

—Estaba a punto de llamarte —dijo al otro lado de la línea.

—Parece que nos hemos sincronizado.

—Quizá… Espero que estés disfrutando de la luna de miel con mi hermana.

—En la medida de lo posible…

—No hace falta que entres en detalles —me interrumpió antes de que empezara a hablar de los ataques que Santiago había ordenado contra Mirelle—. Creo que ya podemos pasar a la segunda parte de nuestro acuerdo.

—¿Segunda parte?

—Pensaba que eras un hombre más inteligente, Miguel Velásquez.

—Si fueras menos enigmático.

—Ya estás casado con Mirelle, todo va bien, creo que pronto podré casarme con tu hermana.

—¿No querías esperar un poco más? —Fruncí el ceño, tratando de comprender su repentino cambio de opinión.

—He visto que ya no es necesario. A pesar de los imprevistos, tu boda ha salido bien y la mía también saldrá bien.

—¿Cuándo?

—Dentro de una semana.

—Alma aún no ha elegido el vestido ni hemos reservado la iglesia.

—Estoy seguro de que, con tus recursos, ese tiempo es más que suficiente.

—Veré qué puedo hacer.

—Sé que puedes arreglarlo. Hablaremos pronto. —Adrián colgó y yo me quedé con el móvil en la mano, mirando al vacío como si me hubieran congelado.

—¿No le has hablado de Santiago? —exclamó mi hermano.

—Adrián ni siquiera me dio la oportunidad.

—Deberías haberle gritado a ese imbécil.

—Ha cambiado de opinión sobre esperar para casarse con Alma.

—Ya quiero ver qué pasa cuando le meta la mano en la cara.

—¡Sandro!

—¡Venga ya! No podemos dejar que ese tipo se case con nuestra hermanita.

—Es nuestro acuerdo.

—¡Te equivocas! Es tu acuerdo.

Fruncí el ceño y apreté los dientes ante mi hermano, y él retrocedió. No me gustó nada que me desafiara delante de nuestros hombres.

—Recuerda que aquí quien da las órdenes soy yo.

—¡Por supuesto! —A Sandro no le gustó lo que oyó, pero fue suficiente para hacerle retroceder.

—¿Qué hacemos con Santiago, jefe? —preguntó Javier para disipar la tensión entre mi hermano y yo.

—No le quitéis ojo de encima y seguid sus pasos. Bajo ningún concepto puede volver a acercarse a mi mujer.

Asintieron.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 57

Nada es tan sencillo...

Nunca había entendido tan bien la frase que solía decir mi padre cuando aún vivía. El mundo no era blanco o negro, había más matices de gris de los que podía apreciar y yo me encontraba justo en medio de uno de ellos.

Me estaba enamorando del hombre al que, racionalmente, debería odiar. Miguel había atentado contra la vida de mi hermano, dejándolo en la UCI durante varios días, luchando por sobrevivir. Mi pobre cuñada no tuvo la misma suerte. A pesar de ello, Adrián aceptó un acuerdo descabellado por el que yo me casaría con ese monstruo; el problema, o quizá no, era que la convivencia lo estaba cambiando todo demasiado rápido...

¡Por Dios, Mirelle!

Era casi absurdo pensar en todo lo que había pasado en la última hora: Miguel me había obligado a chupársela, me había rasgado la camiseta, me había penetrado la vagina en el armario y el culo bajo la ducha.

¡Dios mío!

Me estaba dando la vuelta del revés, explorando partes de mi cuerpo que creía que estaba prohibido mancillar. Sin embargo, lo peor de todo era que me estaba gustando. Cuando decía que no me iba a dar tregua, eso me hacía vibrar por dentro. No parecía correcto, me sentía como una pervertida y, al mismo tiempo, me sentía afortunada de que mi matrimonio estuviera tomando ese rumbo.

Por la imagen que tenía de Miguel, podría haber sido un hombre violento, que me hiciera daño, me hiriera y convirtiera mi vida en un infierno por ser mi marido; sin embargo, no estaba siendo así.

Me sentía ardiente en sus brazos y a salvo. Él ya había demostrado ser capaz de matar a cualquiera para protegerme.

Podría luchar contra lo que tenía justo delante de mis ojos, pero aceptar que él me hacía bien era el primer paso para ser feliz. Quizá Virginia nunca me perdonaría por ello; sin embargo, estaba muerta y yo nunca lo sabría.

Enfrentarme a mi marido tampoco era algo inteligente. Mi hermano lo sabía tan bien que llegó a aceptar que me casara con uno de sus enemigos. Tenía una elección muy clara ante mis ojos: aceptar mi matrimonio y ser feliz con Miguel, o morir a manos de él o de otros. La primera opción era mucho más sensata.

Él no volvió enseguida a la habitación; supuse que el asunto con su hermano debía de ser importante. Solo esperaba que no se tratara de Santiago ni de ninguna amenaza, pero ya me había dado cuenta de que era ingenuo pensar que todo acabaría sin más conflictos.

Me puse ropa limpia y tiré a la basura la camiseta que Miguel me había rasgado. Menos mal que me había comprado ropa nueva, porque si mi marido volviera a hacer eso más veces, acabaría quedándome sin nada que ponerme.

Oí un llanto suave y mi curiosidad me llevó al pasillo, donde el sonido me guió hasta una puerta abierta. Había dos cunas en el centro y muchas cosas de color rosa y azul.

La mujer de Sandro estaba inclinada sobre una de las cunas, haciendo un leve silbido con la boca, mientras la niña que había dentro refunfuñaba con los ojos cerrados.

Me quedé quieta, no quería molestar, y tardó bastante en darse cuenta de mi presencia.

—¡Ah, eres tú! —Me dedicó una sonrisa que me hizo sonreír a mi vez—. Por fin se ha dormido —suspiró aliviada.

—Perdona por haber entrado así.

—No pasa nada. ¡Vaya! Qué cansada estoy.

—¿Por culpa de tus hijos?

Asintió con la cabeza.

—Mientras nosotros hacemos todo lo posible por no tener que levantarnos de la cama y seguir durmiendo, ellos parecen sufrir.

Cada vez que tienen que dormir, montan un escándalo de los que solo Dios puede soportar. Parece que hasta están sufriendo.

—Estar despierto debe de ser divertido —supuse sin saber muy bien de qué hablaba.

—Solo si es para ellos —dijo encogiéndose de hombros.

—Espero ser madre algún día también.

—¡Lo serás! Últimamente, mi mayor pesadilla es volver a quedarme embarazada —se rió.

—¿Por qué no te gustan tus hijos? —Arqueé las cejas.

—Los quiero más que a nada en el mundo, pero cuando los dos empiezan a llorar, me dan ganas de llorar con ellos; además, mi embarazo fue un poco *traumático*.

—¿Qué pasó?

—Me quedé embarazada de un tipo con el que me acosté solo una vez; ni siquiera sabía bien cómo se llamaba, y mucho menos que formaba parte de un cártel de la droga en México.

—¿No eres de aquí?

Me había fijado en un acento, pero no podía estar segura.

—Soy brasileña.

—¡Vaya! Debió de ser una locura.

—Ni te cuento. Fue como si me hubiera atropellado un camión. Descubrí quién era Sandro, se me retrasó la regla, le dije que estaba embarazada y él no quiso saber nada hasta que el marido de Paola me secuestró. Casi me matan unas tres veces, mis bebés nacieron prematuros, estuvieron dos meses en el hospital y ahora estoy aquí, casada con su padre e intentando que se duerman.

—¡Vaya! ¡Qué locura! —exclamé, intentando asimilar el resumen que me había dado.

—Ni que lo digas. Por lo que me ha contado Sandro, a ti tampoco te lo estás pasando fácil.

—A mí también me secuestraron y casi me matan un par de veces, así que creo que en eso estamos en paz.

—No es que sea algo de lo que presumir, pero parece que viene incluido en el paquete de la familia Velásquez.

—Puede que no sea exactamente culpa suya —murmuré mientras me rodeaba con los brazos.

Agda me lanzó una mirada de desconcierto.

—Parece que tú no tenías nada que ver con este mundo antes de involucrarte con Sandro, pero en mi caso no es así. Mi hermano es el jefe del Cártel de Medellín.

—Ya veo.

—No quería verme envuelta en todo esto, pero quizá no pude evitarlo.

—Lo importante es que ahora estás a salvo.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Y pensando en ser madre —continuó ella—. Alguien con quien compartir mi desesperación. —Se echó a reír a carcajadas.

—Prefiero uno cada vez.

—Claro, los gemelos son una locura, incluso con la ayuda de la niñera.

—Me lo imagino. —Mantuve la sonrisa.

—¿Quieres una prueba de embarazo?

—¿Qué? —Abrí mucho los ojos.

—Me puse un poco paranoica. Así que siempre me hago una para asegurarme de que no estoy embarazada otra vez.

—¡Vaya! —Las palabras se me escaparon en medio de una exclamación, porque no supe qué decir.

—Sandro suele decir que estoy financiando yo sola la industria de las pruebas de embarazo.

—Qué exageración.

—Sí, claro.

Lo pensé un poco: por un lado, no me preocupaba descubrir que estuviera embarazada; por otro, tener una herramienta a mano para asegurarme podría ser muy útil.

—Sí que lo quiero.

—Te lo voy a buscar a mi habitación. —Agda sonrió antes de desaparecer de mi vista y entrar en otra habitación de la casa, volviendo al instante con dos cajitas de color blanco y rosa. —Aquí tienes.

—Muchas gracias.

—De nada. Si necesitas más, dímelo.

—¡Vale! —Me reí.

Antes de que pudiéramos pasar a otro tema, uno de los bebés volvió a llorar.

—¡Ay, qué fastidio! —suspiró ella.

—¿Necesitas ayuda? —le ofrecí, aunque sin saber muy bien qué hacer, ya que nunca había tenido la oportunidad de ver crecer a ningún bebé.

—Ah, claro, por favor. Dolores está de descanso y, cada vez que llora uno, acaba despertando al otro.

—Debe de ser una pesadilla.

—Ni te lo imaginas —se rió mientras volvíamos al interior de la habitación de los bebés.



MIGUEL
Velásquez

Capítulo 58

Alma estaba distraída, contemplando el cielo estrellado, sentada en el escalón de la puerta que daba a la zona trasera de la cocina. Cuando me acerqué, el sonido de mis pasos la asustó tanto que dio un pequeño respingo.

—¡Miguel!

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo. —Me senté a su lado y le puse la mano sobre el hombro.

—Sobre... —Levantó una ceja con aire curioso, aunque su expresión delataba que estaba llena de temor.

—Tu boda.

—¿Se ha echado atrás? —Había una chispa de esperanza en su tono de voz que yo no tardaría en apagar.

—No...

—¡Ah!

—Quiere que la boda se celebre pronto.

—¡¿Pronto?! —Dio otro respingo de sorpresa.

—Sí. —Incliné la cabeza, mirando al suelo con cierta tristeza.

Aunque no quería causarle sufrimiento, la situación era mucho más complicada de lo que me hubiera gustado.

—¿Cuándo, exactamente?

—En las próximas semanas —intenté suavizar el golpe.

—Pero aún no tenemos nada listo. La decoración, mi vestido, Miguel...

—Podemos organizarlo todo de la mejor manera posible para que quedes satisfecha con el resultado.

—¿De la noche a la mañana?

—Es posible...

—No debería ser así, Miguel. —Golpeó el suelo con el pie y cruzó los brazos, enfadada. Por mucho que se estuviera

comportando como una niña mimada, no podía decir que lo estuviera pasando bien.

—Lo siento mucho, Alma.

—¿De verdad lo sientes? —preguntó enfadada—. Porque a mí no me lo parece.

—Ya sabes que los matrimonios en esta familia nunca han sido muy fáciles.

—Lo cual no significaba que el mío también tuviera que serlo. —Se encogió de hombros.

—Serás feliz.

—¿Cómo te va con Mirelle? —Había un tono de sarcasmo en su voz.

—Sí —respondí con convicción, algo sorprendido por la cantidad de verdad que podía caber en una sola palabra.

—¿De verdad?

—Sí. El matrimonio no siempre empieza de forma fácil, pero podemos mejorarlo.

—No parece que Adrián quiera mejorarlo. —Levantó la mano, mostrando el anillo que había pertenecido a la mujer a la que yo había matado. Era, como mínimo, una broma de muy mal gusto.

—Va a mejorar.

—¿Estás intentando convencerme a mí o a ti mismo? —Me lanzó una mirada desafiante.

—Un poco de ambas cosas.

—No quiero casarme con ese hombre, hermano.

—No tienes otra opción.

—Porque me la quitó.

Tragué saliva, pero no dije nada, porque mi hermana tenía razón.

—Vamos a comprar un vestido precioso y a preparar una fiesta inolvidable.

—Gracias. —No había ni una pizca de emoción en su voz.

Sin nada más que decir y sintiéndome culpable por haber arrastrado a mi hermanita a aquello, me fui, dejándola sola otra vez.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 59

Cuando los gemelos por fin volvieron a dormirse, salimos de su habitación intentando hacer el menor ruido posible y nos despedimos en el pasillo.

No había visto ni rastro de mi marido ni de mi cuñado, lo cual no prometía nada bueno. Aunque nadie me había atacado dentro de la casa, seguía siendo bastante obvio que no estaba a salvo.

Me sentía tan tonta por haber confiado en Santiago. Era un maldito traidor que había fingido estar de nuestro lado, pero lo único que quería era derrocar a mi hermano. Lo peor de todo era que Adrián parecía estar en su momento más frágil. Una vez que se me pasó toda la rabia por haberme metido en aquel matrimonio, me resultó mucho más fácil comprender que mi hermano no podía hacer frente a enemigos externos e internos al mismo tiempo.

Miguel era mucho mejor como aliado.

Mi Miguel...

Mi marido...

Esbocé una sonrisa al darme cuenta de que me gustaba cómo sonaban esas frases. Era algo que antes no me había imaginado: la posibilidad de ser feliz en aquel matrimonio concertado.

Miré mis manos y vi las tiras reactivas. Un escalofrío me subió desde el vientre.

Me dirigí al baño y abrí una de las cajas, sacando la pequeña tira reactiva. Llevaba poco tiempo casada y sería una tontería esperar que el resultado fuera positivo; aun así, sentí una curiosidad absurda.

Seguí las instrucciones paso a paso y me senté en el inodoro, esperando. Solo vi una línea clara, pero era lo que debía de querer.

Aún es pronto...

—¡Mirelle! —El grito de Miguel al entrar en la habitación me hizo dar un respingo de susto.

Rápidamente, recogí todo, lo envolví en papel higiénico y lo tiré a la papelera. No quería hablar con él sobre eso, sobre todo porque no tenía un resultado positivo que enseñarle.

—¡Hola! —Incómoda, me detuve en la puerta del baño y me apoyé en el marco.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —Esbocé una sonrisa forzada.

—No sé, me has parecido un poco rara.

—Estoy bien. —Me acerqué a él, le puse la mano sobre el pecho y sentí cómo le latía el corazón bajo la camiseta.

—¿Y tú?

—Preocupado.

—¿Por qué?

—La amenaza a tu vida.

Tragué saliva.

—Pensaba que aquí estaba a salvo.

—Y lo estás, pero eso no significa que la amenaza haya desaparecido.

—Entendido. —Contuve la respiración durante unos segundos mientras unas imágenes desagradables invadían mi mente. —¿Sabes dónde está Santiago?

—Estoy trabajando en ello.

—Entonces no lo sabes.

—Te mantendré a salvo, Mirelle —volvió a eludir mi pregunta; no era exactamente la respuesta que esperaba, pero me ayudó a tranquilizarme un poco.

—Gracias.

—Ven aquí. —Me rodeó la cintura y me dio un beso más tranquilo, algo que rozaba la ternura. —¿Nos vamos a dormir?

Asentí con la cabeza.

Estaba bien, a salvo, y, por el momento, eso tenía que bastar.



Capítulo 60

Durante los días siguientes, presioné a mi madre para que se ocupara de los preparativos de la boda de Alma, que no era precisamente la novia más feliz del mundo. Mientras tanto, Sandro perseguía a Santiago, intentando garantizar la seguridad de mi esposa y de nuestra familia.

Al final, nuestro principal enemigo en ese momento había desaparecido como un fantasma sin dejar rastro alguno de su paradero. Era demasiado bueno para ser verdad; incluso podría creer que no volvería a atacar, pero no era tonta.

Al final, con o sin la cabeza de Santiago, la boda entre Adrián y mi hermana se celebraría. Nos convertiríamos en cuñados por partida doble. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que él había presionado para que la unión se celebrara pronto porque

necesitaba mi apoyo. Santiago podría no ser la única serpiente que Adrián había criado dentro de su casa.

Hasta que no hubiera eliminado todas las plagas, estaría vulnerable y, nada mejor que contar con un aliado como yo. Por suerte para mi cuñado, yo quería proteger a mi mujer y cualquier amenaza que pudiera suponer un peligro para ella, la eliminaría.

Me arreglé la corbata y elegí uno de los relojes de oro de mi colección; después, me puse mi perfume favorito y salí del vestidor, siguiendo el tarareo susurrante de Mirelle. Cuando ella parecía feliz, eso me contagiaba y me hacía entender que estaba haciendo un buen trabajo.

Estaba inclinada sobre el lavabo del baño, retocándose los últimos detalles del maquillaje, mientras su precioso cabello oscuro caía como una cascada sedosa por su delicada espalda.

Me detuve detrás de ella, apoyando las manos en cada extremo de la encimera de piedra y presionando a mi mujer con mi cuerpo.

—Miguel... —gimió.

—Estás preciosa —incliné la cabeza para susurrarle al oído.

—¿De verdad?

—Sí… —Le aparté el pelo hacia un lado y le mordisqueé la nuca.

—Así lo vas a estropear todo.

—No necesitas maquillaje para seguir estando preciosa.

—Pero es la boda de mi hermano, quiero estar arreglada.

La giré por la cintura y Mirelle soltó un grito aún más fuerte.

—¡Miguel!

Me incliné para besarla.

—Así te vas a manchar de pintalabios —dijo con los labios pegados a los míos.

—¿A quién le importa?

—A mí, ma...

Mi lengua se deslizó dentro de su boca, silenciándola mientras el beso se volvía aún más intenso y provocativo. Mis manos subieron por los costados de su cuerpo, subiéndole el vestido.

—Miguel...

—Sí. —Mi lengua jugaba con la suya mientras mis labios succionaban los suyos de forma cada vez más sugerente.

Me daba igual que toda mi boca se tiñera de rojo por culpa de su pintalabios.

Se puso tensa y me di cuenta de que algo iba mal.

Interrumpí el beso y busqué su mirada con una expresión más seria.

—¿Qué pasa?

—Tengo que decirte algo.

Me tocó a mí ponerme tenso y me di cuenta de que podría ser algo que no me gustaría oír.

—¡Dilo ya! —Mi tono fue más brusco de lo que me hubiera gustado y eso hizo que ella abriera mucho los ojos.

—Yo… yo… —sollozó, y me di cuenta de que quizá la había asustado.

—Oye… —Le sostuve la cara con delicadeza y le dediqué una sonrisa más amable. —Perdona por haber sido brusco. Puedes hablar. No pasa nada.

—No sé cómo decirlo.

—¿Qué tal si simplemente hablas? —Le sostuve la cara con las yemas de los dedos y atraje su mirada hacia la mía.

—Me parece bien. —Dejó escapar una risita que también me hizo sonreír.

—Entonces... —insistí para que continuara.

Ella respiró hondo y luego dijo:

—Estoy embarazada.

La noticia me golpeó como una patada, dejándome sin reacción durante unos instantes. Por mucho que lo deseara, no esperaba enterarme de esa manera.

—Miguel...

Mi silencio acabó poniéndola nerviosa.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Pensé que querías...

—¡Y lo quiero! ¡Dios mío, lo quiero muchísimo! —Me arrodillé ante ella para besarle la barriga.

—¡Me vas a manchar el vestido! —gritó, intentando esquivarme.

—Ponte otro.

—No tengo otro igual. —Se rió, tirando de mí hacia ella antes de que el pintalabios le manchara la parte del vientre.

—¡Ay, Mirelle! —Le sostuve la cara entre mis manos—. Estoy muy feliz con esta noticia.

—Yo también.

—¿Cuándo te enteraste?

—Esta mañana.

—¿Cómo? —Le acaricié la cara, mirándola fijamente a los ojos.

—Agda me dio unas pruebas de embarazo.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, sorprendido por esa información.

—¡Sí! —Avergonzada, Mirelle se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Tiene varios y me dio unos cuantos.

—¿Por qué?

—Tiene miedo de quedarse embarazada otra vez. Cuidar de dos a la vez parece una locura.

—¡Ah!

Sandro no me había dicho nada al respecto, pero tampoco creía que fuera un tema que debiéramos discutir. Cuántos hijos tenía o pensaba tener con su mujer era asunto suyo, pero mi mujer...

—¿Y tú no querías? —Por un instante me puse tenso, temeroso de su respuesta.

—¡Sí, claro que sí! —Su sonrisa se amplió—. Ya me había hecho la prueba antes, pero dio negativo. Quizá ya estuviera embarazada antes, pero lleva su tiempo...

La silencié con mi boca, besándola con una mezcla de emoción y pasión.

—Es la mejor noticia que me podrías dar —dije con la boca pegada a la suya.

La sonrisa de Mirelle se hizo más amplia.

—Yo… yo… —Volvió a tartamudear.

—Tú… —insistí para que hablara.

—Creo que te quiero.

Me tocó a mí sonreír aún más y besarla.

—Yo también te quiero. —Cada vez estaba más seguro de que aquellas palabras no eran solo palabras vacías.

Bajé la mano hasta su vientre y se lo acaricié suavemente antes de reanudar el beso, haciéndolo cada vez más profundo. Mi mujer me correspondió hasta que la sujeté por la cintura y la senté sobre el lavabo.

—¡Miguel!

—Mmm. —Le mordí el labio inferior.

—Pensaba que te ibas a portar bien.

—El hecho de que estés embarazada no nos impide tener sexo.

—¡Y la boda!

—Ah, eso puede esperar.

—¡Miguel!

—Me casé contigo al día siguiente.

Antes de que ella pudiera decir nada más, la silencié con un beso más intenso y mis dedos se abrieron paso entre sus muslos, subiendo el vestido largo y metiéndose dentro de sus braguitas.

Mirelle gimió y yo jugué aún más con su clítoris, excitándola mientras mi lengua imitaba los movimientos de mis dedos.

Le bajé las braguitas, quitándoselas por la punta de los tacones altos, y las colgué del grifo alto.

—Cuidado con mi vestido —susurró mientras subía las manos por mi pecho y entrelazaba los dedos en la solapa de mi chaqueta.

—Lo intentaré.

—Miguel…

Mi lengua volvió al interior de su boca mientras yo bajaba la cremallera de mis pantalones y sacaba mi polla de dentro de los calzoncillos. Le separé más los muslos y rodeé su cintura con el brazo, tirando de ella hacia el borde del lavabo, en un ángulo perfecto para penetrarla.

Mirelle gimió en mi boca y yo me uní a ella al penetrarla hasta el fondo. Le sujeté la cintura y la nuca, mientras empezaba a moverme. Ella entrelazó las piernas alrededor de mi cadera y yo aumenté la intensidad con la que la penetraba, deleitándome con cada contracción.

Más rápido, más fuerte y más profundo… Me moví como un animal hambriento, devorándola sobre la piedra fría del lavabo con un deseo que rayaba en el hambre.

Ella echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido aún más alto, y yo movía mis caderas con tanta firmeza y fuerza que llegaban a chasquear.

—¡Miguel! —dejó escapar un grito aún más fuerte mientras hundía las uñas en mis hombros.

Era tan delicioso que no quería separarme de ella. Así que hice un esfuerzo sobrehumano para retirarme justo cuando estaba a

punto de correrme. Cogí rápidamente un pañuelo de papel de la encimera y me envolví el miembro con él, conteniendo el orgasmo para evitar manchar nuestra ropa. Con la otra mano aún sobre la superficie dura, jadeé, recuperándome del orgasmo.

Sentí los dedos de mi mujer sobre el dorso de mi mano extendida y levanté la mirada para mirarla a los ojos. La forma en que me sonrió y se humedeció los labios fue suficiente para que me diera cuenta de que quería más.

Dejé que Mirelle guiara mi mano de vuelta al interior de sus muslos y mi dedo buscó su clítoris. Metí dos dedos en su interior húmedo y palpitante, mientras mi pulgar presionaba su punto de placer.

Gimiendo, se contoneó en una danza provocativa que delataba su placer. Seguí dándoselo cada vez más hasta que los espasmos de su cuerpo y su respiración entrecortada, sumados a unos gemidos agudos, me indicaron que ella también se había corrido.

—Creo que llegamos tarde —murmuró.

—Por una buena razón —Le acerqué la cara para besarla de nuevo.

—Será mejor que terminemos de arreglarnos ya. —Me puso la mano sobre el pecho y me empujó hacia atrás, haciendo que retrocediera.

Nos limpiamos y terminamos de arreglarnos antes de salir de la habitación y encontrarnos con mi hermana, ya lista, en el salón.

Alma estaba preciosa como novia, con un vestido de encaje con motivos de mariposas, muchas perlas y brillos. Sin embargo, solo su belleza y un vestido lujoso no bastaban para hacerla brillar.

Era fácil darse cuenta de que aquel día distaba mucho de ser el más feliz de la vida de Alma.

Solo esperaba que, al igual que yo, ella pudiera encontrar la felicidad en un matrimonio concertado.

Hablando de felicidad...

Estaba radiante al saber que iba a ser padre. Estaba deseando que Mirelle se quedara embarazada y la noticia había llegado en un momento estupendo.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 61

Mi boda había tenido lugar en Colombia, pero la de mi hermano sería en México, el territorio de los Velásquez. Teniendo en cuenta todo lo que había pasado y la amenaza inminente que Santiago seguía representando, era mucho mejor así. Ya habíamos corrido demasiados riesgos y nadie quería que se repitieran los últimos y terribles episodios.

Tal y como Miguel me había prometido, estaba a salvo en su casa e incluso había conseguido olvidar los peligros que había corrido durante mi luna de miel, toda aquella sangre y aquellos hombres que intentaban matarme.

Miguel cuidaba de mí, era un marido mucho mejor de lo que había imaginado. Estaba feliz, quizá incluso más de lo que me sentía en casa, sobre todo tras el ataque a mi hermano y el cambio que había experimentado él.

Agda, mi cuñada, era amable conmigo y hablábamos siempre que podíamos; incluso me gustaba ayudarla con los gemelos, quizá preparándome para mis propios hijos, que llegarían pronto. Mi suegra también era amable, se preocupaba por mis necesidades y me ayudaba a adaptarme a la nueva casa. Alma también era amable, por mucho que mostrara miedo ante el destino que le esperaba y siempre me hiciera preguntas sobre mi hermano.

Virginia no se quejaba de que él fuera un mal marido y yo esperaba que para Alma tampoco lo fuera. Deseaba de todo corazón que se entendieran tan bien como Miguel y yo, y que formaran una familia. Adrián también se merecía tener hijos y la gente esperaba eso de él. Virginia no paraba de comentarme las expectativas que habían creado en torno a un embarazo, que por desgracia no llegó a producirse.

La iglesia estaba llena, incluso más que el día de mi boda; de muchos de los invitados ni siquiera me imaginaba quiénes eran, aunque me pareció reconocer alguna que otra cara de la televisión. Teniendo en cuenta el cargo que ocupaba mi marido, era de esperar que él y su familia tuvieran conocidos importantes.

Entré sola y me senté en uno de los bancos de delante, donde me habían indicado, ya que Miguel acompañaría a su hermana, en ausencia de su padre. Adrián no se había ofrecido a entrar conmigo y yo tampoco dije nada; estábamos muy lejos de vivir nuestro momento de mayor cercanía y compañerismo.

Me fijé en el arco de flores que adornaba el altar, cuya mesa estaba cubierta con un precioso mantel bordado con hilos de plata que representaban símbolos del catolicismo. La decoración de aquel lugar no tenía nada que envidiar a la de mi propia ceremonia.

En cuanto entró mi hermano, todavía en la silla de ruedas, me quedé mirándolo, pero no intercambiamos ni una sola palabra. No

sabía cómo iba su recuperación; hablaba con mi madre, pero ya no tenía la misma cercanía con él; sin embargo, sentía que Adrián ni siquiera estaba intentando ponerse mejor, lo cual era terrible. Teniendo en cuenta el tiempo que había pasado y el pronóstico de los médicos cuando le dieron el alta, ya debería haber vuelto a caminar.

Empezó a sonar la marcha nupcial y yo, al igual que todos los demás presentes en la iglesia, nos giramos para ver entrar a la novia del brazo de su hermano. Alma ni siquiera podía ocultar que no quería estar allí; sinceramente, no podía juzgarla por ello, ya que yo misma me había sentido igual en alguna ocasión.

Se acercaron al altar y Miguel le entregó la mano a mi hermano. Intercambiaron miradas y palabras cordiales antes de que mi marido se alejara y viniera a sentarse a mi lado.

Su mano grande y firme se posó sobre la mía y yo le dediqué una sonrisa sin decir nada, mientras el cura daba comienzo a los ritos de la boda. La ventaja, o quizá no, de una ceremonia tradicional era que siempre se decían y hacían las mismas cosas y no había sorpresas. Al menos, yo esperaba que no las hubiera.

Sentí que mi móvil sonaba dentro de mi pequeño bolso de mano y me apresuré a cogerlo; sería horrible que el sonido interrumpiera la ceremonia; además, todos me mirarían de una forma que me haría sentir muy cohibida.

No reconocí el número, pero contesté brevemente, en un susurro:

—Ahora no puedo hablar.

—Yo no colgaría si fuera tú. —La voz de Santiago al otro lado de la línea me hizo estremecer.

—¿Qué quieres? —Mantuve el tono bajo para no interrumpir la ceremonia, que seguía su curso sin que nadie notara mi nerviosismo.

—Una iglesia preciosa, tanta gente bien vestida… Sería una pena que todo se fuera al traste.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quién es? —Miguel me miró fijamente y se dio cuenta de que algo iba mal.

Tensa, no supe muy bien qué decir, pero mi silencio no era lo que mi marido esperaba.

Impaciente, Miguel me quitó el móvil de la mano y habló con quien estaba al otro lado de la línea.



Capítulo 62

—No deberías estar molestando a mi mujer —amenacé, impaciente.

Deseaba que todo saliera bien en la boda de mi hermana y no estaba dispuesto a tolerar nada que se saliera de lo que esperaba.

—Velásquez. —La risa provocadora al otro lado del teléfono no hizo más que cabrearme aún más.

—Santiago...

—Tu hermanita es muy guapa, una pena que se vaya a casar con un hombre que ni siquiera puede mantenerse en pie, y mucho menos ser el marido que ella se merece y necesita.

—Parecen palabras de alguien amargado por no haber sido invitado.

—Quizá. —Se rió, provocándome, como si aún tuviera el control—. Creo que tengo suerte de no estar presente.

—¿Por qué?

—Me he asegurado de que Adrián no vuelva a Colombia; es una pena que todos vosotros acabéis volando por los aires juntos.

—¡¿Qué?!

—Eres un hombre inteligente, Miguel, no hace falta que te lo explique.

Mirelle me miró con aire desconcertado, buscando respuestas, pero en lugar de dárselas, me levanté, le hice un gesto para que se quedara donde estaba y me dirigí hacia un lateral de la iglesia, pasando junto a mis hombres, que estaban de pie, encargándose de la seguridad, y salí a una zona exterior, donde podría hablar sin que mi mujer u otros miembros de mi familia nos oyeran.

—¿Nos estás amenazando? —gruñí—. Yo que tú, tendría cuidado.

—¿Amenazar? ¡Ah, no! No soy hombre de amenazas. Solo se me ocurrió despedirme de mi querida Mirelle antes de que todos vosotros murierais.

—No vamos a morir.

—Los planes son otros.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué he hecho ya? Ahora solo voy a sentarme y esperar.

—Santiago.

—Que tengas un buen viaje a la Tierra de los Muertos, Miguel Velásquez.

—¡Santiago!

Antes de que pudiera obtener una respuesta más clara a su provocación, ese imbécil colgó el teléfono.

Cogí mi móvil y llamé inmediatamente a Javier, que estaba esperando junto a la puerta de la iglesia.

—¿Qué necesitas, jefe?

—Identifica a cualquier sospechoso.

—¿Por qué?

—Santiago está tramando algo.

—¿Sabes qué es?

—Todavía no.

—Voy a poner a todos los hombres en alerta.

—De acuerdo. —Colgué el teléfono, intentando pensar, pero antes de llegar a una conclusión, sentí una mano sobre mi hombro que me hizo girarme para ver quién era.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Sandro—. Te estás perdiendo la boda de Alma.

—Puede que estemos en peligro —le revelé.

—¿Por qué dices eso?

—Santiago llamó a Mirelle y la amenazó.

—¿El imbécil que la secuestró e intentó matarla?

Asentí con la cabeza.

—Dijo que iba a ver cómo explotábamos todos.

—¿Una bomba?

Sandro era más astuto de lo que imaginaba.

—Es posible.

—¿Dónde? —Miró de un lado a otro.

—No tengo ni idea.

—Tengo que sacar a mis hijos de aquí. —Fue lo primero en lo que pensó y no podía juzgarlo por ello.

—Tienes que sacarlos a todos, pero hazlo sin provocar pánico.

—¿Y la boda?

—Puede seguir más tarde, siempre y cuando nuestra hermana siga viva.

—Tienes razón —suspiró—. ¿Qué vas a hacer?

—¿En esa iglesia tan enorme?

—Ve, puede que se nos acabe el tiempo —rugí, y él no dijo nada más antes de alejarse de mí.

¡Piensa, Miguel!

Miré de un lado a otro, buscando un posible lugar donde pudieran haber colocado una bomba. Si quería acabar con todos, lo mejor sería un lugar céntrico, tal vez...

Seguí barajando todas las hipótesis; no habrían tenido tiempo de colocar varios explosivos en las columnas que sostenían los cimientos, así que el mejor lugar debía de ser justo en el centro.

Volví al interior de la iglesia, donde Sandro intentaba sacar a la gente, que estaba desconcertada y empezaba a armar jaleo.

En cuanto me vio, mi mujer vino corriendo hacia mí.

—Miguel, ¿qué está pasando?

—¡Tienes que salir de aquí, ahora mismo! —le ordené.

—¿Por qué?

—Solo obedéceme.

—Pero...

No quería decirle el verdadero motivo de mi preocupación, pero mi forma de actuar ya parecía suficiente para que se diera

cuenta de que algo muy malo estaba pasando.

—Miguel...

—¡Sal de aquí!

—¿Y tú qué?

—Ya me voy.

—Por favor. —Me agarró los dedos antes de oírme rugir de nuevo.

—¡Vete!

Asustada, Mirelle dio unos pasos tambaleantes hasta salir corriendo de la iglesia.

La gente seguía saliendo sin comprender qué podía estar pasando, mientras yo me detenía sobre la alfombra roja, mirando de un lado a otro, tratando de encontrar alguna pista de una posible amenaza.

Vi una luz roja parpadeando en uno de los bancos de la zona central y me acerqué; tuve que agacharme para ver la bomba que se había montado con suficientes paquetes de C4 como para derribar todo el edificio.

Estaba muy lejos de formar parte del escuadrón antibombas o de saber qué cable de aquella maraña debía cortar para desactivarla. Lo único que veía era cómo bajaba el contador; quedaban menos de treinta segundos para que todo explotara.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 63

Desorientadas, las personas se agolpaban fuera de la iglesia, mirándose unas a otras y murmurando para intentar comprender qué podía haber pasado para que hubiéramos echado a todo el mundo de sus asientos antes de que terminara la boda.

—¿Qué cree que está haciendo tu marido? —me gritó mi hermano, furioso.

—No lo sé...

—Ha interrumpido mi boda. Si está planeando…

—Santiago ha hecho algo —interrumpí a mi hermano antes de que siguiera hablando de cosas que no entendía.

—¿Cómo es eso? —Adrián dio un paso atrás, dándose cuenta de que podría estar actuando de forma imprudente ante la situación a la que nos enfrentábamos.

—Me llamó para amenazarme y creo que le dijo algo a Miguel.

—¿Qué le dijo?

—No me lo ha contado, solo me dijo que me fuera de la iglesia.

—¿Dónde está ahora?

—Ahí dentro... —Ni siquiera pude terminar la frase antes de que se produjera una explosión gigantesca.

La calle tembló, la gente se quedó boquiabierta y vi una nube de humo, fuego y escombros volando en todas direcciones.

—¡Miguel! —grité presa del pánico al recordar que mi marido no había salido de la iglesia.

Intenté correr hacia la explosión, sin pensarlo mucho, por puro impulso, pero antes de que pudiera alejarme, mi hermano me agarró del brazo.

—¡Te has vuelto loca!

—Mi marido está ahí dentro.

—Si estaba ahí, ahora eres viuda —dijo mi hermano sin una pizca de tacto, lo que hizo que unas lágrimas de dolor brotaran de mis ojos.

—No... No puede ser…

—Ni siquiera querías casarte con él —Adrián se encogió de hombros.

Tenía razón, antes no quería, pero todo había cambiado desde que vivíamos juntos. Me llevé la mano al vientre y el llanto se intensificó.

—Vamos a tener un bebé.

—¿Estás embarazada? —Adrián se sorprendió.

—Sí.

—¡Ay, joder! Si está muerto...

—¡Deja de decir eso!

—Pero, Mirelle...

—¡No!

No podía creerlo, ni siquiera plantearme que mi marido estuviera muerto justo en el mejor momento de nuestras vidas.

Santiago no tenía derecho a hacer eso; por mucho que pareciera que aquella bomba no iba dirigida a Miguel, sino a mí, lo único que intentaba era protegerme.

Me pareció que pasó una eternidad hasta que el polvo empezó a disiparse y el horizonte se fue aclarando, revelando las ruinas que ocupaban el lugar donde antes se alzaba la hermosa iglesia.

—¡Miguel! —Salí corriendo de nuevo y, esta vez, mi hermano no me lo impidió.

Había muchos trozos de pared, puertas y ventanas por el camino hasta que conseguí acercarme.

Me estaba convenciendo a mí misma de que Miguel había logrado escapar antes de la explosión, hasta que vi un cuerpo. Estaba fuera del perímetro, pero le había alcanzado la onda expansiva.

—¡Miguel!

Salté por encima de algunos escombros que había en el suelo antes de arrodillarme a su lado. Mi marido yacía boca abajo y le agarré de la chaqueta, tirando de él para que se diera la vuelta y pudiera mirarle a la cara.

—¡Miguel! —Volví a llamarlo al ver el hilo de sangre que brotaba de su sien y su rostro completamente cubierto de polvo.

—¿Está vivo? —Me sobresalté cuando su hermano, Sandro, se detuvo a mi lado.

—No lo sé… —Mis lágrimas de angustia eran tan intensas que mojaban la cara de mi marido.

—Déjame ver. —Sandro intentó apartarme a un lado, pero antes de que lo consiguiera, Miguel se movió y me agarró del brazo.

—Hola, amor. —Me dedicó una sonrisa que me calentó el corazón.

—¡Estás vivo! —Seguí llorando, pero esta vez era de emoción.

—Solo me he dado un traspié —bromeó.

—Idiota —murmuró Sandro.

—¿Por qué no dejas de quejarte y me ayudas a levantarme de aquí?

—Vago.

—Podría haber explotado ahí dentro.

—Eres muy testarudo —dijo el más joven encogiéndose de hombros.

—Sandro... —le supliqué.

Él negó con la cabeza, pero ayudó a Miguel a levantarse. Mi marido dio unos pasos tambaleantes y cojeó. Estaba herido, pero no parecía nada grave.

—¿Te vas a poner bien?

—¡Claro, cariño! Tenemos un bebé que criar.

—Sí. —Sonreí.

—Vamos a tener más.

—¡Qué asco! —Sandro puso una mueca.



Capítulo 64

—¡Una puta bomba! —exclamó Adrián cuando me acerqué a él y a los demás.

—Un regalo de tu amigo.

—¿Amigo?

—Santiago —respondió Mirelle con los dientes apretados.

—Pensaba que tenías el control de tu territorio.

Ignoré la provocación de Adrián. Tenía un asunto mucho más importante que atender, como comprobar que todos estuvieran bien y asegurarme de que no tuviéramos que lidiar con otra bomba o imprevisto, mientras mi cuerpo dolorido me recordaba que no era de hierro. Por suerte, conseguí alejarme lo suficiente de la bomba como

para no morir por la fuerza del impacto, que solo me lanzó hacia delante y me dejó mareado durante unos minutos. Estaba magullado, pero nada parecía grave.

Por suerte, Sandro parecía haber conseguido sacar a todo el mundo y nadie había muerto, pero dudaba de que fuera la última vez que tuviéramos que lidiar con Santiago y sus hombres.

—¿Y ahora qué? ¿Querrás reconstruir la iglesia, o tu hermana y yo podemos casarnos en otro sitio? —preguntó Adrián, con tono provocador.

Era mejor que mi cuñado se callara, pues estaba seguro de que el objetivo de Santiago era él y no yo. El colombiano ganaba mucho más matando a su antiguo jefe que a mí.

—La boda seguirá adelante.

—¡¿Cómo?! —Alma se quedó sorprendida.

—Celebraremos la ceremonia en nuestra casa.

Nuestro jardín ya estaba preparado para la fiesta; solo había que colocar una mesa y montar un altar. El cura me miró con expresión de descontento, pero sabía que era mejor no desafiarme.

Creía que la seguridad de la mansión sería suficiente para evitar sorpresas ese día.

—Tienes que ir al médico. —Mirelle me cogió de la mano.

—Estoy bien —le aseguré.

—Miguel...

—Hay una boda que continuar.

Al final, asintió al darse cuenta de que discutir conmigo no era la mejor opción.

Se indicó a los invitados que se dirigieran a la mansión. Allí, mi equipo de seguridad se encargó de registrar a todos y de comprobar que figuraran en la lista. Se les acomodó en las mesas según la distribución que había hecho mi madre y montamos un altar improvisado en un rincón desde donde todos pudieran verlo.

No era exactamente como estaba previsto, pero organizar una nueva boda podría poner a nuestra familia aún más en peligro. Mientras no encontráramos a Santiago, era mejor ser precavidos.



MIRELLE Ruiz

Capítulo 65

Después de que la iglesia explotara y mi marido estuviera a punto de morir, mi hermano se casó con mi cuñada en el jardín de la mansión de los Velásquez. Las ceremonias católicas tradicionales se celebraban en una iglesia, pero la ocasión exigía una solución de emergencia y, a pesar de estar herido, Miguel se las arregló para salir del paso de la mejor manera posible.

Se le daba bien su papel de líder y lo demostraba a diario.

—Alma y su hermano ya están casados.—Me atrajo hacia sus brazos, envolviéndome en un abrazo delicioso, nada más entrar en nuestra habitación, una vez que la fiesta había terminado y los invitados se habían marchado.

—Lo están...

—¿Qué pasa? —Me sujetó la barbilla, como solía hacer cuando no quería que apartara la mirada.

—¿Cuándo va a dejar Santiago de intentar matarnos?

—Cuando lo matemos —dijo en un tono tan serio que me hizo tragar saliva.

—¿Por qué tiene que ser así?

—Es el mundo en el que nacimos.

—Tan cruel.

—Por desgracia, sí.

—Pero nosotros estaremos bien.

—Lo dice el hombre al que hoy casi lo hacen volar por los aires. —Se suponía que debía sonar sarcástico, pero hizo que las lágrimas volvieran a acumularse en mis ojos.

—Oye... —Me secó las lágrimas con la punta del pulgar. —No volverá a pasar.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—¿Por qué me cuesta tanto creerlo? —Le rodeé el cuello con los brazos mientras lo miraba fijamente.

—Hemos pasado por muchas cosas.

—Sí, hemos pasado... Solo quería que ya no tuviéramos que pasar por más.

—Por desgracia, no puedo prometerte eso, solo que haré todo lo posible por protegerte a ti y a nuestra hija.

—¿Hija? —Arqueé las cejas, sorprendida.

—Sí.

—¿De dónde has sacado eso?

—Es solo una corazonada. —Se encogió de hombros mientras me acariciaba la barriga.

—Me imaginaba que preferirías un niño.

—Ya tendremos un niño. —Me lanzó una mirada pícara.

—¡Oye!

—¡Uno, no! Al menos dos.

—Vamos con calma, señor Velásquez.

—¿Con calma? —Me rodeó la cintura con las manos firmes y me apretó contra él, arrancándome un gritito. —¿Quién ha dicho que yo quiera ir con calma?

—Pero...

Me entregué al beso cuando el sabor de su lengua me envolvió. No tardamos mucho en quedarnos desnudos, tumbados en la cama.

Mis manos recorrieron los moratones que la explosión había dejado en su piel, pero Miguel no se quejó, como si no le doliera, aunque yo creía que solo se estaba haciendo el fuerte.

—Te quiero —le susurré, dándome cuenta de lo mucho que esas palabras se habían vuelto aún más ciertas al pensar que podría haberlo perdido.

—Yo también te quiero —respondió, reanudando el beso mientras su cuerpo se deslizaba contra el mío y Miguel comenzaba a moverse en un vaivén cada vez más delicioso.



Epílogo

Meses después...

Odiaba admitir que ni mis hombres ni la tecnología a la que tenía acceso eran lo suficientemente buenos como para perseguir a Santiago y a sus hombres en la selva. Ese cabrón conocía bien la Amazonía colombiana y sabía utilizarla como su escondite perfecto. Cada vez que creía estar lo suficientemente cerca, desaparecía como un fantasma. Sin embargo, Santiago no era tan listo si creía que iba a renunciar a capturarlo, después de todo lo que había hecho.

Tendría su cabeza en una bandeja aunque fuera lo último que hiciera.

—¡Miguel! —Mirelle apareció en la puerta de mi despacho con nuestra hija de apenas dos meses en brazos.

Era tan pequeña y delicada que me ponía nervioso a cada momento. Aunque mi hermano me aseguraba que al principio todas eran así.

—Hola.

—¿Puedes cogerla un momento? Tengo que ordenar la ropita.

—¿Dónde está la niñera?

—Está de descanso.

—Ah... ¿Y mi madre?

—No lo sé, pero tú puedes hacerlo. —Rodeó la mesa y se acercó, tendiéndome al bebé envuelto en una manta.

—Me da miedo hacerle daño —confesé.

—Solo tienes que sujetarle la cabeza, aquí… Así… —Colocó a mi pequeña en mis brazos de manera que estuviera más cómoda.

—¡Ya ves! Tú puedes.

—Al parecer, sí. —Me reí.

—Ahora vuelvo. —Mirelle desapareció por el pasillo y me dejó solo con nuestra hija; la miré en mis brazos y la pequeña abrió sus ojitos, devolviéndome la mirada.

Aquella pequeña niña era un motivo aún más poderoso para que hiciera todo lo posible por garantizar la seguridad de mi familia.

Me quedé mucho rato admirándola en mis brazos y sintiéndome orgulloso de tenerla allí, hasta que Mirelle apareció para llevársela de nuevo.

—Dame a Pérola.

—Ahora que ya estábamos bien —bromeé.

—Bueno, ya puedes darle el baño.

—Cuando sea un poquito más grande. —Le devolví a mi hija a mi mujer y Mirelle se rió.

Se inclinó para darme un besito antes de salir del despacho con nuestra pequeña.

Pérola me pareció un nombre excelente desde que Mirelle lo sugirió y demostraba lo preciosa que era para nosotros.

Dejé de divagar sobre mi hijita cuando mi móvil empezó a sonar y lo cogí de la mesa para contestar.

—Miguel.

—¿Adrián? —Me sorprendió oír la voz de mi cuñado—. ¿Qué pasa?

—Tu hermana.

—¿Está bien?

—No... —sollozó.

—¡¿Qué has hecho?! —rugí.

—¡No he sido yo! —gruñó al otro lado, como si se hubiera ofendido.

—Santiago... —murmuré al darme cuenta de que él seguía formando parte de nuestras vidas y no había dejado de perseguir a Adrián y a todos los que estaban relacionados con él, incluidas mi hermana y su esposa, Alma.

—¿Se va a poner bien?

—Tiene que estar bien...

Me puse tenso; esa no era la respuesta que me hubiera gustado oír.

Al entregar a Alma en ese matrimonio, nunca quise que le pasara nada malo.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a mis lectoras y lectores, que me animan a seguir adelante siempre, en especial a todas las participantes de mi grupo de WhatsApp: Jeniffer Barcellos, Priscilla, Mi, Marliany Caetano, Mª Yasmin, Marinalva, Mariana Telles, Gilvane, Chirly Rodrigues, Lais, Larissa Costa, Gaby, Leidiana, Cristina Tiemi, Lasmin Guimarães, Eglaia, Vanessa Oliveira, Nalu, Salene Oliveira, Ionara, Ilza Mendes, Tatiane, Ana Paula Mendes, Suelen, Elaine David, Juliana Lelis, Elaine, Simenya, Jéssyka Carla Staub, Natalia Fiorruci, Bells, Agda, Silvana Brito, Daniela Bispo, Celia, Angélica, Pauline Quesada, Cintia Thaty, Daianna, Dayane Santos, Ivana Sandes, Cristiane Ribeiro, Gardenia Feitosa, Gilcelia Martins, Amelia Luize, Eliz Severo, Jessyka Monyka, Katlyn, Carol, Natali, Lidiane, Sthefanie, Rachel Adrielly, Tatiana Amorim, María Cristina (Andrómeda), Regina Fabbris, Cleonice Siqueira, Registela, Sandra Fontana, Raay, Daniela Sousa, Sandra Cecília, Val Luza, Rosiane Ferreira, Janine, Elisandra, Mari, Angela, Ana Sergia, Alecsandra, Ticyanne, Roberta Frosi, Fátima Aguiar, Paloma das Graças, Jeh, Karol Moreira, Beatriz Soares, Karina, Fernanda Rulfino y todas las demás. También quiero dar las gracias a los

lectores de Instagram y Facebook por todo su cariño y su constante apoyo, especialmente a Micheline, amiga, seguidora y lectora por la que siento un cariño muy especial.

Gracias, Rosi, por todo tu cariño. Tu arduo trabajo asesorándome en todas las etapas de mis libros, desde la creación hasta la difusión, es la clave de mi éxito. En especial, por acogerme, apoyarme y darme consejos que acaban plasmándose en las páginas de los libros.

Mi agradecimiento a todo el equipo del Grupo Editorial Portal.

Le doy las gracias a mi marido, Gabriel, por estar siempre a mi lado, brindándome un apoyo incondicional.

Doy las gracias a mi pequeña coautora, mi pequeña Aurora, que a veces teclea conmigo, me interrumpe entre risas o simplemente se queda en mi regazo y es fuente de inspiración para mis escenas con bebés.

¡Mi agradecimiento a mis mentores y protectores espirituales! Que mi camino hacia vosotros esté siempre abierto para que podáis guiarme y

protegerme, para que tome las mejores decisiones y nunca renuncie a mis sueños.

Sobre la autora

Jéssica Macedo es de Minas Gerais, tiene 28 años y forma parte de la lista «Under 30» de Forbes Brasil, que recoge a los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su piso, en compañía de su marido, su hija y tres gatos, escribe libros de fantasía, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, obras de literatura *erótica*, un auténtico fenómeno editorial entre el público femenino, que se venden a un ritmo vertiginoso en las plataformas digitales.

La autora brasileña más leída en Kindle Unlimited y superventas de Amazon, empezó a escribir a los nueve años y publicó su primer libro, «El valle de las sombras», a los 14. Con más de 300 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. También ayudó a adaptar «Eternamente mía» a un largometraje para Cinebrac. Hoy lidera el Grupo Editorial Portal, fundado por ella, y un catálogo formado en su mayoría por autoras.

Para saber más sobre mis libros, sígueme en mis redes sociales.

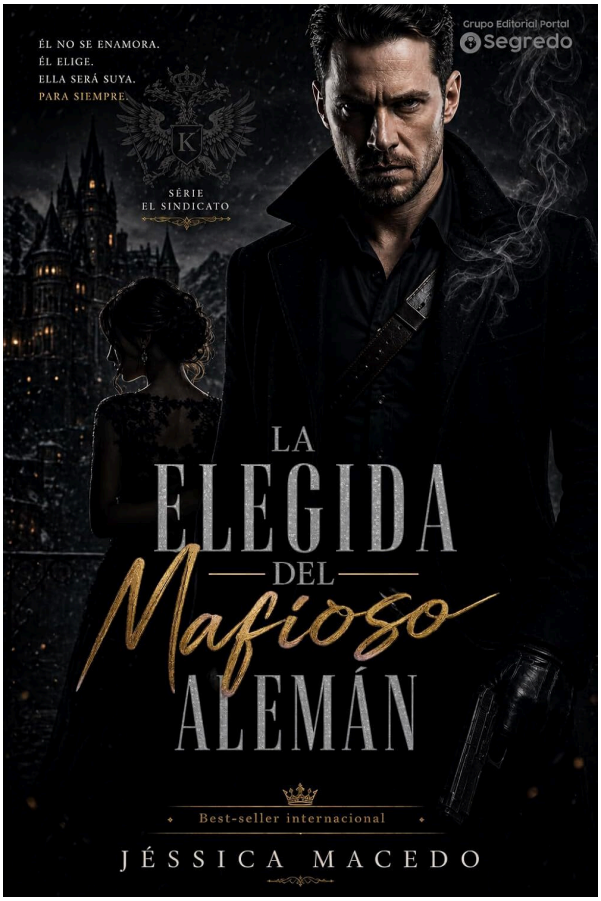
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Otras obras



Link=> https://amzn.eu/d/04lbPHLw

Veinte herederas enviadas al matadero.

Y una Selección que, en realidad, era una trampa mortal...

Killian Ritter es el káiser de Alemania. Frío, sádico y gobernante absoluto del Sindicato, no busca el amor y no tiene ningún interés en una prometida. Para él, la Selección de Adlerstein no es más que un juego macabro: una herramienta política para someter a los barones rivales y imponer un régimen de terror en todo el país.

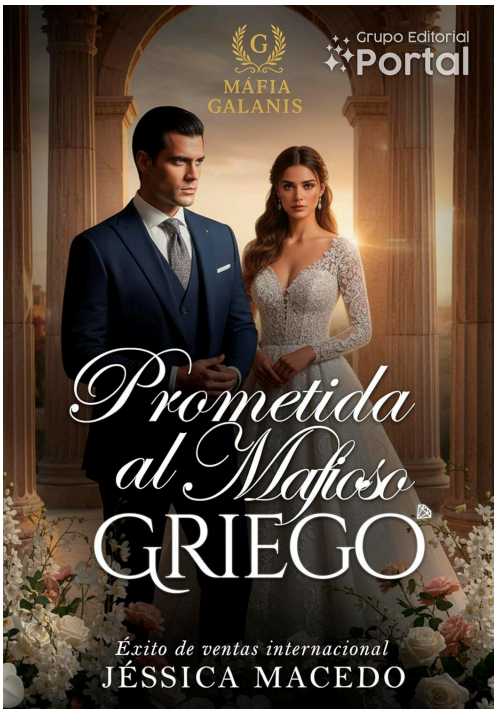
Él espera chicas sumisas, aterrorizadas y fáciles de doblegar.

Astrid Weber se ha pasado la vida siendo tratada como una mercancía para el sacrificio. Hasta el día en que su propio padre la vendió para intentar salvarse el pellejo. Arrancada de su mundo y arrojada a un gélido castillo en los Alpes, se descubre como un simple peón en manos del hombre más letal de Alemania.

Esperaba a un monstruo que la destruyera. Lo que no preveía era que su negativa a doblegarse fuera lo único capaz de detener al depredador.

Cuando los verdaderos horrores de Adlerstein tiñen la nieve de rojo y el juego revela su cara más brutal, las reglas cambian. Killian ya no ve a Astrid como un simple trofeo político. Al vislumbrar el acero bajo la seda y compartir un juramento de sangre con ella, algo oscuro y primitivo despierta en su interior.

A partir de entonces, ella no es solo una participante en su juego. Es su reina... y Killian Ritter incinerará toda Alemania para proteger lo que es suyo.



Link=> https://amzn.eu/d/0bTMYnj9

Un contrato firmado con sangre.

Una inocente entregada al diablo.

Y un matrimonio que comenzó con un disparo...

Athan Galanis es el rey de Atenas. Frío, despiadado y gobernante absoluto del inframundo griego, no conoce el amor ni tiene el menor interés en conocerlo. Para él, el matrimonio es solo otra transacción comercial: una alianza para aplastar a sus enemigos y garantizar un heredero.

Exige una esposa virgen, dócil e invisible.

Eleni Kouris ha vivido encerrada en una burbuja de cristal, soñando con romances que nunca viviría. Hasta el día en que su padre la vendió para pagar sus deudas con el juego. Arrancada de su mundo y arrojada a los leones, se compromete con el hombre más temido de la ciudad.

Ella esperaba ver a un monstruo. Lo que no preveía era que él sería la única barrera entre ella y la muerte.

Cuando un atentado convierte el día de la boda en un baño de sangre, el contrato cambia. Athan ya no ve a Eleni como una mercancía. Al ver el miedo en sus ojos y la sangre en su vestido de novia, algo oscuro y primitivo despierta en su interior.

A partir de ese momento, ella no es solo su esposa. Es su propiedad, y Athan Galanis quemará toda Atenas para protege rol.